

CÁNOVAS DEL CASTILLO Y SU TIEMPO

I

El Sr. Cánovas del Castillo, hijo de modesto profesor de instrucción primaria, nació en Málaga el 8 de Febrero de 1828 (1). Sus padres quisieron dedicarle al estudio de las ciencias exactas, con el propósito de que cursara la carrera mercantil, que á la sazón ofrecía segura colocación en Málaga; pero el joven Antonio gustaba más de la bella literatura que de los intrincados problemas matemáticos. En el año de 1845 fundó *La Joven Málaga*, semanario que tuvo poca aceptación y que pronto dejó de publicarse. Murió el padre del Sr. Cánovas en 1845, y á últimos de este año vino D. Antonio á Madrid, en cuya Universidad cursó la facultad de derecho bajo los auspicios, como él decía, de su tío D. Serafín Estébanez Calderón (2).

II

Véase la vida política del Sr. Cánovas del Castillo. Inmediatamente que D. Antonio abandonó las aulas universitarias,

(1) Una lápida, colocada por el Ayuntamiento, recuerda la casa donde nació D. Antonio Cánovas. La partida de bautismo aparece en el folio 226 del libro de bautismos del archivo parroquial de los Santos Mártires, y dice así: «En la ciudad de Málaga, en once de Febrero de mil ochocientos veinte y ocho: Yo, don José Lucena, Cura Teniente de esta Parroquia de los Santos Mártires Ciriaco y Paula, bauticé á *Antonio, Emilio, Juan de Mata*, hijo legítimo de don Antonio Cánovas, natural de la ciudad de Orihueia, y de doña Juana Castillo, natural y ambos vecinos de ésta: nieto paterno de otro don Antonio Cánovas y de doña Isabel García, y materno de don José Castillo y doña Juanita Estebanés; declaró dicho su padre no haber tenido otro hijo de este mismo nombre y aseguró que nació el día ocho del corriente. Padrinos: don Antonio Ferrán y doña María de la Concepción Herrera, su mujer; á los que advertí su obligación y parentesco. Testigos: don José Solano y Fernández de León, de esta vecindad. Doy fe.—*José Lucena.*»

(2) *El Solitario y su tiempo*, tomo II, pág. 231.—Madrid, 1883.

comenzó á mostrar sus aficiones políticas. Allá por el año de 1849 entró de redactor en el periódico *La Patria*, donde escribió enérgicos artículos contra la política del partido moderado. Deseando la caída de D. Luis José Sartorius, Conde de San Luis, tomó parte en la sublevación de los Generales Dulce, O'Donell, Ros de Olano y Mesina, y de Echagüe, coronel del regimiento del Príncipe, en la mañana del 28 de Junio de 1854. La acción de Vicálvaro nada resolvió, porque quedó indecisa. Ante los preparativos del Gobierno, temió O'Donell que fracasara el movimiento, encomendando entonces al señor Cánovas del Castillo un manifiesto, llamado de *Manzanares*, que tiene la fecha del 7 de Julio, y en el cual se decía: «Nosotros queremos la conservación del Trono, pero sin camarilla que le deshonoré.» Desde este momento se convirtió en popular y progresista el motín militar y conservador. Serrano desde Andalucía acudió al lado de O'Donell, Espartero salió de su retiro de Logroño y se presentó en Zaragoza, y el país respondió alzándose en completa insurrección.

El Duque de la Victoria, habiendo dimitido San Luis, constituyó un Gobierno revolucionario, entrando en Guerra el Conde de Lucena y en Estado el Sr. Pacheco, quien nombró oficial del Ministerio al Sr. Cánovas. Éste fué elegido diputado por Málaga en las Cortes reunidas el 8 de Diciembre de 1854. Al poco tiempo el Sr. Pacheco dejó la cartera para ir á Roma con el carácter de Embajador; pero, rotas las relaciones entre el Pontificado y España, volvió á Madrid aquel ilustre político. El Sr. Cánovas fué nombrado *Agente de preces* en la ciudad santa, donde permaneció cerca de dos años (desde el 1855 á 1857), granjeándose no pocas simpatías en la corte pontificia. Cuéntase que, conversando el Cardenal Antonelli con un personaje español, hubo de juzgar al Sr. Cánovas del siguiente modo: «Es un joven audaz y dispuesto; pero es lástima que sea tan ignorante.» El autor del manifiesto de Manzanares no olvidó las palabras del célebre Cardenal, y en el libro *El Solitario y su tiempo* escribió: «Nada más arrogante, nada más confiado, nada más cándido, en realidad, que el habilidoso ministro de decadencia que dirigió, por desgracia,

la política de la Santa Sede durante los últimos años del pontificado del venerable Pío IX...» (1).

El dualismo entre Espartero y O'Donell originó la evolución de 1856. Vencido el primero y disuelta la Asamblea constituyente, D. Antonio Cánovas se puso al lado de los defensores de las prerrogativas de la Corona. Cayó O'Donell, sustituyéndole Narváez, y con él, la política reaccionaria y la inmoralidad administrativa. El Ministerio Mon sucedió al de Narváez, en cuyo tiempo el Sr. Cánovas fué nombrado Gobernador de Cadiz (1857). Vino el Ministerio Istúriz, y después el de O'Donell con el nuevo partido de la *Unión liberal*, bajo cuyo gobierno el Sr. Cánovas fué diputado, Director de Administración (1858) y Subsecretario de la Gobernación (1860). Procesado el Sr. Esteban Collantes (1859), entre los diputados de la comisión acusadora que llevaron la palabra en el Senado y que con más pasión denunciaron á aquel hombre público, fué D. Antonio Cánovas del Castillo. Sin embargo, la absolución del Sr. Esteban Collantes no debió mortificar á su acusador, que dispensó más tarde cariñosa amistad al hijo del antiguo Ministro de Fomento. Después el Sr. Cánovas se presentó en el Congreso, y combatió enérgicamente al Ministerio de D. Leopoldo O'Donell, calificando su política de *panliberalismo* y negando que fuera liberal ni conservador. Explicaron algunos esta conducta diciendo, en mi sentir con poco fundamento, que el Sr. Cánovas se hallaba molestado porque, habiendo obtenido la cartera de Marina el Sr. Ulloa y la de Gobernación el Marqués de la Vega de Armijo, él, que se creía con mejores méritos, estaba relegado al olvido.

Sucedió á O'Donell, en 3 de Marzo de 1863, el Gabinete Miraflores; después, en 17 de Enero de 1864, el de Arrazola, y á éste, en 3 de Marzo de 1864, el de Mon, en el cual desempeñó el Sr. Cánovas el Ministerio de la Gobernación, donde hubo de mostrar, más de una vez, espíritu nada autoritario. Cayó Mon, sucediéndole Narváez, luego Istúriz, y, al poco tiempo, volvió Narváez.

(1) Tomo II, pág. 157.

Temiendo Isabel II la tormenta que se cernía sobre su cabeza, llamó al Duque de Tetuán. Éste formó Ministerio en 22 de Junio de 1865, encargando de la cartera de Ultramar á D. Antonio Cánovas. Por primera vez vinieron representantes de Cuba al Congreso, cuya reforma se debió al Sr. Cánovas. El Gabinete O'Donnell, envuelto en formidable volcán, al cual echaba todos los días combustible el General Prim, se mostró enérgico, aprestándose valeroso á la lucha, no sin derramar abundante sangre liberal, después de sofocada la insurrección de Junio, que comenzó en el cuartel de San Gil.

Aconsejada la Reina por necia é insolente camarilla, arrojó del poder al Duque de Tetuán, y en su lugar vino el Duque de Valencia. Suspendidas las Cortes, los diputados, al cabo de seis meses, hicieron una exposición al Trono en 28 de Diciembre de 1866, pidiendo el restablecimiento del imperio de la ley. De este suceso da cuenta el Sr. Cánovas del siguiente modo: «Á últimos de Diciembre de 1866 recibí yo una orden del Gobierno de la época, mandándome salir de Madrid en el término de veinticuatro horas, con temporal de nieves no visto acaso en Castilla jamás, por haber puesto mi firma al pie de una exposición de los diputados á la Reina, pidiendo la reunión de las Cortes, cuando, después de haberlo resistido largamente, no podía excusarlo, sin nota de flaqueza, ejecutadas ya, como se ejecutaron, con los presidentes de los Cuerpos Colegisladores, ciertas violencias» (1).

En las elecciones generales de diputados lograron acta de oposición los Sres. Cánovas del Castillo, Gisbert (D. Lope), Pérez de Molina y el Marqués de Sardoal. Enfrente el señor Cánovas de D. Luis González Brabo, Ministro de la Gobernación, riñéronse rudas batallas entre ambos oradores. Elocuentísimo el Sr. González Brabo y aferrado á sus ideas reaccionarias, encontró en el Sr. Cánovas terrible adversario. La tribuna española podía estar orgullosa.

Habiendo muerto el Duque de Valencia el 25 de Abril de 1868, la Corona elevó á la Presidencia del Consejo de Ministros al Sr. González Brabo. La persecución y la arbitra-

(1) *El Solitario y su tiempo*, tomo II, págs. 250 y 251.

riedad imperaron en España. Presos muchos ciudadanos por falsas denuncias; allanado el Congreso de los Diputados y en el destierro los representantes de la Nación; despojados de sus *honradas togas* los catedráticos liberales; conducido á Canarias el Sr. Ríos Rosas y á las prisiones militares de San Francisco el Duque de la Torre, como también Dulce, Serrano Bedoya y Caballero de Rodas, para ser llevados más tarde á Canarias; destituido Méndez Núñez del mando de la escuadra; arrojados de España los Duques de Montpensier y en el extranjero O'Donell, la imprudencia se había apoderado de los consejeros responsables de Isabel II, quienes no veían ó no querían ver la nube que iba á estallar sobre sus cabezas y aun sobre el Trono. Unionistas, progresistas y demócratas, olvidando antiguos agravios, se hicieron amigos y se prepararon á la revolución. D. Antonio Cánovas, presintiendo la borrasca, salió de Madrid para encerrarse en el archivo de Simancas (Valladolid), donde pasó larga temporada. La escuadra mandada por el brigadier Topete dió el grito de insurrección en la bahía de Cádiz, mientras Ayala conducía á Serrano y demás Generales desde Canarias á aquel puerto. Prim, que disfrazado había salido de Londres, pasando por Gibraltar, se encontraba entre los revolucionarios marinos.

Cuando llegaron á Madrid estas noticias, huyó González, Brabo con los demás Ministros hacia San Sebastián, residencia de la Corte. La Reina aceptó la dimisión de los consejeros responsables, y, en apuro tan grande, nombró Presidente del Consejo al Marqués de la Habana. Llevó éste á la capitania general de Madrid al Marqués del Duero, á la de Cataluña al Conde de Cheste, entregando el mando del ejército que había de combatir á los insurrectos al Marqués de Novaliches.

En el puente de *Alcolea*, á dos leguas de Córdoba, se encontraron Novaliches y Serrano al frente de sus ejércitos. El 28 de Septiembre de 1868 Serrano logró señalada victoria sobre Novaliches. En extranjero suelo Isabel II y su familia, Serrano, Topete y Prim organizaron un Gobierno provisional. Durante estos sucesos, el Sr. Cánovas del Castillo no dejaba de la mano sus manuscritos de Simancas. El Gobierno, vencidos algunos movimientos revolucionarios, convocó las

Cortes constituyentes de 1868. Cánovas llegó á Madrid, y consiguió salir diputado por Lorca (Murcia), mereciendo igual honra Ríos Rosas, Posada Herrera, Ulloa y Vega de Armijo. El diputado por Lorca pronunció notabilísimo discurso declarándose partidario de D. Alfonso de Borbón, y diciendo «que si en la Asamblea estaba poco acompañado al hacer esta declaración, en el país había muchos hombres importantes que defendían la misma candidatura.» Presentado por el Gobierno y elegido por las Cortes para ocupar el trono de España don Amadeo de Saboya, Cánovas votó en blanco. Más tarde, herido Prim en la calle del Turco (27 de Diciembre) por las balas de conspiradores asesinos, murió el 30 de Diciembre, y cuando todavía se hallaba de cuerpo presente en Atocha el que había propuesto á las Cortes la candidatura del Duque de Aosta, penetró éste en Madrid el 2 de Enero de 1871.

Disueltas las Cortes constituyentes, en las ordinarias, convocadas por el Ministerio del Duque de la Torre, Cánovas obtuvo la representación de Cieza. Jefe el General Serrano de la parte conservadora de aquella Asamblea, y el Sr. Ruiz Zorrilla de la radical, Cánovas, aunque separado de ambos partidos, simpatizaba con el primero. Cayó el Ministerio del Duque de la Torre, y el 24 de Julio entró en el poder el Sr. Ruiz Zorrilla, siguiéndole pronto Malcampo y en seguida Sagasta. En estas Cortes, que duraron poco tiempo, figuró el Sr. Cánovas, y por cierto con no escaso prestigio. Como un diputado dijese en el Congreso, algunos años después, que el Sr. Cánovas no estuvo lejos de figurar entre los defensores de la nueva dinastía, él, en la sesión del 10 de Diciembre de 1874, contestó: «No es exacto que haya querido ingerirme en la monarquía de D. Amadeo de Saboya. Lo absolutamente contrario es la rigurosa verdad. He sido llamado, como consta en los periódicos de la época y será facilísimo probar pidiéndolos á la biblioteca; he sido llamado por D. Amadeo de Saboya, con otras personas de más importancia sin duda que yo, de la escuela monárquica de aquellos tiempos, para pedirme el apoyo que á los demás les pidió; y tuve el honor de decirle en su despacho, porque no me pareció cortés ni decoroso dejar de acudir á su llamamiento, ostentando la representación que en-

tonces ostentaba; tuve el honor de decirle lo que vuelvo á repetir, y es que yo no podía servirle ni apoyarle jamás; cosa, repito, que consta en la prensa de aquella época y que está fuera de toda duda, porque se puede probar ahora mismo.» Encargado del gobierno el Sr. Ruiz Zorrilla, en las cortes del 15 de Septiembre de 1872, D. Antonio Cánovas no tomó asiento en el Congreso, pues Cieza eligió diputado al Sr. Marqués de Sardoal. Desde el retiro de su casa contempló el Sr. Cánovas las luchas intestinas que devoraban la monarquía de D. Amadeo de Saboya. La verdad es que los hombres de la revolución de Septiembre, si se exceptúa á D. Juan Prim, no estuvieron á la altura de su misión, cayendo la monarquía italiana principalmente á causa de la enemiga y rivalidades de Sagasta y de Ruiz Zorrilla.

Proclamóse la república en la noche del 11 de Febrero de 1873; pero la nueva forma de gobierno no pudo venir en peores circunstancias. Terminaron las Cortes monárquicas sus sesiones el 22 de Marzo, reuniéndose las Constituyentes federales el día 1.º de Junio del mismo año, siendo elegido diputado por el distrito de Cieza D. Diego Rueda Espada. Durante este tiempo, el autor del manifiesto de Manzanares asistió á las reuniones que el Duque de la Torre tenía en la frontera francesa, mostrándose ya en ellas decidido partidario del Príncipe que había de ocupar el trono con el nombre de Alfonso XII. Llamado por la ex Reina Isabel, acudió á París, acompañado de D. Alejandro Castro y del Marqués de Molíns. Acordóse, en las conferencias que celebraron estos tres hombres políticos con D.^a Isabel, que el Sr. Cánovas fuera el encargado de dirigir los asuntos de la restauración. Dijo el futuro jefe del partido conservador que él no rehusaba un puesto de honor y de peligro; pero que la restauración no podía hacerse sólo con los moderados, sino con todos los hombres de buena voluntad de los demás partidos liberales; además, que D. Alfonso sería Rey de los españoles, y no de un partido determinado, añadiendo que era preciso no pensar en venganzas personales. Conformes con tales declaraciones madre é hijo, firmaron un documento autorizando al Sr. Cánovas para dirigir los negocios políticos hasta que los aconte-

cimientos permitiesen á D. Alfonso regresar á España. Desde que volvió el Sr. Cánovas no se dió punto de reposo, con el objeto de concertar voluntades de hombres políticos, ganándose también algunos jefes militares.

Mientras tanto, la insurrección se extendió por España, siendo buena prueba de ello los excesos cometidos por descontentos republicanos en Montilla, Alcoy, Barcelona, Granada y Cartagena, y los levantamientos de los absolutistas en Cataluña y en Aragón, en Navarra y en las Vascongadas. Figueras, rendido por la fatiga, huyó de Madrid. Pi y Margall veía, triste, las turbas de hombres y mujeres que gritaban y vociferaban, como energúmenos, á las mismas puertas de la Representación nacional. Sucediáanse tumultos diarios en las provincias, la soldadesca arrancaba galones y estrellas á sus jefes y oficiales, los marinos entregaban sus barcos al primero que los pedía, y unos cuantos insurrectos, invistiéndose del mando supremo, allá en Cartagena, retaban á singular combate á los poderes constituídos. Sobre aquel caos de revueltas pasiones se levantó Salmerón, decidido á enfrenar las turbas, á castigar á los cantonales y á vencer á los partidarios de D. Carlos. Á Salmerón sucedió Castelar. Suspendidas las garantías constitucionales, el elocuente tribuno se rodeó de Generales, á quienes no preguntó el color de su bandera ni atendió á sus antecedentes políticos. Considerando la división de los republicanos por un lado y la anarquía por otro, quiso Castelar ¡vano empeño! sostener la república con hombres y procedimientos monárquicos; pero derrotado por el Parlamento, á las seis de la mañana del 3 de Enero de 1874, el General Pavía, á la cabeza de la guarnición de Madrid, expulsó violentamente á los diputados del Congreso. Así acabó el Gobierno republicano.

En la misma Cámara donde hacía pocas horas se hallaban los representantes del país, se reunieron el Duque de la Torre con otros Generales y los hombres civiles Sagasta, Martos, Becerra, Cánovas del Castillo y algunos más. Tratóse de nombrar un Gobierno nacional; pero D. Antonio Cánovas se opuso á ello y pidió que si en el acto no se proclamaba Rey de España, como era su deseo, á Alfonso XII, por lo menos exi-

gía la abolición de la forma republicana. No habiendo trunfado esta opinión, el representante de los Borbones, en Noviembre de 1874, redactó el manifiesto de *Sandhurst*, dado por D. Alfonso el 1.º de Diciembre.

Cuando todo estuvo preparado, Martínez Campos salió de Madrid y se sublevó el 29 de Diciembre en Sagunto al grito de ¡*Viva Alfonso XII!* El General Jovellar, con el ejército del Centro, se adhirió al levantamiento de Sagunto. Léase el documento que se publicó en la *Gaceta* del día 30: «En el momento mismo en que el Jefe del Estado movía el ejército del Norte para librar una batalla decisiva contra las huestes de don Carlos, utilizando los inmensos sacrificios que el Gobierno ha exigido al país, y que éste ha otorgado con tan noble patriotismo, algunas fuerzas del ejército del Centro, capitaneadas por los Generales Martínez Campos y Jovellar, han levantado al frente del enemigo la bandera sediciosa de D. Alfonso de Borbón.

Este hecho incalificable, que pretende iniciar una nueva guerra civil, como si no fueran bastantes las calamidades de todo género que pesan sobre la patria, no ha encontrado eco, por fortuna, ni en los ejércitos del Norte y Cataluña, ni en ninguno de los distritos militares.»

Añadía después que «el Gobierno tenía el derecho de calificar duramente y castigar con rigor aquella rebelión, y que el Ministerio, fiel á sus propósitos, estaba más resuelto que nunca á cumplir con su deber, y le cumpliría.»

Creyendo el pusilánime Gabinete del Sr. Sagasta que el terreno se hallaba minado bajo sus plantas, en la noche misma del día 30 dejó el poder. El Sr. Cánovas del Castillo, triunfante la restauración borbónica, salió, desde las prisiones del Gobierno civil, al Ministerio de la Guerra, y, ante numeroso concurso de alfonsinos, exhibió los poderes del nuevo monarca. En la *Gaceta* del 31 de Diciembre de 1874 aparecieron los decretos nombrando el Ministerio, con el preámbulo siguiente:

«Proclamado por la Nación y por el ejército el Rey don Alfonso de Borbón y Borbón, ha llegado el caso de usar de los poderes que por Real decreto de 22 de Agosto de 1873

se me confirieron. En su virtud, y en nombre de S. M. el Rey, vengo en decretar lo siguiente:

El Ministerio regencia que ha de gobernar el Reino hasta la llegada á Madrid del Rey D. Alfonso se compondrá, bajo mi presidencia, de las personas que siguen.»

Por este decreto á D. Alejandro Castro se le nombraba Ministro de Estado, á D. Francisco de Cárdenas de Gracia y Justicia, á D. Joaquín Jovellar de Guerra, á D. Pedro Salaverría de Hacienda, al Marqués de Molíns de Marina, á D. Francisco Romero Robledo de Gobernación, al Marqués de Orovio de Fomento y á D. Adelardo López de Ayala de Ultramar.»

El General Serrano, Presidente hasta entonces del Poder ejecutivo, se hallaba en Logroño á la cabeza del ejército del Norte. Cuando tuvo noticia de los últimos sucesos, se retiró al extranjero. La única figura que estaba en su lugar en aquel cuadro de veleidosos políticos era el Sr. Cánovas. Los hombres que con maduro juicio defienden una idea, sea ésta la que quiera, merecen consideración.

Formó un partido monárquico, atrayéndose á los moderados y á importantes elementos de la revolución, á la nobleza y el clero, decidido partidario éste de D. Carlos; reunió unas Cortes de prestigio é iniciativa; hizo la Constitución de 1876, y acabó con las guerras absolutista y de Cuba. Creyendo, como Guizot, que los príncipes heredan, en cierto modo, con el trono, las faltas de sus antecesores (1), procuró echar un velo sobre el reinado de Isabel II, y moderó los ímpetus del nuevo monarca, quien, por su edad y por sus inclinaciones, más de una vez quiso dar rienda suelta á sus deseos. La restauración, dirigida y llevada á cabo por Cánovas, fué generosa con los vencidos. ¡Cuántas miserias, atropellos y venganzas se cometieron en la restauración inglesa de los Estuardos! ¡Cuántos castigos, persecuciones y destierros tuvieron lugar en la resturación francesa de los Borbones y Napoleones! Ni Villéle, el jefe de la derecha de la restauración francesa, ni el elocuente Ministro Serre, ni el gran orador legitimista Berryer, fueron superiores á Cánovas. Cuando el jefe del partido con-

(1) *Historia de la revolución de Inglaterra*, pág. 17.

servador creyó asegurada la corona en las sienes de Alfonso XII, dejó el poder; pero el Ministerio presidido por Martínez Campos, como algún tiempo antes el de Jovellar, pasaron sin dejar ninguna huella, volviendo el Sr. Cánovas, convencido de que era indispensable su presencia en la política de la restauración. En los debates que tuvieron lugar en el Senado, en el año 1880, entre el Sr. Cánovas y el Sr. Martínez Campos, el primero se mostró enérgico y sin consideración alguna con el General de Sagunto. Dejó el poder D. Antonio Cánovas el 10 de Febrero de 1881, sucediéndole Sagasta y luego Posada Herrera, volviendo aquél al Ministerio en 20 de Enero de 1884. Habiendo muerto Alfonso XII en el palacio del Pardo el 25 de Noviembre de 1885, el Sr. Cánovas dejó, tres días después, la presidencia del Consejo de Ministros. Encargóse Sagasta del nuevo Gobierno, el cual cayó el 8 de Julio de 1890. Desde esta fecha hasta el 13 de Diciembre de 1892 gobernó el jefe del partido conservador, viniendo luego á regir los destinos de la patria el Sr. Sagasta. Cayó el Gobierno liberal, sucediéndole el Sr. Cánovas el 24 de Marzo de 1895. Su política, en esta época, se limitó á combatir las insurrecciones de Cuba y Filipinas. El 8 de Agosto de 1897, á las dos de la tarde, fué asesinado el Sr. Cánovas en Santa Águeda (Guipúzcoa), por el anarquista italiano Angiolillo. «Es evidente que la dictadura intelectual no se ha ejercido en pueblo alguno con la fuerza y la continuidad con que el Sr. Cánovas la ejerciera en nuestro país. Era este hombre un César del talento. Por eso tal vez no le ha faltado lo que, según Monti, faltó á Napoleón: un Bruto» (1).

Más adelante añadía:

«Su explicable deseo de no quedar encerrado en el marco de la nacionalidad está así cumplido. Como Alejandro II, como Carnot, ha caído defendiendo el orden social, común á todas las naciones civilizadas. No ha perecido por una causa meramente española, sino por una causa universal.

Á sus altas aspiraciones de nombradía es proporcionado ese hecho. Su fama era cosmopolita y cosmopolita es su muerte.»

(1) *El Imparcial* de 10 de Agosto de 1897.

El Príncipe de Bismarck dirigió al Embajador de España en Berlín un telegrama que decía así:

«Deploro pérdida gran hombre de Estado, de quien admiraba el talento y el carácter.»

Y el Sr. Crispi escribió una carta al Ministro de España cerca del Rey Humberto, en la cual se hallaban estas palabras:

«Ruégole transmita á su Gobierno mi pésame por la muerte del glorioso estadista, honor de la raza latina.» (1).

III

El Sr. Cánovas era en su vida privada modelo de maridos. Amó cordialmente á su primera mujer, D.^a María de la Concepción Espinosa de los Monteros (2), como también á doña Joaquina de Osma y Zavala, hija de los Marqueses de la Puente y Sotomayor, con la cual casó el 14 de Noviembre de 1887.

Guardó siempre respeto profundo á la memoria de su tío D. Serafín Estébanez Calderón, fallecido en 5 de Febrero de 1867. «Él es la única persona de este mundo á quien he debido auxilios y protección» (3). Y también: «Abierta está la cuenta de mi gratitud y abierta quedará para mí; pero mientras más me aproxime al justo pago, más contento he de quedar» (4).

Recordando amistades universitarias, sacó de la obscuridad y elevó á los primeros puestos del Estado á muchos que apenas hubieran podido desempeñar modesto destino en un Ministerio. Á veces murmuraba de sus amigos; pero era sin intención de desacreditarlos: á veces se enojaba con sus adversarios políticos; pero sus enojos eran nubes de verano. Su conversación estaba llena de chistes, de rasgos de agudeza, de gracejo andaluz y de aticismo.

(1) *El Imparcial* del 13 de Agosto de 1897.

(2) Falleció en 3 de Septiembre de 1865.

(3) *El Solitario y su tiempo*, pág. 254.

(4) *Ibidem*.

Acerca de su tolerancia con hombres de ideas políticas y religiosas diferentes á las suyas, la reconozco de buen grado. Á este propósito, habré de recordar que, hablando de don Manuel de la Revilla, decía: «Yo mismo aconsejé su nombramiento de catedrático de literatura general y española en la Universidad de Madrid sin mirar que fuese declarado y fogoso republicano» (1). Cuando veía á un joven estudioso y aplicado que marchaba de un lado á otro, sin rumbo fijo, declarábase su protector y le llevaba al Congreso, á la Universidad ó á una de las Reales Academias, donde él ejercía poderosa influencia.

Decíase, y era cosa general y corriente, que D. Antonio era orgulloso, soberbio. Los que esto afirmaban no conocían al Sr. Cánovas. Más en lo cierto estarían si hubiesen dicho que era altivo con los grandes; pero cariñoso y hasta humilde con los pequeños.

IV

En la oratoria, sobrada injusticia sería negar á D. Antonio Cánovas del Castillo un puesto entre los grandes tribunos de los pasados tiempos y el primero de los oradores de la restauración. Demóstenes, combatiendo á los opresores de la patria; Cicerón, abogando por las antiguas costumbres públicas y apostrofando á Catilina; O'Connell, dando á conocer al mundo las tristezas de Irlanda, y Mirabeau, impugnando las doctrinas aristocráticas, defendían causa popular y que á todos inspiraba universales simpatías. D. Antonio Cánovas, aunque en otra situación colocado, ¡qué defensas tan maravillosas hizo del nuevo reinado! A veces su imaginación acalorada, impetuosa y ardiente, como sucede á todos los hijos del Mediodía, le llevaba más allá de los límites de la justicia. Cuando le contradecían y censuraban, su argumentación era animada y valiente, su dialéctica vigorosa, su voz fuerte y robusta dominaba al auditorio, y en sus ojos lle-

(1) Prólogo á las obras de D. Manuel de la Revilla.—Madrid, 1883.

nos de fuego y en sus ademanes se manifestaba la cólera. Ganada la batalla, no le enorgullecían las alabanzas de sus correligionarios, ni le aturdían los aplausos de los aduladores, ni le sofocaba el humo del incienso.

V

Mostróse siempre entusiasta de la literatura. Recibió las primeras lecciones de su tío D. Serafín Estébanez Calderón, á quien procuró imitar. Versado en la literatura griega y romana, nacional y extranjera, su amor al saber no tenía límites. *El Solitario y su tiempo* es una obra maestra de erudición y de crítica. Nótese, de cuando en cuando, en los libros del Sr. Cánovas, pensamientos oscuros, expresiones anticuadas, construcciones poco castizas y estilo amanerado.

Á la ciencia histórica ha rendido el Sr. Cánovas toda su vida culto ferviente. Sin temor á que me tachen de parcial, diré que sus estudios sobre la Decadencia de la dinastía austriaca tienen mérito no escaso, mereciendo mayores alabanzas la descripción de la batalla de Rocroy en el *Reinado de Felipe IV*, llena de detalles y con juicios atinadísimos. El mismo Thiers no conocía mejor que Cánovas el difícil arte de la guerra. En el trabajo acerca *De la desmembración y repartición de la antigua monarquía española*, dado á conocer en parte por el periódico *La Época* (1), se hallan nuevas disquisiciones avaloradas con severa crítica. Si D. Antonio Cánovas, en lugar de gastar su inteligencia en la agitadísima política, se hubiera dedicado, encerrado en su copiosa biblioteca, á escribir los hechos de nuestro pueblo, su *Historia general de España* no sería inferior, por lo que á datos respecta, ni á la de Grecia, escrita por Curtius, ni á la de Roma, publicada por Mommsen. El ilustre escritor estudiaba la historia en auténticas fuentes, llevándole su amor á la ciencia á registrar nuestros archivos, á escudriñar nuestras bibliotecas, á admirar nuestros museos y á buscar monumentos é inscripciones que

(1) Domingo 13 de Enero de 1895.

todavía se hallan, lo mismo en las grandes ciudades que en las pequeñas aldeas. Á este propósito, debo hacer constar que, dedicado yo hace tiempo á estudiar los hechos de la provincia de Valladolid, en la cual se han realizado acontecimientos que, si hazañosos para la región castellana, no lo son menos para la historia general de España, he visitado con bastante frecuencia á Simancas, y cuando tenía la fortuna de encontrar algo digno de publicarse, los archiveros me decían: «El Sr. Cánovas del Castillo, en una de sus visitas al archivo, estudió ó copió ese manuscrito.» En Villalar estuve hace pocos años y, después de recorrer el famoso campo donde fueron vencidos los comuneros castellanos, un labriego me hizo saber que el jefe del partido conservador había estudiado sobre el terreno la desgraciada batalla del ejército de Juan Padilla. En mi visita á San Román de la Hornija, antigua morada sepulcral de Chindasvinto y de Reciberga, he podido contemplar todavía preciosos restos, guardados allí casi milagrosamente: hermosas columnas con elegantes capiteles, una pila que al presente sirve para el agua bendita, un retablo y, sobre todo, dos lápidas con gótica inscripción borrosa. Intenté descifrar aquellos caracteres ininteligibles; pero mis esfuerzos fueron vanos. Viendo mi apuro el secretario del Ayuntamiento, me dijo: «El Sr. Cánovas del Castillo estuvo aquí hace algunos años y calcó las dos inscripciones, porque entonces no se hallaban tan deterioradas.» Lo mismo que á Simancas, Villalar y San Román, D. Antonio Cánovas conocía á Valladolid, por tanto tiempo corte de nuestros Reyes; á Portillo, donde permaneció en dura prisión D. Alvaro de Luna; á Medina del Campo, donde acabó sus días Isabel la Católica; á Villagarcía de Campos, donde se crió el valeroso D. Juan de Austria, y, en general, á todos los pueblos históricos de la provincia de Valladolid. Este trabajo minucioso, de detalle, lo hizo el autor del *Reinado de Felipe IV* en todas las provincias castellanas y casi en toda España.

VI

En filosofía unas veces se mostraba escolástico y otras escolés, ecléctico, racionalista ó positivista; pero él no seguía á Santo Tomás, ni reconocía la autoridad de Reid, ni le convencían las razones de Cousin, ni admitía las doctrinas de Kant, ni hacía caso de los principios de Comte. Cánovas conocía escuelas y sistemas filosóficos, sin penetrar en el fondo de ellos, porque él era más literato que filósofo. Últimamente había leído algunos libros de *Sociología*, y era tal su carácter de asimilación, que daba principios y formulaba reglas sociológicas con la misma autoridad que pudiera hacerlo Herbert Spencer ó Bain.

VII

Competente en la historia de las bellas artes, desde que estuvo en Roma desempeñando cargo diplomático, su opinión y sus juicios tenían singular interés. Conocedor de todas las escuelas, como también de todos los artistas antiguos y modernos, admirador de los grandiosos monumentos de nuestras ciudades, observador de las riquezas artísticas que encierran nuestros museos, sus críticas mostraban profundo conocimiento en la materia y delicado gusto.

VIII

Al mismo tiempo que algunos críticos afirmaban que el señor Cánovas, si no hubiese abandonado la amorosa compañía de las musas, merecería ocupar lugar distinguido entre los vates de la escuela clásica, sostenían otros que le faltaba inspiración é ingenio poético.

Por mi parte diré que no están exentas de lunares las composiciones publicadas en el *Semanario Pintoresco Español* co-

respondiente al año 1852; pero prueban que el joven escritor era hijo de Málaga y que su cuna se había mecido con la dulce brisa del Guadalmedina. «Con permiso de ciertos críticos—escribe D. Ramón Campoamor,—que no saben que se pueden sacar de las rimas del Sr. Cánovas más versos de poeta que de todas las obras de muchos ingenios que ellos juzgan de primer orden, diré que el Sr. Cánovas del Castillo para lo que principalmente había nacido es para ser un hijo predilecto de las musas. Varias de sus composiciones pueden rivalizar, por su sencillez y naturalidad, con las más escogidas de alguno de nuestros místicos» (1). Bueno será advertir que el Sr. Campoamor profesaba profundo cariño al Sr. Cánovas.

IX

No logrará fama inmortal el Sr. Cánovas como novelista; pero tampoco debe ser juzgado severamente. Si es cierto que la fábula de *La campana de Huesca* es pobre de invención y los hechos son poco complicados, campea en ella rica fantasía, caracteres con exactitud dibujados, unidad de plan, instrucción histórica y moralidad. El Sr. D. Juan Valera, contestando en 1867 al discurso leído por el Sr. Cánovas al ingresar éste en la Academia Española, decía:

«Las pasiones y tareas de la política, que distraen y alejan del cultivo de las letras á tantos ingenios, jamás fueron bastante á entibiar en el alma del Sr. Cánovas el ferviente amor al estudio, á las artes y á la poesía.

Nacidas de este amor son varias correctas é inspiradas composiciones en verso, una novela, *La campana de Huesca*, donde la pureza del lenguaje, la maestría precoz del estilo y la viva lozanía de la imaginación, guiada por un conocimiento nada común de la historia, concurren á trazar un cuadro fiel y animado de nuestra Edad Media en el momento importantísimo en que Aragón y Cataluña se unen; y algunas obritas históricas que, por la claridad, verdad y buena crítica con

(1) *Estudio biográfico*, págs. 29 y 30.

que en ellas se narran los sucesos y por el tino con que están juzgados, abrieron años ha al Sr. Cánovas las puertas de la Real Academia de la Historia.»

X

No poca semejanza, aunque reconociendo la superioridad de Mr. Thiers, había entre éste y el Sr. Cánovas del Castillo. Hijo Mr. Thiers de Marsella y el Sr. Cánovas de Málaga, los dos nacieron de familias modestas, y si aquél tuvo por deudo al insigne literato Andrés Chenier, D. Antonio contó entre sus parientes al ilustre escritor D. Serafín Estébanez. Thiers estudió la carrera de derecho en la Universidad de Aix, y Cánovas en la de Madrid; y si el primero, por sus aficiones á los estudios históricos, contrajo amistad con Mignet desde que cursaban jurisprudencia, el segundo, por la misma razón, se hizo íntimo amigo de Castelar en las cátedras de la Central. Thiers y Cánovas se dieron á conocer como distinguidos periodistas; después fueron hombres de Estado, historiadores, filósofos, hacendistas y entusiastas admiradores de las bellas artes. El uno y el otro se entregaron con ardor á la vida pública y á las luchas parlamentarias. El uno y el otro fueron elocuentísimos oradores. Si contribuyó Thiers á la caída de Carlos X y á la proclamación de Luis Felipe, Cánovas contribuyó á la caída de D. Amadeo y de la república, como también á la restauración de Alfonso XII. El Ministro francés pacificó la Vendée y dió rudo golpe á la causa de la guerra civil; el Ministro español se hizo dueño de las provincias vascas y Navarra, terminando del mismo modo la guerra absolutista y la primera insurrección de Cuba con la paz del Zanjón. Laboriosísimo el uno y el otro, Thiers cultivó siempre las ciencias históricas y la política, y Cánovas dirigió hasta su muerte las discusiones parlamentarias y escribía los hechos de nuestra patria con los mismos alientos que cuando era joven. Thiers y Cánovas combatieron algunas ideas de la escuela liberal; pero si el Ministro francés murió abrazado á la bandera de la república, el español respetó el Jurado, la libertad de enseñanza,

el sufragio universal, la libertad de imprenta y la tolerancia religiosa.

Hay una diferencia de suma importancia entre los dos: Thiers, presintiendo el resultado de la guerra con Prusia, se opuso enérgicamente á la política napoleónica; Cánovas desconoció que la segunda guerra con Cuba era la ruina de España, y hubo de pronunciar las necias é imprudentes frases de *gastaremos en la guerra el último hombre y la última peseta*. Por esta razón Francia bendecirá eternamente el nombre de Thiers, y España será generosa si olvida uno de los desaciertos ó errores más grandes de D. Antonio Cánovas del Castillo.

JUAN ORTEGA RUBIO.

EL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DE LA VID

(PROVINCIA DE BURGOS)

HOY COLEGIO DE LOS RELIGIOSOS AGUSTINOS DE LA PROVINCIA
DEL SANTÍSIMO NOMBRE DE JESÚS DE FILIPINAS (1)

IV

En los comienzos del Otoño de 189... y al entrar de uno de sus días, caminando de Peñaranda á La Vid, desde uno de los alcores, entre los que dificultosamente resbala el terreno, no lejos de la llamada CRUZ SACRA, hirió mi vista, al través de la espesa niebla con que luchaba el sol, la severa alpar que majestuosa mole del monasterio, antojándoseme gigante granítico en el que se unifican la historia, las artes, los recuerdos caballerescos, las tradiciones y las leyendas de las razas de otros siglos.

Levantado en la bruma, como el Cíclope de Virgilio sobre el fondo del mar, iba tomando en el sentimiento eminentemente poético que me avasallaba formas difíciles de describir, como las que dibujan ó figuran las nubes cuando dilatándose se fraccionan en vellones para volver á concentrarse y tornar á romperse, trasunto pálido y tosco, en cuyo instante, avasallado el valle estrecho por la niebla persistente, las mágicas visiones desaparecieron.

El sol encima como inmenso foco eléctrico, un punto deforme y caótico debajo, y en medio de ambos estaba yo sobre el alcor recordando la exclamación del Profeta:

¡Et si mane me quæsieris non subsistam!

(1) Véase la pág. 33 de este tomo.

Pues efectivamente, muchas, muchas veces he pasado por aquellos lugares y la visión primera no ha vuelto á subsistir, y aunque con afán la he buscado, no la he encontrado más.

Vuelta la lumbre solar á su total poderío y extinguida la niebla, el señorial y teocrático alcázar, el colegio, página clara del arte y centro eximio de docencia, se manifestó, antojándoseme tener delante una de aquellas *Enseñanzas generales* (1) que asombraron los mundos con su fama y sabiduría.

No importa que unidos sus dos grandes patios formen una planta irregular, ni es del caso que aquellos dos lienzos salientes del Norte y del Oriente, arrancando al Nordeste, besen el Duero como desgarrándose del corazón del edificio, formando un feo ángulo saliente, porque el todo aparece geométrico; pues la abigarrada disposición, resultado de la agregación paulatina de diversas construcciones que van modificando los primitivos planes y necesidades, lejos de dañar el conjunto estético le favorece, porque destruye la simetría extremada, impropia de edificios que deben conservar y conservan el carácter medioeval.

Efectivamente la parte esencial de la construcción, ó sea el monasterio propiamente dicho, tiene, sin embargo, la forma de un rectángulo truncado en uno de sus vértices por la iglesia, cuya planta característica de cruz latina contribuye notablemente á la indicada variedad, ofreciendo cierta analogía con los plomos que adornaban los ángulos de los pergaminos de las ejecutorias ilustres, y sellando así de una manera gráfica el carácter eminentemente religioso del edificio.

Todo contribuye, desde la planta á su monte, contando las de la octogonal capilla mayor, crucero y linterna de la iglesia, á dar al conjunto del colegio oportunas proporciones para extasiar el ánimo y elevar la vista, alejándola del suelo estéril que le rodea; de aquellos montes donde la encina de macizo tronco y romizo árbol y el enebro de bayas medici-

(1) Así se llamaban antiguamente las Universidades de Salamanca, Palencia, Valladolid, después Alcalá de Henares, Bolonia, Pisa, etc., dice el ya citado Vitores Sangrador.

nales, hojas largas, estrechas y puntiagudas... de la alameda antiguamente tan poblada de álamos negros, blancos y balsameros que entretenían al río... de aquellos lugares que se van agostando y consumiendo al calor febrático de las manos vivas que hoy los poseen... y bien pronto los tomillos comunes y salseros, la salvia officinal, los romeros de aceite volátil y de azuladas, blancas y rosadas flores... en fin, todas las labiadas que aún quedan irán languideciendo entre los tallos angulosos y flexibles de las feraces zarzas, ó en brazos de los cardos ajonjeros en forma de huso.

¡Quién había de pensar que estos sitios, que quedan yermos y casi sin cultivo ó disposición para dar frutos, eran frondosos bosques y abundantes prados (1), donde solazándose más de cinco mil ovejas y carneros, se criaban cien potros y yeguas, doscientas vacas con doscientos puercos; siendo á su vez lugar de abundante caza y anfiteatro en que los Alfonsos, los Sanchos y los más insignes de nuestros monarcas se ejercitaran en el regio arte de la cetrería!

Abstraído en estos y otros pensamientos, apenas me di cuenta de que había pasado el hermoso puente de *La Vid*, que, como ya dijimos, une á Aranda con Soria, y que dirigió Rasines, ni de la cerca que rodea el edificio, ni del arco de mazonería que, compuesto de muchos círculos concéntricos, se labró por los días de Alfonso XI, sin que sufriera restauración ni obra alguna cuando D. Íñigo, nombrado por la Santidad de León X juez y conservador para defensa y amparo de los comendadores y caballeros de la orden de San Juan, fundó y edificó, como apoyándole en el arco, el pequeño hospital para albergar á pobres necesitados.

Atravesando el espacioso patio, llegué al fin á la gran portada del hospitalario colegio, donde me esperaban tantos reverendos padres y buenos amigos, como su rector Fr. Patricio Martín (que descansa) el *bondadoso*; el vicerrector Máximo Herrero; el entrañable y siempre leal amigo P. Coco, elocuentísimo predicador de la Orden en Manila y vehementísimo escritor; el complaciente y extremado P. Cuervo, gran

(1) Crónica del convento.—Privilegio de Sancho el Bravo.

naturalista y excelente numismático; el lector P. Aguirre, tan profundo en las letras eclesiásticas como versado en toda clase de conocimientos humanos; el P. Pablo Aróstegui, grande y candoroso músico, cuyos *zortzicos* y aires vascos suenan agradablemente por aquellos claustros; el recogido y silencioso P. Ros, procurador y pedagogo del colegio, y por consiguiente, dueño de la llave de la despensa; Fr. Manuel de Miguel, tan solícito en la cura de almas que tiene á su cargo; el P. Mouriño, tan ingenuo como excelente humanista y buen religioso; el M. R. P. Agapito Aparicio (q. e. p. d.), hermoso y característico ejemplar del párroco en Filipinas, y... detrás de todos, con un aire tan bonachón como modesto, el hermano lego, Fr. Simón, cuyas atenciones no podré olvidar fácilmente...

Puesto el pie en el convento, y en medio de aquellos colegiales, hube de exclamar con Núñez de Arce:

¡Oh, recuerdos y encantos y alegrías
de los pasados días!

porque, efectivamente, se agolpaban ante mí los que me rodearon de caballero seminarista del Real de Vergara y caballero cadete del Real Cuerpo de Artillería en Segovia, donde jamás dejé de ser caballero cabeza real de motín ó de *culebra*. ¿Era de extrañar que, olvidado en mí, no me hubiera enterado aún del edificio que me daba tan regocijado hospedaje?...

Para saber apreciar esto debidamente es preciso haber pasado unos días enclaustrado, aspirando las delicias de aquella tranquilidad del orden, que tan gráficamente llama San Agustín *paz de todas las cosas* (1); gozado del trato cariñoso, llano, de efusiva tolerancia, liso y exento de toda gazmoñería farsaica de los padres reverendos; de la afabilidad respetuosa en los jóvenes *coristas* y de la consideración, no mercenaria, si que cristiana, de legos, donados y oblatos, y... hasta haber arrancado con violencia, si se quiere, de las febráticas manos

(1) El convento se rige por las ordenanzas de su instituto, es decir, de la regla de San Agustín y constituciones sabiamente adaptadas á las exigencias de la vida moderna.

del nervioso *Huling* (1) la campana para avisar el coro, la clase, la refacción, el recreo ó el silencio; campana que con una puntualidad pasmosa regula aquella santa vida de estudio, recogimiento, de alegrías lícitas y de tan exquisito cuanto escrupuloso orden; vida premonitoria de mucha abnegación y grandes sacrificios en un futuro no muy lejano.

Se necesita, para gozar de tan puras sensaciones, deslizarse por aquellos amplios tránsitos cuando los pianos de los padres Máximo y Pablo, mientras los jóvenes están en sus respectivas aulas, los llenan de armoniosas notas; ir de allá en acullá deteniéndose en los talleres de zapatería y sastrería, en el local donde se elabora el chocolate y confituras exquisitas; sudar en los hornos y tiritar en el molino y lavaderos de ropa; acariciar, si se dejan, aquellos tremendos canes, sólo complacientes y cariñosos con los que gastan hábito ó llevan la factura de la casa; dar el pan ó el azúcar, que golosazo arrebatada de las manos, al magnífico y manso novillo, ó halagar á las dos vacas, verdaderas montañas de carne con ubres exuberantes; dirigirse, por último, á la simétrica y bien cuidada huerta, y desde ella, admirando la iglesia por su espalda, ver en todo el suntuoso edificio impreso el *pulchra et decorata* del incomparable arte cristiano.

Jamás terminé la refacción del mediodía sin verdadera ansiedad. Todo mi afán era ver cómo Fr. Simón, aquel «leguero del convento», aquel *Ego sum* de la caballerosa orden, apoyado en el arco que da entrada al colegio, sostenía á la vez una descomunal batalla con el enjambre de harapientos que le rodeaban atropelladamente.

El hábito y blanco mandilón arremangados, el cazo en tercia y forma de distribuir lo mismo la bazofia que un *derecho individual*, mientras que el anciano oblato Silvestre Domínguez, ex alcalde, ex juez municipal de Jaray y que cuida de

(1) Este corista es chino, y ahora se llama Fr. Mariano Aparicio, en memoria del que le bautizó y casi le prohijó, M. R. P. Fr. Agapito Aparicio, natural de Ampudia y párroco muchos años en Batangas, y que antes de profesar se llamó Mariano. El chinito no se acuerda apenas de su padre, ni de otro hermano menor que dejó en el mal llamado *Celeste Imperio*, y el nombre de *Huling*, que tenía en la gentilidad, se pronuncia la h como j suave.

la portería del colegio, espera murmurando que le alivien el zurrón de los zoquetes y corruscos que le abruman!

Tan movido como interesantísimo cuadro traía á mi memoria el de la *sopa boba* que la graciosa pluma de Antonio Flórez trazó en su incomparable *Ayer*. Empero este lienzo tomaba un aspecto distinto y de no menos colores sobresalientes y sentidos, si el P. Rector ó algún otro reverendísimo visitaba ó hacía corro en medio de aquellos infelices desheredados. ¡La visión del llamado último padre de la Iglesia española, del Santo Tomás de Villanueva, del gran agustiniano, en medio *de sus pobres* no me hubiera maravillado más ni conmovido menos! Ni experimentaba menor deleite cuando al deslizarse el día, recogido en el *Panteón* ó capilla de Nuestra Señora de la Correa, bendecía las grandezas de Dios y saludando con el Ave María el toque de oraciones, con lo que así preparado el ánimo... el paso de cada Padre parecía anunciarme la proximidad de algún celebrado poeta, notable cronista, teólogo consumado, naturalista eximio, admirable y valeroso nauta ó cosmógrafo... un varón, en fin, santo, sabio ó artista de los muchos que decoran y dan lustre á la tan ilustre orden del Obispo de Hipona.

Y cuando en tropel alegraban bulliciosos el patio ó el jardín principal, claustros y escaleras los jóvenes estudiantes, me envolvía en un sentimiento misterioso y de profunda admiración al pensar que en breve aquella hermosa generación de futuros misioneros debía atravesar mares y más mares en busca de lejanos climas, y en ellos, soldados de la cruz y de la patria, retener, sin escatimar el sacrificio, espiritual ó temporalmente, las preciadas conquistas de Cristo que sus ilustres predecesores implantaron, con la civilización cual hoy alcanzan, tal como aquellas islas Filipinas en que por sin igual disposición de la Providencia divina los PP. Urdaneta, Martín de Rada, hombre el más insigne que en la cosmografía en aquel tiempo se hallaba, Andrés de Aguirre (1), Pedro de

(1) Á excitación del P. Urdaneta, D. Felipe II mandó organizar en México una expedición al mando del alcalde ordinario D. Miguel Gómez de Legazpi que, con los navíos *San Pedro* y *San Pablo*, galeón *San Juan* y patache *San Lucas*, salió del puerto de Natividad el 21 de Noviembre de 1564.

Gamboa, un puñado de hombres religiosos rodeando al gran Legazpi y sus comenderos que, no sólo realizaron la maravillosa adquisición de uno de los imperios coloniales más hermoso y vasto, si que rodearon su gloria con la inextinguible aureola de que no cayesen en esclavitud, ni que en aquel archipiélago se conociera la repugnante *trata* (1), una de las primeras causas de nuestras desventuras y contrariedades en la gobernación de Cuba y Puerto Rico. ¿Cómo no... cuando no se respira más que el pestilente olor que exhala la corrupción de costumbres! Allí donde la sangre *parda* hiede y los glóbulos de la *mestiza* son el producto de un precipitado septicemia, agitándose y fermentándose entre ellos la *criolla* ingratisima... sociedad por cuyas arterias se deslizan tales virus, no necesita del asqueroso reactivo de las escorias de gente maleante, vagos, criminales y *perdidos* de todas partes del mundo, que sobre ella arroja el *yankee*, su grosero vecino, para ser un enorme pudridero moral. ¡La ciudad sin conciencia ni fe no vale más que el *fangar* ó la *manigua* sin prójimo ni Dios! Sí, allí todo es repugnante y deforme; pero lo es en virtud de su propia estructura y constitución.

V

Renunciando detalles pequeños y tiernas nonadas de pura intimidad casera y de familia, una vez encerrado en la monumental biblioteca del colegio, reflexionando para continuar la descripción artística de su estado, y no encontrando modo de dar comienzos para reanudar mis propósitos, di con un volumen de la *Ilustración Católica*, que tenía abierto delante de la mesa, y no al acaso, en el que jamás creí, llamándome la atención un regular grabado que representaba el colegio de la *Vid*. Espoleó mi deseo conocer la descripción de aquella lámina, no mal estampada, reseña que, como del ilustre padre agustiniano Fr. Tirso López, resultaba notable, dándome casi

(1) El ignominioso mercado de negros.

casi hecho el calco de mi trabajo, si bien con algunas variantes y adiciones amplias y necesarias.

La fachada está embutida en el antiguo lienzo de tosca sillería que, construída en el siglo pasado, con la puerta de entrada y hasta el piso tercero, forma como una especie de altar. La alegoría de San Norberto, triunfante del error, colocada sobre un arco completamente rebajado, rematando con elegantes y sencillos adornos, es el asunto principal del retablo. Sobre éste viene á caer una galería de siete arcos del estilo llamado toscano, con la particularidad de que, siendo desiguales, apenas se nota la imperfección por lo bien concluído de su obra. Servía de mirador á los antiguos moradores del monasterio, y hoy, bien blanqueada y modestamente adornada con algunos cuadros pintados por los religiosos del mismo colegio (1) y con mapas de historia, zoología y otras ciencias, colocados sobre muros y puertas de cristal, sirve para salón académico. Da remate á toda la fachada y lienzo meridional un triángulo en cuyo centro se hallan esculpidas las armas del antiguo monasterio, consistentes en una efigie de la Virgen Santísima con el Niño en sus brazos, debajo de una frondosa parra ó vid cubierta de uvas, aludiendo á su hallazgo por D. Alfonso, en una sola piedra no muy mal trazada.

Entrando en el edificio, se encuentra un zaguán, y á su lado izquierdo la hospedería, sobre cuya puerta de entrada se ve un cuadro de la Purísima, de regular tamaño, dibujada al carbón por el hermano lego Fr. Santiago, así como otro de San Agustín sobre la puerta principal que da entrada al colegio. Enfrente de la hospedería cae la portería, desde cuya ventana atisba y cela la entrada y salida aquel regañón oblato Fr. Silvestre Domínguez, de que hemos hablado; dentro ya del edificio y pasada la segunda puerta principal, nos encontramos en el espacioso tránsito que corriéndose á la derecha da paso al claustro de las procesiones y patio principal del colegio, que circuyen por el Sur la iglesia, por el Oriente la sacristía y el panteón, por el Norte el refectorio y biblioteca,

(1) Casi en todos los claustros se ve lo mismo

y por el Occidente la escalera principal y parte del segundo patio, con dos claustros y galerías paralelas.

«Es el patio primero, dice el autor de *Las correrías por las orillas del Duero* (1), un gran cuadro rodeado de galería alta y baja, cerrada la primera por siete arcos pequeños en cada lienzo, formando balcones sostenidos por bellas columnatas de orden jónico; así como los arcos, son de color de paja, resaltando airoso en el contraste que forman en el blanco de la sillería de los lienzos ó entrepaños, tersa y fina y bien pulimentada. La arquería está decorada con sencillos pero muy delicados relieves de la misma clase de piedra de color, tan bien trabajados que parecen estar esculpidos ó formados de cera.»

«La galería baja, en los siete tramos en que está compartido cada lienzo, en vez de columnas ó pilastras, en el interior tiene machones y estribos sencillos adornados en su remate, formando así una especie de zócalo á la galería superior, á la vez que robustecen y completan toda la obra. Los entrepaños los cierran ventanas-rejas de medio punto con calados de la piedra amarilla ya dicha.» Hasta aquí el Sr. Aguilera.

«El patio—dice el P. López,—á cuyo rededor corre una acera de losas, está convertido en hermoso jardín, cubierto de variedad de flores y arbustos, aprovechando en su riego el agua de un pozo que hay en el centro. La galería superior es de cielo raso y sólo tiene un arco en el remate de cada lienzo, tan rebajados que casi son paralelos al quizame. La inferior es de buena bóveda de estilo gótico con variados adornos en los botareles y graciosos enlaces en el término de los aristones que sostienen, en forma de rosas y flores, las armas de los patronos.

De esta galería parte la magnífica escalera de piedra para los pisos superiores, en los que, como hemos dicho, están convenientemente distribuídas las celdas ó habitaciones, que comunican con anchos y abrigados tránsitos, algo bajos, sí, por razón de ser el clima frío, pero muy claros y bien ventilados. Consta la escalera de cincuenta y seis peldaños ó pasos,

(1) Un curioso y bien escrito libro por el peruano Sr. Aguilera.

divididos en siete proporcionados tramos, y cuatro grandes arcos, girando unos sobre otros, sin más apoyo que las paredes del edificio, llamando la atención el segundo, tan rebajado que puede decirse plano, sobre el que pasa uno de los principales claustros, y descansa el arco tercero, como sobre éste el cuarto. Es obra atrevidísima y que admira á todos los que la ven. Cubre la escalera una hermosa cúpula de buena y ancha bóveda, y en ella, á modo de linterna, se halla un elegante templete con la sonora campana de un gran reloj.

El refectorio es una gran pieza situada en el piso bajo, de más de 80 pies de largo por 30 de ancho, de proporcionada elevación, á cuya entrada se halla una sala llamada *De profundis* (1), porque en ella se rezaba este salmo por las ánimas antes de la cena, y tiene la misma forma, aunque menos capaz, que el refectorio. Está cubierto éste de hermosa bóveda de cuatro cuerpos, entre los que se observan algunos adornos y un rosetón en la parte superior de cada uno de ellos, ó sea en la llave de dichos cuerpos. El respaldo de los asientos, de pino y nogal, llama la atención por lo bien conservado que se halla, así como el púlpito en forma de tribuna, compuesto de cuatro y bien labradas piedras. Las mesas de pino sencillas y el pavimento de piedra labrada han sido restaurados por los actuales dueños. Adorna el testero un cuadro de la institución de la Sagrada Eucaristía, de gran tamaño y de algún mérito.

En el piso alto, sobre el refectorio y sala *De profundis*, se halla la biblioteca, sumamente espaciosa y clara, con elegante y tan alta bóveda que llega al tejado, y sobre ella descansa éste.

Tiene rica estantería de pino con jambas de nogal, y dos órdenes de cajones, altos y bajos. Como éstos son más sobresalientes que los de arriba; facilita el modo de colocar y extraer los libros de la estantería superior sin necesidad de escalera. Súbese á la estantería alta por dos escaleras de caracol y otras dos rectas.

Corresponde perfectamente la estantería á la arquitectura

(1) Hoy forma una sola pieza con el refectorio.

de la biblioteca, formando un solo cuerpo con ella, sirviendo la parte inferior de zócalos, y la superior de edificio hasta el cornisamento, que, aunque de yeso, vuela sobre los estantes agraciándolo todo. Y al efecto, los estantes que corresponden ó sirven de pilastras, son más estrechos y sobresalen, resaltando lo suficiente para distinguirlos de los entrepaños ó lienzos. En el testero se ha colocado un cuadro de San Agustín, y en lo más alto de la bóveda se ven los emblemas de la sabiduría con otros piadosos y expresivos símbolos. El número de volúmenes que contiene pasa de veintiún mil, contando los duplicados.

Pasemos ya á la iglesia, parte más grandiosa del edificio, cuya descripción tomamos del P. Tirso y del libro titulado *Correrías por las orillas del Duero*, impreso en Méjico por C. José María Aguilar en 1867.

«El templo consta de tres naves de estilo gótico, mixto ó templado de toscano, espaciosas y elevadas con crucero, á cuya cabeza está el presbiterio y capilla mayor, cubierta con una concha de cantería de trabajo exquisito. Entre ella y la nave principal se eleva la linterna sobre ocho arcos, cuatro mayores y cuatro menores, circulares todos; aquéllos corresponden, dos á los brazos del crucero, cubiertas sus anchas bóvedas de precioso y elegante almohadillado; uno á la capilla mayor, cuya concha descansa en él, y otro á la nave central, remate del cubo de la iglesia, que tiene su base en la fachada con el coro sobre la puerta, sostenido en anchas bóvedas y arcos circulares, pero muy rebajados y hermosos. Los cuatro arcos menores cierran los ángulos del cuadrado de la planta con otras tantas conchas menores, haciendo juego con la de la capilla mayor y sirviendo de pechinas. Debajo de cada una de esas conchas menores hay tres estatuas de santos en piedra (1). De ese modo se concluye un octógono á la

(1) Los tres santos que existen en la concha de la parte superior derecha son: en el centro San Norberto, á su derecha San José y á la izquierda San Godefroi ó Godefrido, Obispo de Amiens, muerto en el monasterio de San Crispín de Suassons en 1118, memorable por sus virtudes y por su sabiduría eximia. Fué amigo de Fr. Domiugo, el fundador. En la concha de la izquierda y en su centro San Milón, benedictino, preceptor del hijo de Carlos el *Calvo*. Murió en la abadía de San Amando, diócesis de Tournay; fué gran escritor y

altura de la nave principal, de cien pies de luz, y sobre él se levantan en las conjunciones de cada lienzo los delgados arcos góticos, verdaderas cañas de palma que ondean flexibles, tocándose sus extremidades, que sostienen un sol, desplegándose encima de la preciosa bóveda, cual sutil y desplegado pabellón, pero de gran vuelo y cielo casi plano. La linterna de la catedral de Burgos, por su extensión y altura, es la única que recuerdo más hermosa que ésta. En cada uno de los ocho lienzos que forma el cuello hay una ancha y bien rasgada ventana, cerrada de cristales, quedando así inundado de luz todo el templo, y en cada una se ostentan las armas del Cardenal fundador y su hermano, formadas en mosaico de diferentes colores y oportunamente combinados.

El cuerpo de la iglesia es algo bajo relativamente al cruce-ro, y la espadaña, de mucho trabajo, adolece de estilo churrigueresco; pero es notable la portada, que presenta un altar completo, de orden mixto y primorosos adornos. Ocupa el coro dos cuerpos de la nave, y tiene magnífica sillería de nogal con columnas salomónicas y cornisamento de orden corintio, aunque no puro. Su construcción es muy delicada y elegante; se renovó en 1866 por haberse deteriorado.»

Es el retablo de la capilla mayor de madera pintada de blanco y oro. Descansa sobre un zócalo á la altura del altar y consta de dos cuerpos: el primero contiene dos grandes entrepaños á los lados y una hornacina en el centro, divididos por columnas corintias con sus respectivos friso y cornisa. La hornacina la ocupa una imagen de la Santísima Virgen, toda de piedra, de tamaño mayor que el natural, que es la de la *Vid*, sentada en su trono con el Niño en las rodillas, esculpidas las imágenes con muy buena talla. El tipo de la Virgen se aproxima al griego, mas el color es trigueño y algo parecido á Nuestra Señora de Guadalupe de Méjico. Los dos entre-

publicista; á su derecha San Gerián, y á su izquierda San Frederic ó Fredo, Obispo de Utrech, hijo de un gran señor de Frisa; gobernó su diócesis con gran celo y fué martirizado en defensa de la fe. En la concha izquierda y centro, San Pedro, teniendo las demás imágenes borrados los nombres y por consiguiente ilegibles. (Nota de los PP. Coco y Aguirre.)

paños los ocupan dos lienzos, *pinturas* excelentes del tamaño natural, uno de la Anunciación, á la derecha, y otro del Niño hallado en el templo disputando con los doctores, á la izquierda.

Es el autor de éste Jerónimo Napolitano, y del otro Fabricio de Santa Fe, como consta de los nombres que en latín conservan los mismos cuadros, y los dos fueron pintados en Nápoles. El segundo cuerpo consta de tres paños divididos por pilastras, ocupadas con lienzos del tamaño mismo que los anteriores, representando el del medio el Nacimiento del Señor, el de la derecha la Visitación de la Virgen, y el otro la Presentación en el templo, al pie del cual se lee: *Joannes Baptista-Romanus Lovaina, Napoli faciebat an 1591*, y en el del Nacimiento *Wersel Chovergher*, con lo que tenemos noticia de sus autores, ignorándose solamente el de la Visitación. Este retablo, perfectamente cuadrado y sin remate alguno, llega hasta el cornisamento, en donde se sienta la hermosa concha sostenida por faunos desnudos, que encuentra impropios del sitio el P. Tirso, aunque no el arte, dando eso un aire de unidad de muy buen efecto. No es el primitivo, porque no correspondiendo el mayor, que se había hecho en tiempos del Cardenal D. Íñigo y su hermano el Conde de Miranda D. Francisco, á la magnificencia y suntuosidad de la capilla y presbiterio, D. Juan de Zúñiga, Conde de Miranda y Virrey de Nápoles, dispuso que en aquella capital se construyese el actual. Por las inscripciones que hemos dicho y por la de *Briceli D. Joannis Stunigae Miranda Comptis, in hoc Nespolitano regno pro Regis jussu Fabricius Santa Fides pingebat*, se viene en conocimiento de todo lo que va relatado.

Hay otros cinco altares pequeños con una sola efigie cada uno, distribuídos convenientemente, en los que llaman la atención las estatuas de San Agustín y San Nicolás de Tolentino, de estatura natural, talladas en madera, de muy buena escultura y que habían pertenecido antes de la exclaustación al convento de Agustinos de Burgos.

El órgano antiguo, arrebatado á la iglesia, ha sido reemplazado en 1867 por otro nuevo de fuertes y claras voces, cuya

caja imita en todo la arquitectura del patio principal y sus galerías: su coste excedió de 30.000 reales (1).

Réstanos decir algo de la sacristía, magnífico salón ancho y cuadrangular, con mucha luz, bóveda de dos cuerpos de medio punto, pavimento de mármol ó piedra blanca y pizarra, y las cajonerías de nogal, aunque en el interior tienen pino, que ocupan y llenan dos lienzos, hasta vara media de altura, á cuyos extremos hay cuatro alacénias de nogal tallado de no escaso mérito. Adórnanla cuadros en lienzo, del Apostolado, de poco valor. Da paso á un oratorio, en que se halla el lavabo, formado de preciosos jaspes y buena piedra, en forma de retablo, con columnas de mármol blanco, que en una hornacina contiene tres efigies en grupo del Salvador, San Pedro y San Juan, todas de unas piezas, bastante bien acabadas.

Entre ésta y la iglesia se halla el panteón ó enterramiento (sala capitular que fué de los antiguos), de la misma bóveda que la sacristía, y que, por ser estrecho, forma una nave que va á parar á una capilla pequeñita, hermosísima, en forma de rotonda, con altar tallado y dorado, construído poco ha, en que se venera Nuestra Señora de la Consolación y Correa, y el todo tiene figura de una iglesia pequeña, cuyo presbiterio y capilla mayor forma la mencionada capilla. La efigie de la Virgen muy agraciada, es objeto de gran devoción en toda la comarca.

En el sitio principal del panteón, como dijimos, descansan las cenizas del primer fundador, Fr. Domingo Candespina, y á la entrada de la iglesia, en la puerta que con el panteón comunica, el M. R. P. Fr. Celestino Mayordomo, comisario de los Agustinos, que adquirió este monasterio en 18 de Octubre de 1865 (2) y falleció en el de 1871 (3).

El laudes del sepulcro del M. R. P. Fr. Celestino Mayordomo, escrito en puro idioma cebuano, dice así:

(1) El antiguo fué llevado á la villa de Roa, y creo está en la antigua colegiata, hoy parroquia de Santa María.

(2) Previa autorización del entonces Ministro de Ultramar, Excmo. Sr. don Antonio Cánovas del Castillo.

(3) Este panteón, como ya hemos dicho, era el que debió ocupar D. Pedro de Zúñiga.

¡Himaya sa Suinoo!

«Atbang mining sulatam obús sa Sacong bato nahalibung ang talahudon uyamunt nga Pare Celestino Mayordomo, daan Ponoang y dagio sa Caparian ni S. Agustín Amahan ta sa Capopolan Pilipinas: ug diri usab sa Guinharian napolo ug duha ca tuig. Nagtingua ug nagusab mining balay sa usa cabllo nalo cagatus canuman ug lima Iyan guipuyan caluaan ug usa cabulan ug tunga: ug sa pagcatumannia ug capitoan ca tuig na poloug lima ca adlao namatay. Natano sa icaunum sa Abril mining catuiganan nga icapolo ug siam. Mapaubsanon putung ug matinumanon mag panhimut sa ngatanan tungud sa cata-mis sa iyang gani.

¡Magpahmax sa Languit!»

Que vertido al castellano quiere decir:

¡Gloria al Señor!

«Delante de este epitafio, debajo de una lápida grande está enterrado el muy respetable P. Celestino Mayordomo, antiguo Provincial de la Corporación de San Agustín, nuestro padre de las islas Filipinas: y aquí en estos dominios habitó doce años. Llegó y habitó en esta casa el año mil ochocientos sesenta y cinco. La habitó veintiún mes y medio: y cumplidos sesenta años y quince días, murió. Nació el día seis de Abril de este siglo diez y nueve. Fué humilde, virtuoso y exacto en el cumplimiento de sus obligaciones; haciéndose querer de todos por la amabilidad de su carácter.

¡Descanse en paz!»

Hasta ahora venimos ateniéndonos en gran parte, con muy ligeras variantes y algunas extensas ampliaciones, á lo escrito por el M. R. P. M. Fr. Tirso, por estimar que así honramos, como es debido, no tanto al laureado agustino como á nuestro pobre trabajo; mas al llegar á este término y punto en que estamos ya, la descripción que sigue corre de nuestra cuenta y riesgo.

En el panteón ya vimos la preciosísima escalera de cara-

col, trabajada con sin igual delicadeza, que llegaba hasta la bóveda del crucero, dando comunicación á todos los pisos del convento.

También es tan notable como esta escalera la elegante puerta de orden bizantino, restos de las primeras obras, empezadas en los días de Sancho el *Bravo*.

Sobre las naves laterales del templo se han suspendido seis grandes lienzos, hechos en Roma, de donde se mandaron al colegio, después de haber servido como parte decorativa del salón en que en la Basílica vaticana se celebraron las solemnes ceremonias de la beatificación del V. P. Fr. Alonso de Orozco. El lienzo que está sobre la puerta que da paso al panteón y sacristía representa al que, según el P. Cámara, sabio Obispo de Salamanca (1), era «oráculo de la corte de Felipe II é inspirado escritor de la Virgen (2) en su celeste apoteosis» (3), y en los otros tres del mismo lado, en el que le sigue representa un milagro del Venerable, así como en los otros las dos apariciones que en la celda le hiciera la Santísima Madre de Dios. En uno de los de la nave contraria aparece el gran predicador de la corte como dando una conferencia en ella. Resalta, en primer lugar, la figura de Carlos V, sentado con regio decoro y prestando suma atención á lo que parece decir el autor de la *Regla de la vida cristiana*, teniendo á su lado izquierdo, de pie, en airoso actitud y vestido todo de raso ó seda blanca, á un galán jovencito, que bien puede ser Felipe II. Creo que el autor de este cuadro hubo de inspirarse en una de las pocas veces que predicó, si predicó, el Venerable ante el César de la *Hispania victrix*, y que bien pudiera ser cuando se detuvo en Valladolid, de paso para Yuste (4). La figura de Carlos V, aunque está bien lejos

(1) En su libro *El Beato Orozco*.—Valladolid, 1882.

(2) Pudo el P. Cámara añadir á lo de *inspirado* lo de *castizo* é ingenuo.

(3) En su gloria. Las preclaras virtudes del P. Orozco fueron declaradas heroicas, en 1732, por el Papa Clemente XII, mereciendo, por último, que Su Santidad León XIII le concediera los honores de la beatificación en 15 de Enero de 1882. Este ilustre agustiniano hizo su profesión solemne en manos de Santo Tomás de Villanueva.

(4) En Octubre ó Noviembre de 1556, pues el Emperador salió de Valladolid para encerrarse en el monasterio de Yuste en 4 de Noviembre de dicho año, dejando en esta ciudad á sus hermanas D.^a Leonor y D.^a María.

de llegar á la que hizo el Tiziano y existe en nuestro Museo de Madrid, no deja de revelar los arranques heroicos y sentimentales de aquel hombre que, según el feliz pensamiento del primero de nuestros estadistas contemporáneos (1), «no se encuentra mayor en la historia.»

El otro lienzo parece referirse al milagro de Juan de Olmedo (2).

Después de la exclaustación de 1834 este templo fué dedicado para iglesia parroquial de la villa de la Vid y los barrios de Guma y Zuzones y su granja, que antes de las leyes sobre la abolición de señoríos de 1811, 1823 y 1837 formaban una villa eximida de la jurisdicción de partido por gracia especial, y de señorío, que pertenecía al monasterio, cuyo abad nombraba alcaldes ordinarios. Componen la villa de la Vid unas cuantas casas, de entre las que destaca un mesón ó parador, no mucho más adelantado ni más cómodo que las ventas del tiempo de Cervantes, donde, amén de lecho, no se encontraba más que algunas raciones de truchuela, que á D. Quijote le sabían á truchas.

Resumiendo: en el siglo XVI, siendo abad D. Pedro Calderón, se edificaron nuevas habitaciones: la sacristía, el panteón ó enterramiento y la escalera principal. En el XVIII, continuando los Condes de Miranda el pensamiento de sus ascendientes, concluyeron en el año de 1728 la espadaña ó torre, de estilo barroco, elegante y esbelta. El cuerpo de la iglesia con sus tres naves; el bellísimo coro en 1734 y casi toda la parte del lienzo que marca el Occidente; fachada del convento, con las ventanas y balcones intercalados; portada de la iglesia y la mitad del lienzo Norte, donde tienen ahora los padres sus celdas, con la otra mitad, que comprende el

(1) D. Antonio Cánovas del Castillo.—Prólogo al libro de mi excelente amigo (q. s. g. h.) D. Gaspar Muro, *Vida de la Princesa de Éboli*.—Madrid, 1877.

(2) «Juan de Olmedo, vecino de Talavera, estuvo muy malo de unas calenturas malignas. El doctor Jaime Ferrer y el doctor Guzmán le tuvieron casi por muerto, y se les moría. Recibidos los Sacramentos, le trajeron la coorra del Venerable y, habiéndosela puesto, le dieron unas cámaras, con las cuales luego estuvo bueno, que fué una cosa milagrosa.» —Expediente de beatificación.

De profundis (1), en la planta baja, y sobre ellos y en el piso primero, como ya dijimos, la hermosa y abovedada biblioteca, muy parecida á la del Colegio de Santa Cruz, de Valladolid, concluyéndose todas estas obras en 1796, según una inscripción que allí se conserva.

Las reparaciones y restauraciones, desde la fundación del edificio en 1132, pueden muy bien fijarse: en los tiempos de Sancho *el Bravo*, reedificado por completo á costa del monarca; en el siglo XVI, año de 1542, la de restauración de parte del convento y nueva planta de la iglesia por el Cardenal D. Íñigo López de Mendoza y su hermano, el segundo Conde de Miranda; en el siglo XVII se construyeron la sacristía, panteón y hermosísima escalera principal, siendo abad D. Pedro Bonifaz; las de los años de 1728, 1734 y 1796 por los patronos, no sólo de la iglesia, si que también de todo el monasterio, Sres. Condes de Miranda y Duques de Peñaranda, realizando el pensamiento de sus ilustres predecesores el Cardenal D. Íñigo y el tercer Conde D. Francisco; y, finalmente, las últimas de reparación, embellecimiento y utilidad llevadas á cabo en 1866 por los actuales poseedores (2).

La razón que movió á los PP. Agustinos para adquirir como ampliación del de Valladolid este nuevo colegio, con que les brindó en 1865 el Obispo de Osma D. Pedro María Lagüera (3), el P. Fr. Conrado Muiños Sáez la explica en una nota que puso en su magistral trabajo *Influencia de los agustinos en la poesía castellana*, que ningún amante de las bellas letras y de las glorias patrias debe desconocer.

La nota, hablando del Real colegio valisoletano, fundado en 1744, se expresa así:

«No contentos los franceses con ocupar en 1808 hasta 1844 el colegio, convirtiéndolo en hospital y parque de artillería, y con dispersar á los religiosos, fusilaron inhumanamente á dos de ellos, considerándolos espías de los españoles. En los

(1) Ya dijimos arriba que hoy forma una sola pieza con el refectorio.

(2) El Colegio de la Vid es el segundo que la Orden ha tenido, y lo adquirió en 1865. Antes sólo tenía el de Valladolid.

(3) Con la condición de que habían los Padres de hacerse cargo á la vez de la cura de almas ó parroquia de La Vid, como actualmente lo hacen y sirven.

primeros escalones de la suntuosa y verdaderamente regia escalera principal se hallan todavía huellas del vandalismo de las *ilustradas* tropas napoleónicas. En el primer cólera fué destinado á hospital de coléricos el colegio, con lo que volvió á dificultarse la admisión de novicios, dificultad que se reprodujo durante la última guerra civil, en la cual se destinó gran parte de él á hospital de los heridos del ejército del Norte. Todos estos obstáculos, unidos á lo inseguro y calamitoso de los tiempos, dificultaron el florecimiento de la provincia, que hasta 1865, en que adquirió el de La Vid (Burgos), no tuvo más colegio que éste.»

Bien claro se indica aquí el *móvil* de la adquisición. Las obras de reparación del antiguo monasterio, después iglesia parroquial y ahora colegio, y las de instalación para cerca de cien individuos, se concluyeron á grande coste y suntuosidad en 1866.

La adquisición del colegio de La Vid se debe, además, á que, habiéndose aumentado de un modo asombroso los fieles de Filipinas puestos al cuidado de los PP. Agustinos y habiéndose, por ende, duplicado los pueblos de su administración, ya no era suficiente el colegio de Valladolid para preparar operarios evangélicos y darles la instrucción que exigían los actuales tiempos. La provincia iba floreciendo desde que hubo alguna más seguridad política, ó sea desde 1839, como lo prueba la *Flora* del P. Blanco y otras obras de aquella época y años después.

Cuando yo visité aquellos queridos padres amigos y me hospedé en el invierno de 1896, el personal lo componían diez padres sacerdotes, veintitrés estudiantes de segundo curso de teología, y diez y siete de primer curso y veintitres del tercero de filosofía, y como unos veinte hermanos, legos y novicios; en total noventa y cuatro.

Los estudios de filosofía y ciencias físicas y exactas, con cátedras de francés ó inglés, se hacen en Valladolid, donde está el noviciado y magníficos gabinetes de química á historia natural, aunque hace algunos años estudien en *La Vid* el tercero de filosofía. Este año de 1898 se cursa el tercero de Filosofía en Valladolid y se cree que así será en los años suce-

sivos por no haber local suficiente en aquel colegio. Los domingos tienen cátedra de música ó dibujo, á elección. En *La Vid* se cursa facultad mayor, teología dogmática y moral, derecho canónico y algo de civil y criminal, Historia eclesiástica, disciplina, procedimientos, etc., etc.; era lo ordinario erminar la carrera en Manila, donde se estudiaba el quinto año que se reducía á práctica de púlpito y confesonario. Desde el segundo de teología alternaban las cátedras con moral y derecho canónico, griego y hebreo, etc., etc., y todos los jueves certámenes o conclusiones públicas, donde se discutía algún punto de teología, ya dogmática, ya moral, ya de filosofía, preparado de antemano, alternando los estudiantes por años y dirigidos por sus correspondientes lectores ó catedráticos.—Eran dignos de presenciarse estos actos por la seriedad que revestían y por las importantes cuestiones que se ventilaban; era de rigor hablar en latín y en forma silogística, exceptuando en los casos de moral ó derecho. Los cursos comenzaban el 11 de Septiembre de cada año y concluían el 15 de Julio del siguiente con dos cátedras diarias. Los exámenes duraban de seis á ocho días; las calificaciones eran reservadas y el alumno las ignoraba hasta terminada la carrera, que debía ser aprobada por el capítulo provincial ó intermedio para que pudieran ser elegidos para cargos en la orden y sin cuyo requisito no podían ser nombrados para ninguno por insignificante que fuera: había mucha rigidez en los estudios, pues quince faltas voluntarias de lección y cuarenta por enfermedad les hacían perder curso, y perdiendo dos perdían también la carrera y no pasaban de frailes de misa y olla. En honor a la verdad, todavía no se había visto ninguno de estos últimos, porque en el noviciado se hacía la selección del personal.

Terminada la carrera y previo examen general de moral, eran destinados, á propuesta del provincial ó de la de los padres definidores, á las diversas islas del Archipiélago, donde al lado de un padre anciano aprendían el idioma de la localidad y práctica de la cura de almas; antes de regentar misión ó curato eran examinados de idioma por tres padres designados al efecto por el Capítulo provincial. Cada cuatro años sufrían ri-

guroso examen de moral ante el P. Provincial, definidores y lectores; el que no aprobaba tres exámenes quedaba inutilizado para la cura de almas. Tienen que responder además por escrito todos los años á los casos morales y de derecho que propone el provincial.

Alternando con la severa regularidad de la vida del espíritu, tiene el colegio un gimnasio bastante bueno y suficiente para desarrollar las fuerzas físicas, así como billares y otros entretenimientos honestos y útiles, no dejando de figurar la música en primer término, pues son muchos los jóvenes que la cultivan con verdadero amor en sus ratos de ocio y de cuyas aficiones se utiliza el padre organista para formar una capilla completa, hasta el extremo de que si en tal pusiese su propósito desempeñaría cualquiera obra musical religiosa ó profana como sólo su hermano Fr. Marcelo puede hacerlo en el órgano, piano ó armonio, porque en verdad la familia de estos Arósteguis nacieron para padres Agustinos y músicos sobresalientes.

También tienen los padres *graves* para su recreación un local que cae á la fachada principal del edificio, detrás del salón donde está el gabinete de Historia natural y al lado de una especie de gabinetito en que se conserva con esmero un pequeño tesoro numismático que, de seguir cual ahora está, será de gran estima é importancia.

El amplio y bien trazado gabinete de Historia natural nunca podrá llegar á ponerse en parangón ni á la altura del excellentísimo que los padres tienen en su real colegio de Valladolid, aunque el inteligente cuanto celoso director, P. Fr. Manuel Cuervo, haga cuanto pueda y su laboriosidad le aconseje. Llena, sin embargo, su cometido, siendo notables sus bellas colecciones de mariscos y maderas, recogidas en su mayoría en el archipiélago Filipino y decorosamente dispuestas en estantes de madera, de que á continuación, como mera curiosidad, damos una muy breve reseña:

Mamíferos.

Carnívoros, 23; roedores, 6; rumiantes, 13; paquidermos, 1.

Aves.

Rapaces diurnas, 12; ídem nocturnas, 8; pájaros, 104; trepadoras, 12; gallináceas, 30; palomas, 8; zancudas, 18; nadadoras, 2; reptiles 11.

Conchalogía.

Murex, 8 especies; voluta, 3; strombus, 11; cyproa, 23; tritón, 3; dolium, 4; nática, 5; helix, 17; conus, 42; pleurotoma, 2; nassa, 4; púrpura, 2; oliva, 6; mitra, 4; pterocera 4; terebra, 2; tornillo, 2; cerithium. 7; morrión, 3; fascyolaria, 3; cychlostyla, 21; turbo, 6; boliums, 3; nerita, 8; nanina, 5; cyclophorus, 5; cassis, 3; peonza, 3; haliotis, 2; patella, 2; cardium, 3; sanguinolaria, 2; pectúnculus, 2; arca, 2; spondylus, 2; tapes, 3; tellina, 2; tridacna, 4; circe, 2; mitylus, 2; ranella, 3.

Además de las clasificaciones hechas en el catálogo anterior, hay sesenta y siete más genéricas contenidas en el mismo catálogo general.

Paleontología.

La colección de paleontología se compone de ciento ochenta y dos clasificaciones, en su mayor número duplicados los ejemplares.

Maderas de Filipinas.

Dos son las colecciones de maderas, cuyos catálogos contienen unas doscientos ochenta y siete clasificaciones y el otro sesenta. Es de advertir que se encuentran algunos ejemplares repetidos, pero muy pocos.

Mineralogía.

La colección de mineralogía se compone de 378 clasificaciones; son numerosos los ejemplares de mármoles, hierros y cobres; la procedencia de éstos es en su mayor parte de las islas Filipinas.

Geología.

La colección de geología se compone de 220 clasificaciones.

En los años de 1897 y 1898 se ha aumentado bastante el gabinete de Historia natural de La Vid, y mucho más el de Valladolid.

Para terminar creemos oportuno dar asimismo otra reseña de lo contenido en el monetario del colegio en el año de 1896 (1).

Compendiando en lo posible el catálogo, nos parece más oportuno adelantar algunas noticias referentes á la colocación de las monedas en la colección.

El monetario está colocado en un departamento con tres divisiones, cada una de las cuales ocupa colección ó sitio diferente. La primera es la más importante y para la inteligencia de la misma daremos los siguientes datos:

Ocupan el primer lugar de la colección principal las monedas autónomas de España colocadas por orden cronológico. Están las primeras las de plata, guardando también el mismo orden cronológico; le han clasificado: según el P. Flórez, «Medallas de las colonias y municipios de España»; Delgado, «Nuevo método de clasificación de las medallas autónomas de España», y por P. A. Roudard, «Manuscrito inédito. Numismática ibérica.»

Siguen á las ibéricas las romanas, dando también la prefe-

(1) El monetario de La Vid comenzó á coleccionarlo por pura afición en 1867 el R. P. Fr. Tirso López con las monedas recogidas en algunas excursiones á las ruinas de la antigua Clunia, entre Peñalba de Castro y Coruña del Conde, ayudándole en su empeño el Ilmo. Sr. D. Pedro María Lagüera, Obispo de Osma, que le cedió gratuitamente varias monedas duplicadas de su valioso monetario. Al pasar á Valladolid en 1881 dicho P. Tirso quedó encargado de su custodia y aumentó el Rvmo. P. Tomás Rodríguez, entonces profesor de teología y hoy Vicario general de todo el orden de San Agustín. Y al poco tiempo recibió un grande incremento con más de tres mil monedas clasificadas y bastante escogidas que adquirió en Madrid el reverendísimo P. Fr. Manuel Díez González, entonces comisario de la provincia de Filipinas y después general de todo el orden de San Agustín en España y sus dominios, á quien debe la orden á estos tiempos muy gran parte de la gloria que ha alcanzado.

rencia á las de plata; las de bronce están divididas en librales é imperiales; éstas han sido clasificadas según el método de H. Cohen «Description historique des monnais frappus sous l'empire romain.»

Observando el orden de metales dicho, se ven después de las romanas las monedas españolas. En la colección se conocen con el nombre de monedas hispano-cristianas y monedas de la monarquía española, clasificadas todas, según Aloin Ibein, «Descripción general de las monedas hispano cristianas desde la invasión de los árabes.»

Termina la primera colección de las monedas extranjeras comerciales con las medallas de diversos estados y reyes, y las conmemorativas nacionales, religiosas y pontificias sólo están descriptas para la segunda y tercera colección del catálogo.

Número de monedas:

Monedas autónomas de España (1):

	DE	
Plata: 24.		Cobre: 474.

Monedas romanas.

	DE	
Plata: 180 (2).		Cobre: 1.478 (3).

Siguen a las romanas 30 monedas del califato de Córdoba son de plata y no se han clasificado.

Monedas españolas (4):

(1) Inmediatamente á las monedas autónomas hay 14 púnicas y 3 que creemos egipcias por su acuñación cóncava y por las formas que representan. No se han clasificado.

(2) Entre las de plata, además de las de los emperadores, hay varias de familias célebres romanas, alguna legionaria y otras de familias desconocidas.

(3) Entre estas de cobre las 44 primeras son de Asis romanos. á las que sigue una consular.

(4) Incluimos en este grupo las monedas hispano-cristianas y las de la monarquía española. En el monasterio las monedas de la monarquía están ordenadas por series, tal como las ha reunido Alons Ibein. Aquí, por abreviarlo, las hemos reducido á un grupo común.

DE

Plata: 279.

|

Cobre: 516.

Las monedas extranjeras son de diversos Estados y reyes de Europa; hay 120, todas de plata, y por no haber autor en este monetario para clasificarlas, están sólo descriptas. Esto mismo se ha hecho con las *medallas conmemorativas nacionales* (1), pontificias y religiosas. De cada clase de estas medallas hay 97, 63 y 24 respectivamente.

Para completar esta reseña, añadimos que en esta primera división hay además dos hermosos medallones, que no dudamos en asegurar sean de Clunia. Su forma nos ratifica en nuestro juicio. El hermoso camafeo romano que posee el monasterio adorna este primer departamento.

La segunda división la forman las monedas extranjeras. Todas son de cobre y sólo se han podido describir someramente. Hay en este departamento monedas de todas las naciones y Estados de Europa, de muchas de Asia, turcas, árabigas, etc., y una bonita colección de chinas, así como también las de los Estados de América. De África posee muy pocas. Unas cuantas monedas muertas y algunas medallas de cobre y plateadas terminan esta segunda colección. El número total, 470.

La tercera colección se compone de ejemplares duplicados de monedas autónomas de España y romanas. De las primeras se cuentan 246 y de las romanas 676.

Fuera de todas las monedas que quedan numeradas, y se hallan colocadas en bonita estantería, hay otra muy considerable cantidad de monedas romanas y mayor todavía de españolas. Las extranjeras no son tantas; de medallas cuenta ejemplares rarísimos, que llaman la atención de los que las ven y examinan. La clasificación de algunas de éstas no se ha conseguido aún. Las romanas están reunidas en grupos generales; hay muchas que merecen ser clasificadas. Las es-

(1) Estas medallas en la colección se conocen con el nombre de *medallas de diversas naciones de Europa y medallas de diversos Estados y reyes*.

pañolas están ya todas clasificadas. El total de monedas del monetario del colegio pasará de 6.000. Con los ejemplares no repetidos se están formando otros grupos, que diariamente aumentan debido al gusto y celo del M. R. P. Rector de este colegio Fr. Patricio Martín (1) y sus lectores y alumnos colegiales.

VI

Vamos á concluir: en un monasterio donde conservan en alto grado dos de las inspiraciones más bellas y salientes de nuestra historia nacional, la fe y el valor; en un edificio lleno de luz y oxígeno, en que se respira poesía y se conservan las tradiciones «de una de las órdenes más doctas y literarias de España» (2), no es de extrañar que los nobles hijos del gran San Agustín, al salir de allí, puesta su fe en Dios y todos sus amores en la patria, mantuviesen hace más de tres siglos enhiesta la bandera roja y gualda en nuestras bellas posesiones del archipiélago filipino, tan desastrosamente perdidas, y donde en más de una ocasión el patriotismo les convirtió de misioneros en aguerridos capitanes, sin que les acongojase la incertidumbre del porvenir ni las cruces del martirio (3). ¡Heroicas milicias de Cristo, cuyo rasgo más saliente es su GENUINO Y PURO ESPAÑOLISMO!

Al alejarnos de aquellos lugares y de sus amables moradores, al dar al descanso la torpe pluma con que pretendimos en días más felices para sus moradores reseñar el monasterio de La Vid, al que tan bien se apropia el LOCUS ISTE SANCTUS

(1) Por defunción de este bondadosísimo P. Martín y nombramiento del último Capítulo celebrado en Manila rige hoy el colegio y es rector de él el M. R. P. Fr. Valentín Bervide, á quien, estando unido con tan antigua y estrecha amistad desde Manila, si le ensalzase aquí como merece y vale, se crearían apasionados mis laudes.

(2) Véase el Sr. Menéndez Pelayo. — *Historia de los heterodoxos españoles*, tomo III, cap. párrafo III, pág. 531.

(3) El P. Valderrama fué el primero que selló con su sangre la fe por el catolicismo. «Sangre fecunda, dice mi amigo D. José Alcázar en su *Historia de los dominios españoles en Oceanía*, origen de esta santa y noble historia de las órdenes monásticas en el archipiélago, donde el nombre de tantos y tan esclarecidos religiosos va siempre unido á cuanto significa en estas tierras fe, civilización, españolismo y saber.» — Manila, 1895. — Imp. Ataide.

EST; al despedirnos de aquel fecundo semillero en que el amor y la inteligencia crecen y se desarrollan bajo la dirección de los padres misioneros, no pudimos menos de hacerlo recordando la primera estancia de la oda á la «Vida retirada», del insigne maestro de la orden agustiniana, el risueño y apacible Fr. Luis de León:

«Del monte en la ladera,
por mi mano plantado tengo un huerto
que con la primavera,
de bella flor cubierto,
ya muestra en esperanza el fruto cierto.»

Seguros, segurísimos que el *fruto cierto* que *dé* el eximio colegio, plantado por jardineros inteligentes del *monte en la ladera*, seguirá influyendo como siempre en la nación española, en el engrandecimiento y conservación de esta querida patria que, «estando, según la hermosa y feliz expresión de Balmes, en medio de los mares del extremo Oriente y del lejano Occidente, es natural que viva entre tormentas.» Y necesario es, añadimos, que para luchar y vencer se vuelva la vista á la política, en que la primera y más excelente condición es la (1) *fe religiosa*, seguida de la *disposición al sacrificio* para todo aquello que ofrezca un *vislumbre de gloria* y un lugar honroso en los *afectos del corazón humano*, desarraigando este materialismo epicúreo, que va haciendo de la patria de tantos héroes y santos el pandemonium de media docena de aprovechados politicastros.

(1) «que la política, que es el negocio más importante de la vida, no les induzca á creer jamás QUE SE PUEDE NI SE DEBE SEPARAR DE LA RELIGIÓN Y DE LA FE: en éstas se encierran todas las enseñanzas prácticas de la moral y en ellas está el alimento preciso del espíritu, sin el que los hombres necesariamente se envilecen y los pueblos se pierden, se acobardan, y si les llega un momento de peligro, se humillan ó se destrozan.»

(D.^a Trinidad Grun de Heredia, véase su necrología, por D. Francisco Silvela. — Málaga, 1896. — A. Gelabert, calle Nueva, 10.

APÉNDICE I

San Norberto instituyó estos canónigos regulares el año 1120 bajo el pontificado de Calixto II. Tomaron el nombre de *premonstratenses* porque fundó el Santo su primera casa en una pequeña ermita ó capilla que había en el desierto *Premontra* ó *Premontrato*, á tres leguas de León de Francia, en su misma diócesis. Habiendo tomado posesión de este desierto ó soledad, que le cedió el Obispo, tuvo luego allí más de 40 eclesiásticos y gran número de seglares que querían vivir bajo su dirección. Abrazó la regla de San Agustín y todos la profesaron el día de Navidad del año 1121. Tomó, pocos años después, mucho incremento la naciente orden. En 1126 pasó San Norberto á Roma á solicitar la confirmación de su instituto, aprobado antes por dos legados de SS, Pedro de León y Gregorio Santangelo, y lo fué por Honorio II en 16 de Febrero de 1126. Después de haber sido el Santo elevado á la sede episcopal de Magdeburgo y condecorado por el Papa Inocencio con el título y derechos de primado de Alemania, murió en la octava de Pentecostés del año 1134; eligió la regla de San Agustín para imitar el temor de vida que seguía este Santo con su clero. Dispuso que sobre el hábito blanco de lana usasen los canónigos la sobrepelliz de lino para mayor decencia de las funciones de iglesia. Sin embargo de que el mayor número de casas *premonstratenses* se fundaron en Alemania y Francia, no hubo provincia en Europa en que no hubiese muchas, y en España, donde esta orden ha sido menos conocida, se contaron hasta 40 (1) abadías. La primera de la orden, ó de *Premontrato*, de la que tomó el nombre, se transformó á principios de este siglo en una vidriería de resultas de los

(1) En el año de 1738 en España había 17 monasterios y dos conventos de religiosas, y por bula que despachó en 5 de Febrero de 1601, y es su principio *Ad prosperum religiosorum statum*, se manda (decidiendo así el largo y ruidoso pleito seguido en Retuerta y La Vid) que el monasterio de Retuerta esa cabeza de todos y su abad general.

trastornos producidos en Francia durante la revolución. (Diccionario histórico enciclopédico anuario. Rou, impresor de cámara de S. M. Barcelona, 1831.)

APÉNDICE II

De la vida del bienaventurado Domingo, fundador y primer abad del Real Monasterio de Santa María de La Vid en España, tomado de las crónicas de Castilla de Alberto Mireo y del Magiologio y Natalicios del abad Wander Sterre (1).

El bienaventurado Domingo, hermano de Alfonso VII, Rey de Castilla, llamado el Emperador, despreciando el esplendor de su regia estirpe y las delicias del mundo, militó bajo la bandera de los canónigos premonstratenses en el monasterio de Santa María de la Vid de la diócesis de Osma (junto al río Duero), construído por el mismo Rey Alfonso. En cuyo monasterio hay una elegante imagen de la Madre de Dios, hallada entre unas cepas, siendo muy frecuentes los milagros que obra; y el bienaventurado Domingo, primer abad, apacentando las ovejas que se le habían encomendado con celestial sabiduría, y con olor laudable de santidad, y habiendo castigado su cuerpo y sujetado su espíritu con prolongada oración, ayunos, disciplinas y cilicios y otras penalidades de la vida monástica, esclarecido con santas obras, entregó su alma pura al Rey de los Reyes el día 18 de Marzo del año 1187.

APÉNDICE III

En la Crónica de la orden Premonstratense.

Vitis Sanctæ Mariæ est Monasterium illustre, sexto millari ab oxomensi urbe distans (cuius et diocesis est) in agris ad Duuium fluuium situm, fundatumque ab Alfonso VI Castiliæ

(1) Traducido.— De Ivanene.— Le-Paige.—Teóloga Bibliotheca.—Permonstratensis.—Ordinis.

Rege. Dicitur autem *vitis Santæ Mariæ*, quod eo in loco inter vites seu uvas idem Alfonsus Rex elegantissimam diæpare imaginem reperit quæ hodieque ibidem in magna est veneratione, miraculis etiam illustris.

Santa María de la Vid es un monasterio ilustre que dista de la ciudad de Osma (á cuya diócesis pertenece), seis leguas, situado en campo del río Duero, y fundado por Alfonso VI, Rey de Castilla. Llámase, pues, de *Santa María de la Vid*, porque en aquel lugar el mismo Rey Alfonso encontró entre unas cepas de uvas una imagen elegantísima de la Madre de Dios, que hasta el día de hoy es veneradísima é ilustre por sus milagros.

APÉNDICE IV

Ioanenne.—Le-Paige Teologa.—Bibliotheca.—Præmonstratensis.—Ordinis.—Appendix vitæ.

Beati dominici Regalis Coenobii Vitis S. Mariæ in Hispania fundatoris et primi abbatis, ex chronicis regni Castiliæ, Auberti Maræi, et ex Hagiologio et Natalibus Abbatis Vander Sterre de prompta, Beatus dominicus Alphonsi VII. Castiliæ regis cognomento Imperatores Frater, regiæ stirpis splendorem et mundi delicias Spernens, sub-Præmonstratensium Canonorum vexillo in Monasterio Vitis Sanctæ Mariæ Oxomensis diœcis ad durium fluvium ab eodem Alfonso Rege extracto, Altissimo fideliter militavit. In quo et elegans deiparæ virginis imago inter vites reportata, es ebis miraculis illustratur et ipse Abbas primus, cum magna sanctitatis laude oves sibi concreditas cœlestis sapientiæ verbis panisset, et diu oratione, ieiuniis, disciplinis, cilicis, alisque vitæ Monasticæ pœnalitatibus corpus atte nuasset, et spiritu subiecisset, sanctis operibus clarus, animam puram Regi Regno, cus ingiter, die decima octava Martij sreddit.

APENDICE V

*De la Chronica del orden Premonstratense.—Pergamino.—
Libro núm. 14 en el archivo de la Rectoral del Colegio de
la Vid.*

Del libro quinto de la Chronica general del orden blanco, que por otro nombre es llamado de Nuestra Señora del Premonstre, fundado por el glorioso Patriarcha San Norberto, reformador del instituto de canónigos Reglares, Apóstol de Flandes, Arzobispo Magdeburguense y Primado de Alemania. Por el P. Maestro Fr. Bernardo de León: chronista general de la religión, y profeso en el insigne Monasterio Real de la Vid.

«... Dicen algunos que entre los que allá (1) pasaron españoles con tanta conformidad como había entre ambos reinos, fueron dos caballeros muy ilustres, llamado el uno D. Domingo González de Candespina, que murió en la batalla de Sepúlveda contra el Rey D. Alonso de Aragón, y el otro llamado D. Sancho Ansúrez, del linaje de los Condes de Monzon y de Carrión y Señor de Valladolid, y así su propio nombre es D. Pedro Assuero, que por los años de 1108 gobernó con la Reina D.^a Urraca el Reino, con orden de D. Alonso VI su padre, que estaba ya muy viejo y para morir, y es común opinión de los padres ancianos de este Monasterio de la Vid, que ha venido de mano en mano y de mayor en mayor, que era dicho D. Domingo González de Candespina Infante de Castilla, hermano del Rey Alonso VII.»

APÉNDICE VI

Sangrador y Vitores, en su *Historia de Valladolid*:

«Reconocida y jurada como sucesora en la corona, llegó D.^a Urraca á Toledo seguida de una numerosa y brillante co-

(1) Francia.

mitiva de caballeros aragoneses, donde á poco tiempo, con el lujo y magnificencia propia de aquellos tiempos, fué universalmente aclamada Reina propietaria de Castilla, León y Galicia. Hermosa y joven aún la Reina, rodeada en su corte de bizarros y galantes caballeros de la principal nobleza del Reino, no tardó en olvidar la fe jurada al aragonés, admitiendo en su gracia á su antiguo amante, al Conde de Candespina, D. Gómez Salvadores. Estos impuros amores no pasaron desapercibidos á la perspicacia del Conde D. Pedro Ansúrez, quien no pudiendo consentir tan manifiesto ultraje á la dignidad Real y la ofensa que con semejante proceder se hacía al de Aragón, se dirigió á la Reina, y reprendiéndola con sentidas expresiones su criminal conducta, trató de recordarla el prestigio de la majestad, y los sentimientos de honor y de vivir que él mismo la inspirara en los tiernos años de su infancia.

Todo fué en vano: D.^a Urraca, irritada sobremanera contra el Conde, le separó del manejo de los negocios, privándole además de todas las villas y lugares que poseía. Finalmente el P. Mariana escribe:

«... Tanto que aún no se sabe qué año murió D.^a Urraca; los unos dicen que como diez y siete años después de la muerte de su padre; la verdad es que en tanto que vivió, tuvo poca cuenta con la honestidad; afirman que en el castillo de Saldaña falleció de parto: gran mengua y afrenta de España. Otros dicen que en León, tomado que hubo los tesoros de San Isidro, que no era lícito tocarlos, reventó en el mismo umbral del templo: manifiesto castigo de Dios. Menos probabilidad tiene cierta hablilla que anda entre gente vulgar, es á saber, de que de la Reina y el Conde Candespina nació un hijo por nombre D. Fernando, el cual por su nacimiento y ser bastardo llamaron Hurtado. Añaden otros, que fué principio del linaje que en España usa de este apellido, su nobleza muy ilustre, poderosos en rentas y vasallos.»

APÉNDICE VII

Del Chronicon del Monasterio de La Vid.

En llegando el Rey D. Alonso á este lugar, le abrió nuestro Señor los ojos del alma, que los del cuerpo eran cortos para lo que quería mostrarle, y en el lugar más engarzado le mostró una parra que enzarzaban las mismas zarzas y tenían ahogada y suprimida los espinos; mostróle también dos ángeles con dos incensarios hacia aquella parte de rodillas, cosa que le causó tanta admiración al Rey D. Alonso que, como á otro Moisés viendo la zarza arderse y no quemarse, le dió voluntad y gana de ver una visión tan admirable; llegóse un poquito más con gran respeto y, puesto de rodillas hacia aquella parte (que todo esto aparece hoy en una pintura que confirma la antigua y común tradición, está en las celdas del mismo monasterio, la cual es también de tantos años que ha muchos que se quitó de los claustros viejos, que se hicieron los nuevos que hoy tiene, y allí había que estaba años sin cuenta) hizo oración y en cesando la visión por no comenzar lo que intentaba tan de tropel, se recogió como pudo en el pequeño monasterio de Monte Sacro, recibido de aquellos santos varones con mucho amor y visitado de su pariente tan cercano, como hemos dicho, Fr. Domingo, con el cual se confesó y recibió otro día de mañana de su mano el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y haciendo que acudiesen algunas personas, así del monasterio como otras que se juntaron por su mandado de la comarca al saber y limpiar en aquel lugar de la visión, hallaron una imagen de Nuestra Señora que hoy está en el altar mayor y antes estaba en una capilla del claustro adonde ha hecho muchos milagros.. (ha hecho milagros Nuestra Señora de La Vid y aquí enumera ó cita varios el cronista), y volviendo á la voluntad de la Virgen que había intentado en descubrirse la hiciese casa y monasterio donde estuviese, se determinó ponerlo por obra, y para hacerlo mejor la vuelta á San Esteban, de donde envió recado

para que, con orden suya y á sus expensas, se allanase y limpiase aquel lugar para edificar en él monasterio muy suntuoso en el cual habitasen varones santos, tales cuales convenía, y echando por una y otra parte los ojos mil veces, todas ellas venían á parar en aquellos religiosos de Monte Sacro, cuya santidad daba voces y pedía como de justicia su rica prenda, para atesorarla dentro de las puertas, y para esto envió á llamar al santo abad Fr. Domingo, y le pidió tratase de la traslación que intentaba hacer del Monasterio de Monte Sacro al lugar y sitio donde había descubierto aquella preciosa imagen, la cual les quería dejar en su guarda y custodia para que la sirviesen y respetasen, y aunque al varón de Dios se le hizo de mal desamparar el lugar y sitio de su primera habitación, lugar donde les había Dios comunicado á él y á los suyos sus divinos y celestiales bienes, con todo eso, por no carecer de prenda tan feliz y dar gusto á su deudo el Rey, y ser poca la diferencia que había de un lugar á otro, y también por ser muy cortas las raíces que había echado en aquel lugar, y poco lo que en él había edificado por no haber más de *año y medio* que lo habitaba, lo aceptó, y entonces les dió el Rey un privilegio en que les hace confirmación de aquel sitio, que había dado á la orden el Obispo de Osma D. Juan, sucesor de don Beltrán, á quien lo había donado el mismo Rey para su iglesia de Osma, cuyo privilegio ordena se haga la abadía en que vivan canónigos reglares premonstratenses debajo de la regla de nuestro glorioso Padre Santo Agustín, y parece que se hizo una conformidad y hermandad grande entre las dos iglesias de Osma y de La Vid, como dice la misma donación, y fué que de tal suerte sean las dos iglesias hermanas, que los canónigos reglares de ambas sean unos mismos en el trato, y tan hermanos que la iglesia de La Vid sea una misma para los canónigos catedrales de Osma, y la catedral de Osma lo sea también para los de La Vid, de manera que nuestros canónigos premonstratenses tenían silla en la iglesia catedral de Osma y los canónigos catedrales de Osma en la de La Vid, y así se vió que muchos canónigos de Osma vivían por algo de tiempo en la recolección premonstratense de La Vid y de aquél pasaban á Osma, como lo veremos después en el glo-

rioso Patriarca Santo Domingo, y por pagarles en algo el santo la buena obra que de su donación recibieron, pusieron en la iglesia catedral, que era de seglares, la regla de nuestro Padre Santo Agustín con sus santas y rigurosas constituciones premonstratenses, como el P. M. Fr. Antonio de Yepes, cronista del glorioso Patriarca San Benito, en su tercera centuria en la fundación de nuestro monasterio de Aguilar, lo había hecho en Alemania, Francia y otras muchas provincias, y confirmando más evidentemente en que salido de esta santa iglesia de La Vid, en la de Osma donde había sido superior, el glorioso Patriarca Santo Domingo sacó de ella lo que en ella halló para la suya, que era el título de canónigos Reglares, regla de nuestro Patriarca Santo Agustín, y constituciones premonstratenses, todo lo que dejó de probar aquí, porque tiene su lugar adelante.

Y no contento el Rey con lo que había hecho, les donó todos los *montes, prados, pescas y moliendas* que había en la villa de Langa, y privilegio rodado para que todo el ganado que fuese suyo en adelante anduviese por donde quiera sin pagar nada; es su fecha en la era de 1194; quitados los treinta y ocho años que han de quitarse del gobierno y mando de César, viene á ser el nacimiento de Christo redentor nuestro, año de 1156, adonde fuera de los que hemos dicho, se parece que era y se titulaba ya abad del Monte Sacro porque así le nombra, todo lo cual confirman sus hijos D. Sancho y don Fernando.

Y fuera de esta larga donación que hizo del sitio que no haya fundado el monasterio ni dotándolo en particular porque parece escritura que lo diga, hállanse muchas mercedes que le hizo al monasterio donándole muchas villas y posesiones todo el tiempo que vivió y que muchas veces queriendo y estimando mucho este monasterio acudía á visitarle y descansar en él y *aun no sólo se tiene por fundador sino por dotador muy grande suyo.*

Como se llamase aquel lugar antes que el monasterio se pasase á él la villa de San Pedro de Villanueva, por un lugar que estaba no muy lejos llamado así, de que ahora hay algunos vestigios, y habrá muy pocos años que se acabó, y ha

quedado sólo un arco de la iglesia que antes había, no falta quien diga que antes de este suceso maravilloso que hemos contado se llamaba *Noé*, y puede muy bien ser que fuese el nombre suyo, como porque á Dios todas las cosas le son claras y manifiestas, no es mucho que así se intitulase tomando el nombre del efecto tan maravilloso y admirable que allí había de suceder; pero como no es bien que pongamos portentos sin necesidad y causa urgente, es lo más cierto que se intitula el monasterio de Nuestra Señora de La Vid, ó parra, y las Reales, y juntamente la flor de lis, armas del glorioso Patriarca San Norberto, pone también una jarra de azucenas armas de la Virgen sacratísima patrona de la Religión, en cuyo honor y reverencia les tomó toda la premonstratense, y denotan las esperanzas que tenían de su acrecentamiento en sus palabras que dijo «ego augebo eam», que es decir que la acrecentaría, porque este nombre azucena es nombre hebreo, que quiere decir en él «flor hojas», que tienen más que todos las diferencias de lirios que conocemos, y la parra con ellas es símbolo de la esperanza, y dan á entender que en este vaso purísimo de la Virgen consiste la esperanza del mundo, y también porque los lirios son la primera y más hermosa flor que nos muestra la venida del verano, y sus frutos, y nos da ciertas esperanzas de lo porvenir; por eso, pues, nuestra religión santa tomó por armas esta jarra de azucenas, para dar á entender que esta santa Virgen patrona y protectora suya tenía puesta sus esperanzas, y estas mismas como hijo suyo y de esta santa religión, y como parra el primer monasterio que se fundaba en España de este orden santo, tomó el Santo fray Domingo las dichas armas que hoy tiene este monasterio suyo. Pone también mitra y báculo en medio de todo, que significa que aunque las muchas cosas de nuestra orden han sido los prelados perpetuos (1), los prelados de este monasterio siempre se han intitulado abades, esto es lo que he podido descubrir acerca de este punto. Cerca del monasterio hay un sitio denominado *Fuente y valle de la Virgen*, donde di-

(1) Eran estas abadías perpetuas en España, con la obligación de ir alternativamente dos abades al Capítulo de la primera casa.

cen fué la aparición de la Virgen al Rey, y debajo de una peña se hizo una capillita, que aún subsiste: hay también unas ruinas de un ermitorio para el santero que cuidaba la capilla y una hospedería para peregrinos, todo muy pobre.

No debió poderse edificar allí el convento, pues si bien el valle es ameno y delicioso, es sumamente estrecho y nada ventilado, y por consiguiente sin capacidad para obra de la extensión que requiere un monasterio.

APENDICE VIII (1)

Capítulo 4.º de cómo el ilustre D. Félix de Guzmán encargó al Santo Abad Fray Domingo, al glorioso Patriarca Santo Domingo, que después fundó el orden de Predicadores, para que lo criase, de donde tomó después para su religión lo que hoy día guardan y profesan los suyos, que son constituciones, estatutos y ceremonias.

Está cerca de este monasterio de La Vid, y poco más de dos leguas, un lugar que tiene por nombre Caleruega, que posee un convento de monjas del orden del glorioso P. Santo Domingo, y está fundado el monasterio en la casa adonde nació el Santo. Era señor de este lugar, ó por lo menos vivía en él, un caballero muy ilustre y de la casa de los Guzmanes, que se llamaba D. Félix, casado con una señora también ilustre y llamada D.^a Juana (véase la crónica de este Santo Domingo). Teniendo, pues, D. Felipe noticia como vecino y sabedor de la santidad y sabiduría de estos varones de La Vid, determinó poner á su hijo Domingo, educar y criar en el monasterio y disciplina del abad Domingo, donde estuvo algunos años. Esto lo trasmite la tradición común y opinión aun entre los mismos religiosos de Santo Domingo, entre otros el padre grave Fr. Alonso de Mendoza, y el padre Fr. Juan de Pereda, lector de teología que fué de la Universidad de Santo Tomás de Ávila, y después ayuda de

(1) Del Chronicon del monasterio de La Vid.

oficio de confesor del Rey Felipe III, por haberlo visto en un libro escrito de mano, manuscrito que por su antigüedad se tenía por cierto ser su autor uno de los padres de aquel tiempo.

La estancia del Santo Patriarca en este convento lo hace muy probable su proximidad con el pueblo de su naturaleza, Caleruega, el haber sido el Santo canónigo seglar de Osma, que se sacaban de la recolección del monasterio, y finalmente por las constituciones, estatutos y ceremonias de la orden que fundó.

Por estos tiempos entró á gobernar el reino, á la edad de once años, el Rey D. Alfonso *el Bueno*, el que aceptó este monasterio, viniéndose á él, donde estuvo algunos días, ratificando las concesiones de su padre y abuelo y haciéndoles regias munificencias. Al propio tiempo que en estos días del año de 1163 el Pontífice Alejandro III dió su confirmación de lo que este monasterio de La Vid tenía por merced de los Reyes y señores, tomándole debajo de su amparo, y dándole un privilegio para que no pagase diezmo de cuanto labrase y que en sus términos, villas y granjas, heredamientos y posesiones ninguno pudiese matar á otro ni prenderle, ni forzarle, y en las palabras que en él usa, da bien á entender y muestra las ventajas que tenía el orden «Premonstratense» y cuán vivo retrato era del instituto de la Iglesia.

Visitó segunda vez el monasterio el Rey Alfonso VIII, y en esta vuelta le dió la villa de Almazán, en la era de 1206, año 1168, con las villas de Guma, *Frexnosa*, Villanueva y Casanueva, y dice que «se lo da por que recen á Dios Nuestro Señor por sus abuelos y padres», y queriendo dejar un real mando y señorío en el monasterio, puso jurisdicción real, y él mismo, por sus manos, mojones, como se lee en el privilegio.

Visitó en estos tiempos también el monasterio, cuya fama se extendía de día en día, D. Pedro Gutiérrez, alcalde de Toledo (H.^a de Toledo), y le donó la villa de Huerta.

D. Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, nacido en 1398, muerto en 1458, fué uno de los principales ornamentos de la poética corte de D. Juan II. Su rango,

sus virtudes, le dieron renombre tal que hasta del extranjero venían á Castilla á visitarle. Compuso, entre varias obras, *Los refranes*, recopilados por mandato del Rey D. Juan en 1341, un canto fúnebre sobre la muerte de Villena, su *Manual de privados* y una disertación crítica histórica muy celebrada.

Otro Íñigo López de Mendoza, cuarto Duque del Infantado, segundo biznieto del Marqués, murió en 1566, y es autor de cosas notables.

En la catedral de Burgos se conserva un regular retrato de D. Íñigo López de Mendoza, el restaurador del convento de La Vid. En la casa del Duque de Alba existían hasta muy poco, hoy no sé si habrán desaparecido, dos de los hermanos del ilustre purpurado.

APÉNDICE IX

D. Íñigo López de Mendoza fué abad perpetuo comendatario, pues pasaron á darse estas abadías en encomiendas, con lo que padeció la religión en lo espiritual y temporal graves detrimentos.

Para eximirse del yugo de los abades comendatarios y restablecer la religión, acudió á la Silla apostólica el monasterio de La Vid, y consiguió que sus abadías fuesen trienales y sus abades del cuerpo de la religión, haciéndoles inmediatamente sujetos á la misma Silla, como consta por bula de Clemente VII, dada el 19 de Octubre de 1532.

*
* *

Clemente VIII, en su bula de 5 de Febrero de 1601, *Ad prosperum religiosorum statum*, etc., declara que el monasterio de Retuerta ha sido y era cabeza de los de España, y á su abad nombra General reformador de la orden del Premonstre en España.

NICOLÁS ACERO Y ABAD.

MIGUEL ANGEL BUONARROTI ⁽¹⁾

Y hé aquí que las vicisitudes políticas de aquellos días nos dan ocasión de apreciar nueva fase del talento de Miguel Ángel. Grandioso en sus concepciones como pintor, colosal cuando trasforma el mármol en estatuas llenas de vida y sentimiento, al llegar la hora en que la patria necesita de su apoyo, se olvida de las artes, porque la gloria del patriota vale más que la gloria del artista. Ante el voto unánime de sus conciudadanos, que le encargan los planes de defensa de la plaza, no vacila un momento y toma á su cargo tan arriesgada y ardua tarea, dándose el caso de que aquel discípulo de los hermanos Gherlandajo, el émulo de Ghiberti, Donatello y Bertoldo, el ya famoso escultor del *Moisés*, del grupo *La Pietá* y *Los Cautivos*, que cual inestimable joya guarda el primero de los Museos franceses, sin más conocimientos de la ciencia militar que las luces naturales y ligera visita de inspección á las murallas de Ferrara, pusiera en tal estado de defensa la antigua capital del gran ducado de Toscana, que cien años más tarde fueran aquellas fortificaciones, no sólo estudiadas, sino admiradas por uno de los militares más ilustres de la historia, por el General Vauban.

Pero el sacrificio en aras de la patria había de resultar estéril, proporcionándole solamente amargos sinsabores, crueles desengaños y dolorosas decepciones.

Los imperiales tenían puesto cerco á Florencia; la actividad de Miguel Ángel, vigilando y dirigiendo por sí propio los trabajos de defensa, animaban á los sitiados, y si bien comenzaba á dibujarse el disgusto so pretexto de ciertos sucesos, el vigilante *Comisario general de las fortificaciones*, título que

(1) Véase la pág. 633 de este tomo.

se le había otorgado, supo acallar los temores, presentándose ante la Señoría á poner de manifiesto que la traición se cernía sobre la ciudad sitiada, y delatando como capaz de tal perfidia á Malatesta Baglioni. Sin embargo, era todavía tiempo de salvar la patria, si inmediatamente se seguían sus consejos. ¡Loco empeño! ¡Empresa vana!

El traidor tenía en el mismo Consejo algunos amigos, entre éstos al Gonfaloniero Carduccio, el cual se atrevió á calificar de *tibio y sospechoso* á Miguel Ángel. El gran artista, tratado como rebelde por decreto de 30 de Septiembre de 1529, abandonó su patria, no queriendo presenciar la deshonorosa capitulación, que no mucho tiempo más tarde (12 Agosto de 1530) debía llevarse á cabo.

Y como si no fuese suficiente tanta ingratitude, los celosos magistrados florentinos, al firmar amplia amnistía con los vencedores, no tuvieron un triste recuerdo de piedad para el artista favorito de su pueblo, para aquel Miguelanchelo, autor de los planes de defensa de la ciudad, y poniendo á precio su cabeza, sufrió, como otros decididos defensores, las penas del destierro y confiscación de bienes.

Llegó por fin la hora de la reivindicación, y el Pontífice Clemente VII, que como Médicis se interesaba, más que por el artista, sin desconocer su mucha valía, por el lustre de su familia, deseando la continuación y conclusión de la Biblioteca Laurentina y del Mausoleo de sus antepasados en la iglesia de San Lorenzo, dió al olvido la conducta de Buonarroti como defensor de Florencia, y al otorgarle amplia indulgencia, ordenóle la prosecución de los trabajos que tenía empeño en ver realizados.

Voló el artista á la amada patria y volvió á coger el cincel, ocioso durante largo período; pero, presa su alma de tristes recuerdos, imprimió en las labores salidas de sus manos el abatido estado de su espíritu. Sirva de ejemplo la hermosísima estatua de *La Noche*, de la que si el poeta Strozzi, al admirarla y alabarla, compuso este cuarteto,

La notte che tu verdi in si dolci atti
Dormire, fu da un angelo scolpita

In questo sasso: e perche dorme ha vita
Destaba se no' l credi e parleratti (1),

recibió de Miguel Ángel esta profunda y amarga respuesta:

Grato mi è il somno e piu l' esser di sasso
Mentra qu' il danno e la vergogna dura,
Non veder, non sentir m' e gran ventura.
Pero non mi destar; ¡dhe! parla basso (2).

Así tradujo en las estatuas *La Aurora*, *El Crepúsculo*, *El Día*, *Juliano II*, y sobre todo en la magistral del Duque de Urbino, cuya meditabunda actitud ha hecho que se la denomine *Il Pensieroso*, las angustias de su lacerado corazón.

Concluídos estos trabajos, llamóle el Pontífice á Roma y le pidió que terminase la decoración de la capilla Sixtina pintando, ya que sus pinceles habían trazado en su bóveda los albores de la Creación, en dos de sus muros, el fin del universo y la caída de los ángeles rebeldes (3).

Sucede con Miguel Ángel lo contrario que con otros artistas, en cuyas obras se traduce siempre, ya la vehemencia de los pocos años, ya la madurez de la edad viril ó la decadencia de la edad propecta, según que hayan sido producidas en estas tres fases de la vida. En nuestro artista se encuentra más vigor, más fuerza y más fogosidad, si cabe, en las obras que hizo durante su vejez que en aquellas que llevó á cabo durante su juventud; y buena prueba de ello es que á los sesenta de su edad realizó en la capilla erigida por Sixto IV la pintura del Juicio final, haciendo admirar á su siglo y á los venideros la más atrevida creación que registran los anales del arte.

*
* *

(1) La noche que en tan graciosa actitud ves dormir, fué esculpida por un ángel en esta tumba, y por lo mismo que duerme, tiene vida; despiértala si no lo crees, y te hablará.

(2) Grato me es el sueño y mucho más por ser de la tumba, mientras que el daño y la vergüenza dura; no ver, no sentir ¡qué grán ventura! No me despiertes, ¡dhe! habla quedo.

(3) Esta composición, anteriormente esbozada por Miguel Ángel, no llegó á formar parte de la decoración de la Sixtina.

El terrible día del Juicio final, la luctuosa página en que han de condensarse los méritos y miserias del género humano, el supremo instante en que, llamada la humanidad á comparecer ante el Augusto Juez, ante el Dios de la justicia y de la misericordia, para recibir el galardón de su bien obrar ó el eterno castigo á que por sus maldades se haya hecho acreedora, ha tenido en el iconismo cristiano sublimes intérpretes que, ora con sus rimas ó su prosa, ora con sus notas ó sus pinceles, han hecho llegar á nuestro oído ó han puesto de manifiesto á nuestra vista el anhelado momento de los justos á ser llamados á la diestra del Eterno, ó el desconsolador anatema de *ite maledicti...* irrecusable condena de los réprobos.

Desde el candoroso diseño de Fra Giovanni da Fiesole hasta la exuberante coloración del flamenco Rubens, en todas ó en la mayor parte de las escuelas de pintura ha tenido gráfica representación el temido instante en que la humanidad, despertando del sueño de los siglos, ha de ser llamada, por medio de trompetas, á la presencia del divino Juez.

Pero si Orcagna con sus frescos del Camposanto de Pisa y de la capilla de los *Strozzi* de Santa María Novella de Florencia; si Fra Angélico con sus sencillos cuadros de la Academia de Bellas Artes de Florencia, del Palacio Corsini en Roma, del Museo de Berlín, de la galería de Lord Ward en Londres; si Lucca Signorelli en la catedral de Orvieto, Roger van der Weyden en el hospital de Beaume, Alberto van Onwater, los hermanos Van Eyck, Hugo van der Goes ó el mismo Roger van der Weyden (1) en la iglesia de Nuestra Señora de Dantzic; si Rubens en su cuadro de la Pinacoteca de Munich y Juan Cousin en el suyo del Museo del Louvre, con más ó menos marcada intención, pero siempre dentro del dogma cristiano, han consagrado sus pinceles á tan transcendental asunto, nadie ha ido más allá que el artista objeto de este estudio.

En él se rompe la tradición hasta entonces consagrada, y si bien Lucca Signorelli es el primero en introducir en sus

(1) Los críticos más eminentes no están acordes respecto al autor de este maravilloso cuadro; pero se atribuye á los pintores que dejamos citados.

cuadros desnudeces que no encajan bien en composiciones de cierta índole, su émulo Buonarroti, apóstol infatigable de las tendencias neoclásicas, ansiando dar á su creación fuerza, grandiosidad y movimiento, enamorado de la estructura del cuerpo humano como arquetipo de belleza y ansiando consagrarle el mismo culto que los artistas griegos le consagraran en su tiempo, aparta de su cuadro el convencional plegado de los paños y haciendo gala de sus estudios anatómicos, recreándose en difíciles posturas y escorzos atrevidos, con inusitada osadía traza tan arriesgada composición, que á pesar de su mérito, merece ser tildada por impropia del lugar á que se la destina. Mas ¡qué importan las censuras de Pedro Aretino! (1). ¡Qué las diatribas del autor de la Cortigiana! ¡Qué valor tienen los versos de Salvator Rosa (2) ante el inestimable tesoro de bellezas que encierra el fresco de la Sixtina!

El muro testero de la capilla y su plana superficie de 50 pies de alto por 40 de ancho sirvió de vasto campo al artista para desarrollar la grandiosa idea que desde un principio concibiera sobre el asunto impuesto por Clemente VII para la terminación del decorado. La composición puede dividirse en tres partes: ocupan la superior ángeles con atributos de la Pasión, cuales son la cruz, la lanza, la columna y la corona de espinas, Jesús, con su Santa Madre al lado, aparece en el centro, completando el resto del grupo, los Patriarcas, los Profetas y los Apóstoles. Aparecen en la parte media los mártires con los instrumentos de su suplicio, y junto á ellos otros bienaventurados, dándose el caso, extraño por cierto, que ocupen lugar al lado derecho del divino Juez las Santas,

(1) Se dice que, consultando por Miguel Ángel sobre la composición que iba á emprender, contestóle *El Aretino* enviando á Buonarroti algunas indicaciones muy detalladas de cómo comprendía el Juicio final para ser traducido á la pintura, á cuyas indicaciones contestó el artista dándole las gracias y sintiendo no poder aprovechar aquéllas por tener bastante avanzada la obra, y ya sea porque esta respuesta disgustase al Aretino, ya sea porque éste desaprobaba sinceramente el plan de Miguel Ángel, lo cual es muy dudoso, dada la poca escrupulosidad de su carácter, escribió aquél al artista desde Venecia, en Noviembre de 1565, una carta que es la más acre censura que se ha podido hacer de tan famoso fresco. Tráela César Cantú en una nota al capítulo XII del libro XV de su *Historia universal*.

(2) Este artista censuró en una composición poética las desnudeces de este fresco sin rival.

en tanto que los Santos se encuentran agrupados al lado izquierdo, viéndose, debajo de las primeras, remontarse los justos á la mansión de la dicha sin límites, mientras debajo de los segundos, los vicios, encarnados en otras tantas figuras, arrastran á los réprobos al lugar del eterno dolor y de la eterna desesperación, separando ambos grupos once ángeles que con terrible expresión hacen sonar largas trompetas, y de los cuales, dos de ellos muestran, el uno el libro de la vida, y el otro el libro de la muerte. La parte inferior se halla destinada: la que corresponde á la derecha del Salvador, á la resurrección de los muertos, viéndose en la izquierda el cenagoso cauce del Cocito, que conduce á las puertas del infierno. En la primera, numerosos grupos de esqueletos salen de sus fosas y se revisten de carne al fatídico son de las trompetas celestes; y en la segunda, una barca que de lejana orilla viene cargada de almas réprobas, á las cuales el implacable Carón da tremendos golpes de remo, obligándolas á desembarcar precipitadamente.

Hé aquí ligeramente esbozado el asunto de la sublime composición, en la cual se muestra el artista más partidario de la justicia que de la clemencia. La expresión del Hijo de Dios es más de severo censor, que de benévolo dispensador de gracias, y de sus labios parecen desprenderse mejor las terribles palabras de *Id malditos al juego eterno* que las dulcísimas de *Venid á Mi y sentaos á la diestra de mi Padre*. Miguel Angel estima la nota terrorífica como más adecuada al desarrollo del asunto, y si mezcla en él alguna idea de dulzura, la concentra tan sólo en la Madre de aquel augusto Juez, de quien, con los ojos bajos, implora conmiseración para las almas que pueden ser condenadas á eternos tormentos. Inspirándose en sus lecturas favoritas, la Biblia y *La Divina Comedia*, se ajusta en la parte superior de la composición al texto de las sagradas letras, en tanto que su enérgico pincel, en la parte inferior, traduce los terribles versos de Dante al posar su planta en el infierno. Ansioso, como dejamos apuntado, de imprimir en su pintura la vida, movimiento y grandiosidad de que es siempre presa su alma en la ejecución de la mayoría de sus obras, da á las figuras formas atléticas, exagera en al-

gunos casos la musculatura, é imagina posturas tan atrevidas y escorzos tan violentos que resultan inconcebibles y que no pueden ser admitidos sino como impuestos por un genio superior. Esto, unido á las desnudeces que tanto repugnaron á Micer Biagio (1), al Aretino y al Pontífice Paulo IV (2), hasta ordenar que Daniel Volterra (3) las cubriese algún tanto, ha dado lugar á que críticos como Mr. Turgöet y Mr. Taine hayan censurado la obra de que venimos ocupándonos. El primero supone que el exceso de desnudeces hace monótona la composición, y juzgándola con severo criterio cristiano, condénalas como indignas de figurar en sagrado recinto, sosteniendo que el plegado de paños y ropajes, en armonía con el sentimiento religioso que debe inspirar asunto de tanta trascendencia, hubiera proporcionado muchos recursos artísticos al insigne maestro, y amplio campo donde desarrollar sus poderosas facultades.

El segundo, dando como preconcebida la exuberante musculatura de los personajes del *Juicio final*, para hacer comprender mejor su grandiosidad, tildalos de modelos extremados, que pudieran servir muy bien para una escuela de anatomía.

(1) Refiere Vasari la anécdota de que, habiendo ido Paulo III un día á la Sixtina para ver los trabajos de Buonarroti, acompañado de su maestro de ceremonias, Micer Biagio, como preguntara á éste qué le parecía la obra de Miguel Angel, hubo de contestarle el servidor que era vergonzoso ver en semejante sitio tales desnudeces, cuya obscenidad era más propia de un lupanar que de recinto consagrado á cristianos ritos. Amostazado el artista por censura tan acre, se vengó trasladando á uno de los condenados los rasgos fisonómicos del maestro de ceremonias, quien, mortificado á su vez por la pueril venganza de Buonarroti, se quejó al Pontífice, rogándole ordenara al maestro que borrara aquella cabeza, que tan al vivo le reproducía entre los condenados. «Siéntolo en extremo, replicó Paulo III, pues á colocarte en el *purgatorio*, con sufragios hubiera podido sacarte de él; pero habiéndote destinado al *infierno*, no puedo hacer nada por ti, toda vez que en tal paraje *nulla est redemptio* (no hay remisión)».

(2) Habiendo sabido Miguel Angel, por conducto de un personaje de la corte pontificia, que el timorato Paulo IV tenía empeño que cubriese con paños y ropajes las figuras del Juicio final, el desenfadado artista contestó al emisario: «Decid al Papa que, en vez de preocuparse por semejantes pequeñeces, atienda más á la reforma de las costumbres, cuestión más útil y mucho más difícil que la de corregir mis pinturas».

(3) Paulo IV encargó á Daniel Volterra lo que no pudo conseguir de Miguel Angel, y el atrevimiento del discípulo le valió que se le señalara con el sobrenombre de *braghetone* (calzonero).

Aun admitiendo como justas las censuras de ambos críticos, conviene no perder de vista las causas que pudieron influir en Miguel Ángel para ejecutar de la manera que lo hizo, el famoso fresco de la Sixtina. Ni las costumbres de aquellos días, ni las tendencias, ni las ideas empapadas en el clasicismo grecolatino, eran propicias para que los artistas siguiesen el camino trazado por el idealismo del arte cristiano. El Renacimiento no podía menos de ser sensualista, como sensualista era la fuente de donde emanaba, y no es mucho que las producciones del siglo XVI, hijas de ese mismo Renacimiento pagano, llevasen en su seno el sello de su génesis. Por eso Buonarroti, entusiasta de las ideas neoclásicas, aunque con profundas creencias é incorruptible moralidad, concibe y expresa, si cabe la frase, de un modo pagano, y sacrificando á la belleza sensualista del cuerpo humano el místico idealismo de las creencias cristianas, traslada al muro de la capilla de Sixto IV aquel Jesucristo, que, á decir del primero de estos críticos, es más la viva representación del colérico padre de los dioses olímpicos, que la personificación de la bondad y mansedumbre, aquellos santos de ambos sexos en los que el pudor no vela los atractivos de la belleza material y aquel cenagoso Cocito y despiadado Carón arrancados de la mitología.

Buonarroti siente avidez de novedad y grandeza, y si, como dice Cantú, pretende dar cuerpo al sentimiento, reducir la materia á que exprese, siendo posible ó no, concepciones generosas y someterlas á su fantasía, ¿qué extraño es que, dejando correr ésta á su antojo, imaginara las inconcebibles posturas que allí se observan y exagerara las proporciones de la estructura muscular de sus figuras?

Y no sólo son éstas las censuras que tan sublime página artística ha merecido: desde la conocida carta del Aretino hasta nuestros días, ha venido criticándose, con más ó menos acritud, la composición que, como obra humana al fin, ha pagado al tiempo su tributo, desmereciendo de su pristina belleza hasta el extremo de quedar reducida, á causa del polvo, del humo de los cirios, del humo del incienso y de la humedad, á informe montón, apenas perceptible, de torsos, brazos

y piernas de color rojizo sobre fondo oscuro salpicado de manchas, dando apenas idea de lo que fué en mejores días (1).

*
* *

Si Miguel Angel como pintor y escultor es digno de admiración, no lo es menos desde el momento que se le considera como arquitecto. Siendo en él todo sobrenatural y sorprendente, del mismo modo que domina el arte de la pintura y escultura á los pocos lustros de su vida, de la misma manera que encarna en su espíritu la ciencia militar, le vemos á los cuarenta años, y sin más guía que su buen gusto y las luces que le proporciona el conocimiento de monumentos antiguos, emprender la arquitectura, haciendo en ella tan rápidos y portentosos progresos, que no tardó mucho en colocarse á la altura de los primeros maestros en el arte de construir.

Varios edificios, debidos á sus planos, hicieron que Paulo III, sucesor de Clemente VII, por muerte de San Gallo, acaecida el año 1546, y cuando ya contaba Miguel Ángel setenta y dos de edad, fijara su ojos en éste para sustituir al arquitecto de la iglesia de San Pedro. Tenaz resistencia opuso el artista, alegando su insuficiencia y poco valer comparado con el de San Gallo; pero, como insistiese el Pontífice, tuvo que ceder, ocupando el cargo del ilustre maestro, y mostrándose agradecido por la elección, ejerció su empleo sin retribución alguna.

Pocos días bastaron, después de su nombramiento, para cambiar por completo el plano del edificio y trasformar la planta de la iglesia, convirtiendo la forma de cruz griega en forma de cruz latina, y sustituyendo lo sobrecargado de la

(1) Conócese hoy este admirable trabajo gracias á los grabados hechos por Giorgio Ghisi y Martino Rota en 1569, tomados de la copia al óleo que hizo Marcello Venusti bajo la inspección del propio Miguel Ángel, al de Javier Sigalon, al de N. Beutretzet, al de Marco Kataro, al de Matías Greuter, al de Leonardo Gauthier, al de Nicolás della Casa, al de Sebastián Furck, al de Domenico Cunigo y al de Reveil.

ornamentación por la severidad y majestuosa grandeza con que hoy se manifiesta á nuestra vista.

Llegado el año 1562, y cuando por su nunca decaído entusiasmo en la gigantesca empresa, y debido á la redoblada vigilancia de las obras, se acercaban éstas á su fin, faltando sólo la construcción de la cúpula y la fachada, Miguel Ángel, sintiendo que sus fuerzas disminuían y deseoso de que quien le sucediese se sujetara rigurosamente á su proyecto, trazó con sus ya temblorosas manos el modelo de la primera, que en 1598, con el resto de la fábrica, terminaron Vignola y Fontana.

Si la estatua del *Moisés* da idea de la fuerza, si el grupo de *La Pietá* nos muestra el sentimiento y el *Juicio final* testifica un alarde de independendencia, contemplando la cúpula, bajo la cual reposa el venerando cuerpo del Príncipe de los Apóstoles, se siente el alma como anonadada ante el poderoso genio del artista.

Demás de esto, á Miguel Angel le estaba reservado el privilegio de conocer todas las ramificaciones del arte. No era suficiente que en pintura luchara y venciera á Leonardo de Vinci al trazar los cartones de *La guerra de Pisa*; no era bastante que burlase la enemiga de Bramante pintando la bóveda de la Sixtina, y deslumbrara al mundo entero con su *Juicio final*; tampoco que en escultura diera vida al *Moisés*, al *David*, á *Baco ebrio*, á *Il Pensieroso*, á *La Noche* y á otras estatuas, obras cada una de ellas dignas de inmortal fama; tampoco bastaba que en arquitectura legara á los siglos venideros, además de la terminación del *Palacio Farnesio*, de la conversión en iglesia de *Las Termas de Diocleciano*, de la restauración del *Casin di papa Giulio* y de la hermosa rampa de mármol y pórfiro del *Palacio senatorial*, la traza de la iglesia de San Pedro, con su elegante y atrevida cúpula: era preciso que abarcara más, era preciso que se admirase como dulcísimo poeta.

Eralo también, y sus inspiradísimos versos están impregnados de cierta melancolía, hija sin duda alguna de crueles amarguras y tristes desengaños, debidos á los aciagos días por que vió pasar á su amada patria y tal vez como consecuencia del amor sin ventura que profesó á Vittoria Colonna.

Son sus poesías, dice uno de los biógrafos de Miguel Angel, la expresión de sus aspiraciones hacia lo ideal, la manifestación de su fervor religioso y, con suma frecuencia, los lamentos de un alma herida por un amor sin esperanza.

De sus poesías, tenidas en Italia en tanta estima como nosotros tenemos las de nuestros clásicos, se publicaron algunas en 1544; cincuenta y nueve años después de la muerte de su autor hizose una edición de ellas en Florencia, y Mr. Lannan Kolland ha escrito un libro considerando á Buonarroti como poeta.

Este singular artista, á los setenta y cinco años abandonó por completo la pintura, entregándose tan sólo á su arte predilecto, la escultura. Aún salieron de sus manos famosas obras; pero, habiendo perdido el pulso á causa de su avanzada edad, tuvo que valerse para el trazado de los dibujos y terminación de sus estatuas de su amigo y discípulo Tiberio Calcagni.

Pero si la admiración al genio se perpetúa y transmite de generación en generación, el cuerpo de los grandes hombres, hechos, como el resto de la humanidad, de frágil barro, paga duro tributo á la madre tierra y desaparece para siempre de entre sus semejantes. Ley fatal de la naturaleza, la cual alcanzó tras lenta fiebre á nuestro artista, que entregó su espíritu á Dios en Roma el 17 de Febrero de 1564 y cuando contaba noventa años de edad.

Día triste y de luto debió ser para la ciudad y para el Pontífice, que dijo que de buen grado hubiera dado su vida por prolongar la del artista que era la gloria de su siglo. Hizole enterrar con mucha pompa en San Pedro; pero el Duque Cosme I de Médicis mandó exhumar el cadáver durante la noche y lo trasportó sigilosamente á Florencia. Celebráronse allí sus funerales en la iglesia de Santa Croce con inusitado esplendor, y en esta iglesia se ve hoy el busto del grande artista rodeado de tres estatuas que personifican las tres ramas del arte que tan admirablemente cultivó: la Pintura, la Escultura y la Arquitectura (1).

(1) Rindieron homenaje á Miguel Ángel Battista Lorenzi esculpiendo el busto del sublime maestro y la estatua que representa la Pintura; V. Cioli, la que personifica la Escultura, y Giovanni dell Opera la de la Arquitectura.

Sus restos mortales descansan, cumpliéndose lo que tantas veces había repetido: *Quisiera ser enterrado en Santa Cruz de Florencia, para tener ante los ojos la cúpula de Brunelleschi*; bajo aquella bóveda de la cual dijo al dibujar la traza de la de San Pedro: *Come te non voglio, meglio que te non posso*; bajo aquella cúpula de la cual escribió:

«Yo farò la sua sorella
piu grande gia ma non piu bella»,

descansan los restos mortales del inmortal artista, no lejos del vacío sepulcro de Dante y del de Machiavelo. En el de Miguel Ángel, dibujado por Vasari y ejecutado por Battista Lorenzi, hizo poner Leonardo, sobrino de Buonarroti, la siguiente inscripción latina:

«Michaeli Angelo Bonarroto é vetusta Simoniorii familia: pictori et architecto fama omnib. notissimo Leonhardus patruo amantiss. dique se opt. merito translatis Roma eius ossibus, atque in hoc templo maior. suorii sepulcro conditis: cohortante sereniss. Cosimo Medices magno Hetruriæ Duce P. G. Anno salutis 1570 Vixit ann. 88 M II-D 15.

*
* *

Constituyen la vida de Buonarroti, como hemos tenido ocasión de apreciar, conjunto anómalo de circunstancias, de las cuales es difícil deducir y menos precisar el carácter distintivo de este artista. Las arrogantes respuestas dadas al Pontífice Julio II (1), el concepto que en ocasiones le merecieron sus semejantes (2), la refinada crueldad de que algunos biógrafos le acusan, pretendiendo que dió muerte á un hombre atado á una cruz para poder tomar del natural los últimos momentos

(1) Refiérese que, como Julio de la Revere, excusando recibir á Miguel Ángel, le hiciese guardar mucha antesala, dirigiéndose éste á uno de los ujieres, le dijo: *Cuando pregunte por mi el Papa, le diréis que me he ido á otra parte.*

Dícese también que, impaciente Julio II por ver terminados los frescos del techo de la Sixtina, hubo de preguntar al artista: *¿Cuándo acabarás?* *Cuando pueda* —contestóle Miguel Ángel.

(2) Solía repetir: *El que combate contra gente inepta no vence á nadie.*

del Redentor (1), como asimismo las ideas que acerca de la pintura profesaba (2), unido á la convicción que tenía de su mérito (3), la independendencia de acción y el alejamiento de los demás artistas de su ciclo (4), hacen suponer en él un amor propio sin límites y marcado menosprecio de sus coetáneos. Y no obstante, nada más lejos de ello, puesto que al lado de esos defectos brillaron en él cualidades tan relevantes como el generoso perdón otorgado á Torriggiano, la consecuencia guardada al hijo de su Mecenas, Lorenzo de Médicis, ahogando sus sentimientos y convicciones políticas, aquel casto, profundo é infortunado amor que sintió por Vittoria Colonna, cuya muerte le produjo tal hastío que le causaban envidia los que morían apenas nacidos, librándose así de las penalidades y miserias de la vida (5), el fraternal cariño con que cuidó á su fiel servidor Urbino y la honda pena que su muerte le causara (6), motivos todos para que de él dijera Ariosto:

(1) La conseja que atribuye á Miguel Ángel tamaña felonía está desprovista de verosimilitud con sólo reflexionar que las violentas actitudes y rasgos fisonómicos de un hombre desesperado por haber recibido la muerte de otro hombre patentizan mal la imagen de un Dios todo amor y abnegación, y que inmolado por la salvación del género humano, debe expresar en su rostro, aun en medio de los mayores padecimientos, la más perfecta resignación.

(2) Tenía formada tal idea de la pintura de su patria, que sólo á las obras de ella concedía el nombre de pintura verdadera, diciendo de otras, y en especial de la flamenca, que puede parecer bella tan sólo á las mujeres, sobre todo á las de mucha edad ó muy jovencitas, á las religiosas, á los monjes y á algunos nobles incapaces para sentir la verdadera armonía... diciendo mal de esta clase de pintura, no porque fuese enteramente inadmisibile, sino porque pretendía abarcar con perfección tantas cosas, de las cuales una sola bastaría para darle importancia, y que no hacía ninguna de una manera satisfactoria... (Diálogo de la pintura antigua de Francisco de Holanda.)

(3) Palabras de César Cantú.

(4) Corren como verídicas las frases pronunciadas con este motivo por el incomparable autor de las *Logias Vaticanas* y el atrevido creador de los frescos de la Sixtina. Corre como cosa cierta que Miguel Ángel, al ver á Rafael rodeado de adeptos y discípulos, hubo de decir que parecía un preboste acompañado de sus esbirros; lo cual, sabido por el amante de la Fornarina, le comparó con el verdugo á causa de ir siempre solo.

(5) Así lo prueban estos versos:

M'avvegio al fin con mia infelice prova
che quei per sua salute ha meglior sorte
ch'ebbe nascendo piu presta morte.

(6) La sentida carta que escribió á Vasari bastaría ella sola para deshacer las suposiciones de orgullo, menosprecio y arrogancia que pudieran atribuirse á Miguel Ángel. Hé aquí el texto de la carta, tomada de Cantú:

«Michel piu que mortal angiol divino.»

Del mismo modo que hemos de admitir, por lo que al hombre respecta, sus tendencias hacia la tristeza y la misantropía, hijas en más de una ocasión de los sinsabores con quella amargaron las veleidades de la suerte y la envidia de sus émulos, no podrá menos de convenirse con nosotros que el sello peculiar y característico de sus obras es el de la *personalidad*, pudiendo decirse de sus numerosas creaciones que son genuinamente suyas, y que carecen en absoluto de precursores. En su afán Miguel Ángel de dar constantemente acción, vigor y grandiosidad á cuanto produjera, trazaron sus pinceles contornos tan marcados, dice Cantú, que se les creería con destino á admitir el realce del mármol, dando en algunas de sus estatuas toques de cincel tan vigorosos que faltaba luego la materia de que se producían. Buonarroti no tuvo noción de lo mezquino, necesitó anchurosa esfera de acción, y de aquí que lo que su imaginación concebía lo traducían sus pinceles, su cincel ó su compás con la magnificencia de que dan patente prueba las obras á la posteridad legadas. Y no obstante, éstas han sido puestas en tela de juicio, llegando á dudarse si el entusiasta reformador del arte en el siglo XVI debe ser contado entre el número de los grandes pintores de aquella época, y si es ó no digno de la reputación adquirida en la pintura. No negaremos que en las obras salidas de sus manos se encuentran notables defectos; pero ¿qué obra humana carece de ellos?... Las de nuestro artista los tienen; él mismo lo comprende y profetiza al decir del Juicio final de la Sixtina: ¡Oh! ¡Á

«Mi querido maese Jorge: No estoy en estado de escribir, os dirigiré, sin embargo, unas palabras en contestación á vuestra carta. Sabréis que ha muerto Urbino, en lo que Dios me ha hecho un gran favor, pero con grave daño mio é infinito pesar. El favor ha sido porque, si bien viviendo contribuía á que me fuese grata la existencia, me ha enseñado con su muerte á morir, no con sentimiento, sino con deseo de la muerte. Le he conservado veintiséis años y le he conservado carísimo y fiel. En el día que, después de haberle hecho rico, esperaba tener en él un apoyo y un descanso en mi ancianidad, me ha sido arrebatado y no me queda más esperanza que volverle á ver en el paraíso. Dios me lo ha presagiado en la felicísima muerte que ha tenido, pues sentía mucho menos morir que dejarme en este mundo perverso con tantas angustias. Es cierto que la mayor parte de mí mismo ha ido con él; no me queda más que una miseria infinita y me recomiendo á vos.

cuántos debe corromper esta obra mía! Pero si es cierto que sus composiciones son atrevidas, con tendencias al realismo y alejándose cuanto es posible del idealismo, si su colorido no es lo vigoroso que la energía del asunto reclama, si sus carnes acusan en los claros el tono rojizo del ladrillo y en los oscuros el negro, si las actitudes de sus figuras son violentas y en ocasiones poco gratas á la vista, si los plegados de sus vestiduras resultan demasiado adheridos, hay que convenir que es el primero y casi el único que ha hecho profundo estudio del diseño, base esencial de la pintura, y que en sus composiciones hay exuberancia de vida, fuerza de expresión, elevación de miras y entusiasmo.

Pocos artistas se habrán visto colmados de tantas honras, ni habrán sido objeto de tantas distinciones, como lo fué Miguel Ángel. Siete Papas, bajo el pontificado de los cuales vivió, le honraron con su amistad, y uno de ellos, como hemos tenido ocasión de ver, se hubiera ofrecido en holocausto, á ser posible prolongar con ello la vida del artista. La familia de los Médicis amó entrañablemente á Buonarroti; cuéntase que el Emperador Carlos V, al verle por primera vez, se puso de pie, exclamando: «Puede verse otro emperador, pero en manera alguna nadie que os iguale». Merecido homenaje tributado por los poderosos de la tierra á aquel que, sintiendo en su pecho intensa pasión por lo bello y llevando en su mente un destello de luz divina, supo crear obras tan perfectas y admirables que su fama ha de durar mientras exista humanidad que las contemple.

SILVERIO MORENO.

Madrid—Marzo de 1901.

EXPOSICIÓN Y EXAMEN CRÍTICO

DE LAS

ESCUELAS FILOSÓFICO-HISTÓRICAS⁽¹⁾

Se presenta ahora á nuestra consideración un talento de primer orden. Conformes ó no conformes con su doctrina, preciso es reconocer que Herder (1744-1803) (2) ocupa lugar señalado en la ciencia por sus profundos estudios filosófico-históricos (3). En muchas páginas de la *Filosofía de la Historia de la Humanidad* (4), Herder manifiesta constante inclinación hacia un *fatalismo natural*, afirmando que las fuerzas exteriores influyen de tal manera sobre el hombre, que instituciones é ideas dependen de la intensidad de los rayos solares, de las condiciones atmosféricas, de las propiedades del suelo, del curso de los ríos y de la situación de las montañas. «La naturaleza nos ha colocado en uno de los tres planetas medios, donde parece reinar mayor armonía y proporción más justa, no sólo en la división del tiempo y del espacio, sino también en la organización de los seres. Quizá la relación de nuestra materia con nuestro espíritu esté en una proporción semejante á la duración de la noche y del día. Quizá la rapidez de nuestro pensamiento esté en razón de la duración de las revoluciones de nuestro planeta sobre su eje y alrededor del sol..., del mismo modo que nuestros sentidos son evi-

(1) Véase la pág. 111 de este tomo.

(2) Nació en Mohrunge (Prusia Oriental).

(3) Antes que Herder se citarán á Iselin (1728-1782), Wegelin (1721), Schlözer (1735-1809) y Lessing (1729-1781), autor de la *Educación del género humano*, obra que se publicó en el año 1780.

(4) Publicóse en 1784-1787.

dentamente apropiados á las condiciones topográficas del lugar que nos sirve de morada» (1). Más adelante añade: «Nuestras edades son como las de la planta: nace, crece, florece, se seca y muere... Mientras que el hombre crece y la savia de la vida hierve en sus venas, ¡qué bello y agradable le parece el mundo! y al extender sus miembros cree tocar el cielo... En la flor de la vida ¡cuántas riquezas le muestra la naturaleza! ¡Se diría que una creación nueva va á salir de este mundo de flores! Dejad pasar algún tiempo y veréis como todo cambia. Ya las flores cubren el suelo y algunos frutos, verdes todavía, les reemplazan. El árbol entonces se esfuerza para que los frutos lleguen á la madurez; pero sus hojas se caen, y sacudiendo la desnuda cabeza, dirige dolorosas miradas sobre los queridos hijos que acaban de quitarle. Las secas ramas son arrebatadas por la tempestad y, últimamente, él cae también, devolviendo á la naturaleza el resto de la esencia vital que le animaba» (2). Para terminar se dirá: «Si Europa, tan rica como la India, hubiese estado dividida como Tartaria, bajo un sol abrasador como Africa y aislada como América, no se hubieran producido tantas maravillosas obras en ciencias, letras, artes é industria. En medio de la más profunda barbarie, su situación la ha llevado siempre hacia la luz, dándole incontrastables ventajas sus ríos y sus mares. Haced desaparecer el Dnieper, el Don y el Dwina, el mar Negro, el Mediterráneo y el Adriático, el Océano Atlántico, el Báltico y el mar del Norte, con sus riberas, sus islas y sus afluentes, y la gran actividad comercial que dió nueva vida á Europa habría cesado por completo» (3). El filósofo alemán hace de la historia un cuerpo sin alma y petrifica la ciencia en vez de darle impulso y vida. Tanto la libertad humana como la idea de la Providencia se hallan anuladas con las afirmaciones de Herder.

Considérese á Mr. Thiers, gran entusiasta, como dice Laurent, del *fatalismo de la fuerza, de la glorificación de la victoria* (4). Thiers hace á Dios cómplice de todas las violencias

(1) *Philosophie de l'Histoire de l'Humanité*, t. I, p. 29. Ed. francesa.

(2) *Philosophie de l'Histoire de l'Humanité*, t. I, p. 73 y 74.

(3) *Philosophie de l'Histoire de l'Humanité*, t. III, p. 395.

(4) Nació en Marsella, en 1797.

que triunfan y de todas las injusticias que se imponen. Aunque el autor de la *Revolución francesa* y de la *Historia del Consulado y del Imperio* no enseña abiertamente dicha doctrina, se deduce del estudio de dichos libros. «Mr. Thiers profesa profunda admiración hacia todo lo que se eleva, brilla y posee la fuerza. Admira á los vencedores y vuelve la espalda á los caídos... Su doctrina es una verdadera idolatría de la fuerza» (1). «Thiers, dice otro, pertenece á la escuela fatalista, á esa escuela árida que cubre los errores y hasta los crímenes de los gobiernos con la excusa de la necesidad; que no reconoce derecho en la nación, ni entre las naciones, que ahoga el libre albedrío y sumerge á la virtud en la desesperación. ¿Qué nos importa la historia de los hechos pasados, sin la moralidad de esos hechos para la instrucción del tiempo presente y del porvenir?» (2).

Otón de Bismarck-Schoenkausen está conforme con Thiers. El *Canciller de hierro*, en 30 de Septiembre de 1862, ante la comisión de presupuestos de la Cámara de Diputados, hubo de pronunciar las arrogantes frases: «Las grandes cuestiones de nuestra época no se resuelven con discursos parlamentarios (éste fué el error cometido en 1848 y 1849), sino á sangre y fuego.» Como demostración de esta teoría se citan tres ejemplos: la guerra de Schleswig-Holstein en 1864, la prusiano-austriaca en 1866 y la franco-alemana en 1870 y 1871.

¿Se han resuelto tales cuestiones sólo y únicamente por la sangre y el fuego? ¿El nuevo imperio alemán es hijo nada más de la fuerza? No. Precedió la idea al hecho, el maestro de escuela al soldado, el filósofo al político, el sentimiento de la patria al deseo de conquista, los libros de ciencia y literatura á los fusiles y cañones. Si Alemania, envanecida por la victoria, se creyó bastante fuerte para la realización del cesarismo, ha comprendido que, así como en nuestra época no es posible el predominio de un hombre sobre todos los hombres, los cuales tienen el sentimiento de su dignidad, tampoco es posible la dominación de un pueblo sobre los demás

(1) Lanfrey, *Revista Nacional*, t. IV, p. 337 (1861).

(2) Timón, *Libro de los oradores*, t. II, p. 209. Tr.

pueblos, los cuales tienen también el sentimiento de la nacionalidad.

Procede ocuparse ahora del *fatalismo de la raza*, cuya doctrina ha sido expuesta por Mr. Renán (1823-1892 (1)). Si Renán ha conmovido el mundo literario con sus obras (2), no merece, en mi humilde opinión, y por lo que respecta al fondo del asunto, las alabanzas de que ha sido objeto. «En el siglo XIX la raza ha reemplazado al clima y á la naturaleza en las especulaciones filosóficas sobre la historia. Los más grandes intereses de la humanidad, la religión y la libertad, vienen á ser una cuestión de raza. Sois católicos ó protestantes, no por la gracia divina, como lo creen los ortodoxos, no por convicción, como afirman los racionalistas, sino por la sangre latina ó germana que corre por vuestras venas (3).

Lo que anteriormente decíamos del clima procede repetir ahora, tratándose de la raza. Influencia tiene la raza; pero tan radical y decisiva como quiere el autor de la *Historia general de las lenguas semíticas* equivaldría á admitir el fatalismo más absurdo. Renán, pues, no sólo no niega la libertad, sino que hace esclavas eternamente á ciertas razas, las cuales nunca pueden mudar ni cambiar. No se olvide que á la raza latina pertenecen Luis XIV y los hombres del 89, Fernando VII y los legisladores de Cádiz. «Y lo que hay de más singular es que este pueblo latino ha llevado los gérmenes de la libertad entre los alemanes, quienes, sin embargo de su sangre alemana, eran esclavos del clero y de tiranos grandes y pequeños (4).

III

Al frente de la *escuela racionalista* se halla el insigne E. Kant (1724-1804) (5). Escribió poco de Filosofía de la Historia; pero su libro *Idea de una historia universal bajo el punto de vista*

(1) Natural de Treguier.

(2) El mismo Cantú escribe: «De todos modos, las obras de Renán formarán una época, lo menos en la raza latina, y serán admiradas siempre como obras de estilo y de cierto entusiasmo y exaltación de que carecen las obras alemanas é inglesas.» *Hist. Universel*, t. IV, p. 1090. Tr.

(3) Laurent, *Etudes sur l'Histoire de l'Humanité*, t. XVIII, p. 133.

(4) Laurent, *Etudes sur l'Histoire de l'Humanité*, t. XVIII, p. 135.

(5) Nació en Koenigsberg.

cosmopolita (1) es fruto de poderosa inteligencia. Kant intentó armonizar la idea de la Providencia con la de libertad, consideró los hechos humanos en su verdadero valor y pronunció la atrevida frase de que *la historia era la justificación de la Providencia*. Más importante que las obras de Fichte y de Schelling se considera el *Ideal de la humanidad*, de Krause (1781-1832) (2). En el *Ideal de la humanidad*, dice Flint, se encuentran los goces estéticos más dulces y las satisfacciones morales más elevadas. Hegel (1770-1825) (3), considerado por César Cantú como jefe de la escuela filosófico-histórica alemana, dice en la *Filosofía de la historia* (4) que la historia del mundo se divide en cuatro momentos: el mundo oriental tiene por fundamento la conciencia inmediata, la espiritualidad sustancial (5); en el mundo griego se manifiesta el principio de la libertad subjetiva (6); en el mundo romano comienza el período de la reflexión y el reino de la generalidad abstracta (7), y en el mundo germano se reconcilian y armonizan elementos antes desunidos (8).

Estudia Hegel en el mundo oriental la China y los mongoles, la India y la Persia; en el mundo griego, después de considerar los elementos del espíritu de este pueblo, se fija en la forma de la bella individualidad, y por último, en la caída; en el mundo romano trata, desde el origen de Roma hasta la segunda guerra púnica, desde la segunda guerra púnica hasta el imperio y desde el imperio hasta la caída de la gran ciudad; en el mundo germano merecen estudio detenido los elementos germánicos y cristianos, el feudalismo y el período moderno (Reforma, acción de la Reforma sobre los Estados políticos y la Revolución).

La historia del mundo, según Hegel, no es otra cosa que el

(1) Publicado en 1784.

(2) Publicado en 1811. Krause nació en Nobitz, pueblo pequeño de Sasonia.

(3) Nació en Stuttgard.

(4) Publicada en 1837.

(5) Página 103. Trad. italiana.

(6) Página 104.

(7) Página 105.

(8) Página 106.

desenvolvimiento del concepto de la libertad (1), añadiendo que los acontecimientos pasados y presentes no sólo proceden de Dios, sino son la obra misma de Dios (2). Laurent designó con el nombre de *fatalismo panteísta* la doctrina de Hegel. Justa y merecida fama logró en Alemania el libro de Lasaulx: *Nuevo ensayo de una filosofía de la historia antigua, fundada sobre la verdad de los hechos* (3); y fué mayor todavía la de Bunsen: *Dios en la historia, ó el progreso de la fe en el orden moral del mundo* (4).

IV

Escuela ecléctica.—Tiene escaso valor el ensayo que de Filosofía de la Historia publicó Víctor Cousin (1792-1867), jefe del moderno eclecticismo. Además, tampoco se distingue por su originalidad la doctrina de Cousin. El Oriente, la antigüedad (Grecia y Roma) y el Cristianismo forman las tres épocas históricas. «La primera época de la humanidad se halla necesariamente llena de la idea de lo infinito, de la unidad, de lo absoluto y de lo eterno. Es época de inmovilidad. La segunda es la de lo finito, el reinado de la persona humana... La tercera concilia y armoniza las dos primeras» (5). También dice: «Dadme el mapa de un país, su configuración, su clima, sus aguas, sus vientos y toda su geografía física; dadme sus producciones naturales, su flora, su geología, etc., y yo me encargo de deciros *a priori* el carácter de sus habitantes y el lugar que aquel país ocupará en la historia.» Jouffroy, en su *Filosofía de la Historia*, enseñó la doctrina de Cousin. La obra del discípulo no es inferior á la del maestro. Guizot, autor de los estimables libros *Historia general de la civilización en Europa é Historia de la civilización en Francia* (6), llevó á la

(1) Página 460.

(2) Ibidem.

(3) 1856.

(4) 1857-1859.

(5) Cousin, *Introd. à l'Histoire de la Philosophie*, p. 155 y 156.

(6) Se componen de lecciones pronunciadas en la Sorbona los años 1828, 1829 y 1830.

política las doctrinas del eclecticismo. De este modo se expresa Timón al estudiar á Guizot: «¡Ah! Desde hace veinte años vuestra malhadada, vuestra fatal escuela del eclecticismo está dirigiendo á la juventud, abusando de sus generosos instintos y ofuscando su viva y pura inteligencia. Mirad á vuestro alrededor; esa escuela sólo ha engendrado talentos mentidos, corazones sin fe, sin fuego y sin amor á la patria, corazones que los grandes sentimientos no dilataron jamás, corazones que consume la sed de placeres egoístas y brutales, que mata la misantropía de la duda; finalmente, corazones extenuados y moribundos (1).

V

La *escuela positivista* tiene su genuina representación en Augusto Comte (1798-1857) (2). «El espíritu humano por su naturaleza emplea en sus indagaciones tres métodos de filosofar: primero, el *teológico*; segundo, el *metafísico*; tercero, el *positivo*» (3). Arbitraria por demás semejante afirmación, los hechos demuestran que la humanidad no ha seguido el camino que Comte le trazara, habiendo, por el contrario, coexistido y desenvuelto en conjunto los métodos teológico, metafísico y positivo. Las obras principales de Comte son: *Curso de filosofía positiva* (4) y *Sistema de política positiva* (5). Para la Filosofía de la Historia inventó el nombre, cuya significación no está conforme con el objeto que se quiere expresar, de *Dinámica social* ó *Tratado general del progreso humano*. Comte desconoce por completo el Or.; censura con acritud los estudios de los filósofos griegos, los cuales califica de *divagaciones*, deplorando la *desastrosa influencia* que Platón viene ejerciendo hasta el presente; dice que Sócrates fué un *estimable pensador*, y los estoicos eran *orgullosos egoístas* (6); solamente

(1) *Libro de los oradores*, t. II, p. 191 y 192.

(2) Natural de Montpellier.

(3) Comte, *Cours de philosophie positive*, t. I, p. 3.

(4) Publicados los seis volúmenes en 1830-42.

(5) Publicados los cuatro volúmenes en 1851-54.

(6) *Política positiva*, t. II, p. 342 y 343.

ve en Roma la gran personalidad de Julio César (1); considera á San Pablo como el verdadero fundador del Cristianismo y le coloca sobre Jesucristo, en el cual ve uno de «aquellos aventureros que intentaron la inauguración monoteísta, aspirando, como sus precursores griegos, á la divinización personal»; ignora los hechos realizados por los germanos y desconoce el sistema feudal; sigue al Conde de Maistre en el estudio del catolicismo de la Edad Media, llegando á afirmar que el régimen de esta edad es el sistema romano modificado por la idea católica. Pasando á la Edad Moderna, alaba la revolución inglesa de 1648 y desprecia la de 1688; desdeña la elocuente protesta de los Estados Unidos de América; acusa de *frívola irracionalidad* á la Asamblea nacional francesa, cuyos jefes se dejaron extraviar por *vanas especulaciones metafísicas*. Napoleón, *hijo de una civilización atrasada, era una naturaleza supersticiosa*, y, cuando más, Comte le reconoce un *vasto charlatanismo característico*. «Organizó, dice, de la manera más desastrosa, exagerada reacción política cual nunca ha sufrido la humanidad. Su gran crimen consistió en la predilección que tuvo por el antiguo sistema teológico y militar» (2).

Buckle, espíritu fuerte y vigoroso, tomó de Augusto Comte la idea de las leyes que deben reemplazar á la noción de una providencia particular, y de Montesquieu y de Herder la idea de la influencia que la naturaleza física ejerce sobre los pueblos. El *fatalismo de las leyes generales* es el nombre que da Laurent al sistema de Buckle. El historiador inglés expuso su teoría con profundidad de pensamiento en la *Historia de la civilización de Inglaterra*, y en este libro estudió casi todas las naciones de Europa. De la *Estadística*, designada con el nombre de *ciencia nueva* por Buckle, se sacarán consecuencias más provechosas que de las elucubraciones de todos los sabios de los pasados tiempos. Calificado de añeja preocupación el gobierno providencial, negada la libertad humana y el progreso, la obra de Buckle está cimentada sobre movedi-

(1) *Política positiva*, t. III, p. 387

(2) *Ibidem*, t. VI, p. 386 y sig.

za arena. Buchez y Leroux, contemporáneos de Comte, aunque en muchas cuestiones conforman con éste, representan la escuela *socialista*.

VI

Escuela democrática.—Apenas hacía dos años que Montesquieu, espíritu reflexivo y razonador, había publicado el *Espritu de las leyes*, y ya, un joven de veintitrés años, lleno de esperanzas é ilusiones, decidido campeón de la democracia, pronunciaba, ante copioso auditorio, brillantes discursos en la Sorbona (1). La historia no era para Turgot empalagoso relato de nombres, hechos y fechas, sino un todo orgánico, con unidad de plan, método y sistema; ciencia, en fin, en la cual palpitaba el sentimiento de la libertad y la idea del progreso. «El progreso significa para Turgot la evolución gradual y la elevación de la naturaleza humana tomada en su conjunto, la expansión y la purificación de sus sentimientos, la mejora de su condición terrestre; en una palabra, la difusión siempre creciente de la verdad, de la virtud, de la libertad y del bienestar entre los hombres. Intenta probar que toda la historia del pasado es un progreso realizado de este modo, é igualmente continuará desenvolviéndose en lo futuro» (2). Al lado de Turgot brilló el nombre de Condorcet (1743-1794), más entusiasta de la idea del progreso, aunque menos filósofo y profundo. Su libro *Bosquejo de un cuadro histórico del progreso del espíritu humano* (3) caracteriza con fuertes colores su época. ¡En qué tiempos se escribió este libro! exclama un historiador contemporáneo. La revolución francesa estaba en su período de delirio, el Terror dominaba en la Convención, el verdugo reinaba en la plaza pública, el estridente ruido de las carretas que arrastraban á millares los desgraciados al cadalso resonaba en las calles de París, y en la Vendée se derramaba á torrentes la sangre de hermanos; los reyes de Eu-

(1) Año 1750.

(2) Flint, *La Philosophie de l'histoire en France*, int., p. 72

(3) Escrito en 1793.

ropa rodeaban con sus huestes á Francia para ahogar aquel gran hervidero de ideas y pasiones; el pueblo iba devorando uno á uno á sus hijos, y, entre los más ilustres, Vergniaud, que había infundido su espíritu á la revolución y que le había dado la poesía de su genio y de su palabra, era guillotinado, á los treinta y cinco años de edad, en medio de los aplausos de aquella misma muchedumbre que días antes recogía entusiasmada el eco de su voz al pie de la tribuna; y en medio de aquellos horrores, Condorcet, perseguido, oculto en una buhardilla, con la cuchilla del verdugo pendiente sobre su cabeza y el abismo de la muerte pendiente á sus plantas, desgarrado el corazón, sabiendo que la desgracia se ceba en su familia y amigos, entre estos horrores, escribe con mano segura el dogma del progreso, como pudiera hacerlo tranquilo solitario en tranquila celda; y, por último, exhala su postrer aliento, abrasado de fe, llena su alma de amor á la libertad y al progreso (1). Tal vez extremó su idea; pero un hombre no puede variar con su aliento la atmósfera que respira.

Michelet se dió á conocer, en 1827, por una traducción de la *Ciencia nueva* de Vico; después publicó una *Historia romana* (2), y en el mismo año una *Historia universal*. Si algunas veces es inexacto en el fondo, en la forma es siempre brillante. Considérase como el mejor libro de Michelet la *Historia de Francia* (3). Después que Guizot le nombró su suplente en la Sorbona, escribió la *Revolución francesa* (4). Si en los primeros estudios de Michelet se nota la influencia de Vico y de Guizot, pero con más fe en el progreso que el primero y más entusiasmo por la libertad que el último, cuando rompe las trabas de sus maestros, su espíritu vuela sereno en los anchos espacios de la democracia. La Filosofía de la Historia de Michelet se halla en la *Introducción á la Historia universal*. Proclamó que la historia era el triunfo progresivo de la libertad. «La naturaleza, dice, permanece siempre la misma, pero el hombre se modifica. Los Alpes presentan una

(1) Véase Castelar, *La Civilización*, etc., t. I, p. 27-29.

(2) Año 1831.

(3) Año 1833-1844.

(4) Año 1847-1853.

barrera insuperable, pero nosotros hemos hecho un camino por encima del Simplón. Los vientos y las olas son caprichosas, pero el vapor nos ha librado de estos caprichos.» La última obra de Michelet se intitula *Biblia de la Humanidad* (1). Quinet, amigo cariñoso de Michelet, aunque siguió en muchos puntos á Herder, nunca olvidó las ideas de libertad y democracia. Más tarde se han publicado libros, de no escaso mérito, en defensa de la idea democrática. Tocqueville, en *La démocratie en Amérique*, dice que todas las naciones deben seguir el ejemplo del gobierno democrático de los Estados Unidos, y Laveleye, en *La gouvernement dans la démocratie* (2) afirma que «la democracia favorece el bienestar de todas las clases» (3). El reinado de la democracia es el de la felicidad, de la grandeza, de la justicia y del bien. Exige que las costumbres sean sencillas y los placeres públicos puros, que la honradez y la virtud reinen arriba y abajo, y que los ministros del culto sean elegidos por el pueblo (4). Añade que las buenas democracias han de ser ilustradas, pues «el sufragio universal, sin la instrucción general, conduce á la anarquía, y, por consecuencia, al despotismo» (5). Por último, «la atmósfera de la escuela debe ser religiosa, porque el espíritu religioso es indispensable en la práctica de las instituciones democráticas» (6).

Con la sabia doctrina del excelente libro de Laveleye, muy leído en otras naciones, y tan poco en España, doy por terminado mi trabajo sobre la *Exposición y examen crítico de las Escuelas filosófico-históricas*.

ALBERTO ORTEGA PÉREZ.

(1) Año 1865.

(2) Año 1891.

(3) T. I, p. 279.

(4) T. I, p. 323.

(5) T. I, p. 327.

(6) T. I, p. 328.

ESTUDIOS MILITARES

EL ARTE DE LA GUERRA⁽¹⁾

POEMA ESCRITO POR FEDERICO II, REY DE PRUSIA, Y TRADUCIDO
AL CASTELLANO POR D. JENARO FIGUEROA, PRIMER TENIENTE DEL
REGIMIENTO DE REALES GUARDIAS

CANTO VI

De las batallas.

Ya de mi ronca Musa has escuchado
en estos cinco Cantos anteriores
las rigurosas leyes que ha dictado
para la guerra el Dios de los furios:
la disciplina, el orden comenzado
por nuestros gloriosísimos mayores,
las marchas, campamentos y los medios
que deben practicarse en los asedios.
Acabemos ahora con mostrarte
la materia mas ardua del oficio,
de las batallas digo el enseñarte
el tan rudo y difícil ejercicio:
mostrarte he para esto en cada parte
los escollos en donde da el novicio,
y de los cuales ardua es la salida
aun de la madurez harto temida.

(1) Véase el tomo anterior.

Ved, ó ilustres guerreros, la escabrosa
 y la muy peligrosa senda y vía
 en donde la osadía
 de tantos Generales se ha frustrado.
 En ella han tropezado
 Marsin, Guillermo, y otros muchos varios
 que faltos de recursos ordinarios
 les ha su mala suerte embarazado.
 De Pompeyo, de Anibal y de Craso,
 de Pirro, de Varron y Mitridates,
 miserables despojos y reliquias
 muestra la tierra aun en mil parages.
 Mas en los mismos campos donde aquestos
 fueron abandonados del Dios Marte,
 con mas felicidad y mayor Arte
 se ha visto conseguir eterno lauro
 á un Alexandro, un Cesar, un Turena,
 un Carlos, un Condé, un Luxemburgo,
 un Villars, un Mauricio y un Gustavo.

¡Jóvenes animosos
 que destos altos hechos envidiosos
 trepar ansiais á la empinada cumbre,
 no os espongais confiados
 á la dura y costosa pesadumbre
 de ser desde lo alto derrocados,
 pues entre los amantes de la gloria
 á muy pocos laurea la victoria!
 Exemplo desto sea Hector Troyano,
 que glorioso y ufano
 á cien Reyes desprecia,
 y su confianza necia,
 después de haber vencido á Diomedes,
 ahüyentando á Ayace,
 quemados sus navios
 y batido á Patroclo, fue burlada
 por la de Aquiles vengadora espada.
 Si este y otros héroes singulares
 que pudieron haber altos lugares

ocúpar en la Historia
marchitaron su gloria;
¿qué esperais, ó visoños, en el Arte,
si el excelso Dios Marte
no os destina el laurel de la victoria?
Mas vosotros siguiendo de los años
el ardor juvenil que solo manda
asi qual se desmanda
el potro á quien le sueltan el bocado,
asi ciegos correis á distingueros.
Temed al amor propio y al encanto
que suele seduciros,
y no os fieis en tanto
de vuestra presumida inteligencia
hasta que la sazone la experiencia.

Ni del famoso Atleta
la fuerza extraordinaria,
que al son de la trompeta
admira á la ordinaria
y baxa plebe del Britano Reyno,
ni de aquellos gigantes que el Olimpo
á escalar se atrevieron
los nunca vistos y nerviosos brazos
con los quales pasaban las montañas
unas sobre las otras de manera
que al Empireo llegase la escalera,
ni en fin del mismo Marte
el supremo valor, seria parte
á suplir la prudencia, tan loable
calidad del que manda indispensable.
No es tampoco esta sola la que basta,
ha de tener el ánimo sereno
con el qual la fortuna se contrasta,
de cauta intrepidez ha de estar lleno
y ha de saber poner al flaco freno.
Tan dueño debe ser de sus soldados
que en medio del horror de la contienda
á las voces esten tan sujetados

que se enmiende el desorden que se encienda;
que de antemano tenga preparados
los remedios que buenos ser entienda,
y que en fin por la falta de discurso
no tuerza el hado su felice curso.

Por tanto es menester que de tu genio
corrijas los defectos que encontrares,
que si los enmendares
recto juicio tendrás y sabio tino,
y que en tan rudo y áspero camino
no des en ningun tiempo un solo paso
entregado al acaso.

Ser lento en el consejo es necesario,
y en ponerlo por obra temerario.
Mas siempre te amedrente y horrorice
sin que la dura precision lo quiera
de la batalla fiera

la imagen horrorosa que maldice
la humanidad pues ella la desdice.

A tu orden y cuidado
las fuerzas del Estado
estarán confiadas,
y ellas tan obedientes como osadas
qual tigre enfurecido
sobre el leon se arroja y despedaza,
se echarán al peligro conocido
sin dexar del contrario leve traza.

¡Qué fama es envidiable en esta vida
si el que la obtiene monstruo se apellida!
¡Qué gloria será el ver por la mañana
quando el sol dora con su luz temprana
por entre de la niebla la espesura
del pasado combate la llanura,
correr arroyos de aun humosa sangre
con la propia y amiga
mezclada la contraria y enemiga!
¡Qué el ver el viejo padre
y la infelice madre,

y la ya viuda y antes tierna esposa
que la gala vistosa
con que al deseado esposo
recibir intentaba,
trueca por el lloroso y negro manto
que su dolor agrava!
¡Qué será el oír digo de tan miserables
lastimosas familias
los ayes y clamores lamentables
con que te pedirán estrecha cuenta
de la ambición sedienta
que consagró á tu orgullo
las víctimas del hijo y del esposo,
cuyo triste murmullo
sin á evitarlo ser tú poderoso
de tus triunfos, oh cosa cierta y rara,
sofocarán la grito y algazara!

Lejos, lejos de tí tal fanatismo,
y perezca mil veces tu heroísmo
si se funda en tan bárbara locura.
Con paternal dulzura
deben ser los soldados
como hijos tratados,
cuya importante vida
al Estado es debida,
pues deste pende la felice suerte
en el soldado fuerte;
por tanto, no qual bárbaro tirano
su vida vendas ni su sangre en vano.
Mas quando el interés del mismo Estado
al peligro los llama, cuando es fuerza
que la fortuna hacia una parte tuerza
y dexé decidido y declarado
quien debe del laurel ser adornado,
entonces sin dudar, sin detenerte
los expondrás al riesgo de la muerte,
al riesgo en donde deban señalarse
y en la edad venidera eternizarse.

El General que es sabio y prevenido
no es jamás sorprendido,
porque siempre antevée, premedita,
y de antemano el golpe diestro quita.
La regla es atacar sin duda alguna
porque siempre fortuna
es propicia al que ataca y no al que espera:
mas si como ella es loca y ligera
airándose contigo
prestára su favor al enemigo,
entonces tú, constante el firme pecho
arrostra al infortunio y mala andanza;
alienta la confianza
que el suceso en la gente haya deshecho
y lleno de esperanza
manten sereno el rostro, que con esto
asi como en la noche tenebrosa
aparece mas clara y mas vistosa
la pronta llama de la nube herida,
tu mérito será más manifiesto
y tendras conseguida
tan efectiva gloria
como de una cumplida y gran victoria.
Si en la infeliz jornada
de Malplaquet, Villars se vió obligado
á tocar retirada
en Denain despues se vió vengado,
pues engañando á Eugenio, supo diestro
de un golpe de maestro
libertar á Landreci del asedio,
y á Albermal sin remedio
atacar con tal fuerza y tal pujanza
que ni de Eugenio alcanza
el aceleramiento á socorrerle
pues tampoco Villars tardó en vencerle:
asi es verdad que en un feliz momento
se revuelven las cosas de su asiento.
Imposible seria en tan sucintos

y abreviados principios enseñarte
los diversos, los muchos y distintos
géneros del oficio y marcial Arte.

Unas veces de Marte

se representa el teatro en las trincheras

ó en las verdes riberas

de alguna ancha corriente

cuyo difícil y profundo vado

enfrena al mas valiente

y atrevido soldado.

Otras en una altura que escarpada

dificulta y prohíbe la escalada,

parages que si son bien elegidos

y de lo necesario abastecidos

son siempre muy capaces

de ser en la defensa harto tenaces.

Figurate ahora ver en campo abierto

de dos fieros exércitos que llegan,

el orden y concierto

con que ambos se despliegan

y las alas estienden dilatadas.

Mira las unas ya desordenadas

al impetuoso choque irresistible,

y mira la temible

caballería cerrada

vibrando la ancha espada

cuya hoja entre el humo y polvareda

del sol á los reflexos

se ve brillar de lejos,

hasta que roja queda

de tajos, estocadas y reveses

que ya á diestro y siniestro se reparten

cortando cuellos y abollando arneses.

Por otro lado está la Infantería

del cañon enemigo aportillada,

no en el concierto y orden que querría

sino rota, aturdida y maltratada:

medrosa de la fiera artillería

y de la bayoneta, que enhastada les obliga á tomar la pronta huída creyendo conservar asi la vida. Mas llegan á tomarla ya hartó tarde porque la bala corre mas ligera que los pies presurosos del cobarde, y la tropa que vence entonces fiera porque el completo fin no se retarde y la victoria sea en todo entera, persigue sin cesar á los vencidos que en pelotones huyen esparcidos. Quantos miles cautivos no quedaron de Hœchstett en el campo quando fieros los firmes Alemanes atacaron á los Franceses hechos prisioneros: rompiéronles el centro y los cortaron desarmando á los Xefes compañeros (1) y rotos y vencidos no pararon hasta que el ancho Rheno divisaron. Del mismo modo fueron derrotados en los gloriosos prados de Almansa los Bretones, quando se decidió por los Borbones obrando el Español mil maravillas el cetro ilustre de las dos Castillas. Figurate de ver ahora otra especie y manera de guerra; del ataque de una altura figuro, cuya cima coronada se ve de batallones que tremolan al ayre sus banderas: y el enemigo audaz que desde lejos la mucha que levanta polvareda descubre se aproxîma, y en efecto á la falda llegado, de su gente

1) Los Generales franceses eran Tallard y Marsin, y el Príncipe Eugenio quien los derrotó.

el cuerpo en orden de atacar presenta.
Adelantase el Xefe, reconoce
por sí mismo el terreno y con certeza
si es experimentado, cauto y diestro
descubrirá la parte que por flaca
para el arremeter mas facil sea.
Mira como tomadas las medidas
abanza un Regimiento por derecha
y á pesar de la gruesa artillería
y seguido del resto á toda priesa
el monte escalan, al contrario atacan
con tal intrepidez y tal fiereza,
que ya desordenados y vencidos
el monte bajan todos confundidos,
y al salir á lo llano
dan sobre ellos de mano
los caballos que estaban reservados
para dar caza á los desbaratados.
De tal modo feliz y glorioso
salió Condé en Friburgo victorioso.
De tal modo tambien el gran Mauricio
delante de su Rey, en sacrificio
á Pluton ofreció el numeroso
enxambre de Germanos y Bretones,
colocando en la cumbre sus pendones.
Este de los combates y refriegas
es el método usado y puesto en planta,
y este es el mecanismo
con que de un modo mismo
son en breve forzados
los reductos y puestos trincherados.
Comunmente es indeleble el parapeto
ó el foso es imperfecto,
y quedan sin servir muchos soldados
sin poder acudir donde hacen falta,
y mientras el que asalta
obra como quisiere
y emplea su tropa donde conviniere.

Nada hay á un General hábil y diestro
en la guerra maestro
que se oponga á sus fines é intenciones;
pues si ve por exemplo que el contrario
todas las ocasiones
de llegar á un ataque necesario
evita y dificulta quanto es dable,
le obliga de tal modo
que le hace irremediable
el venir á las manos, y forzado
abrazar por partido conveniente
aquello mismo que evitar queria.
Para esto es menester que astutamente
le traiga incomodado
con taimadas y falsas diversiones;
ya amenazando á una ú otra plaza,
ya cortando despues las provisiones,
de modo que asi á fuerza de su traza
trabajado del hambre el enemigo
y no hallando remedio mas consigo,
deseando prolongar la amable vida
desperado al combate se decida.

Quando de un caudaloso y ancho rio
al amparo se crea muy seguro
el contrario creyendo que tu brio
de la corriente tema el claro muro,
del talento castiga su desvio
imitando de Anibal el venturo
y concertado ardid, quando en el Rheno
creyó el Romano echarle duro freno.
Mas tú, de mis rivales y contrarios
columna y firme apoyo glorioso,
qué elogios no serian necesarios
si hubiera de cantarte victorioso
de los competidores y adversarios
que vencidos te hicieron tan famoso,
de ti digo, sagaz y gran Lorena,
nombre con que la fama el mundo llena!

Recibe pues de un enemigo noble
el debido homenaje y la alabanza,
que es tanto mas sincera y menos doble
quanto es mas de enemigos la venganza;
mas tu valor desarma al mas ignoble,
tu pericia no tiene semejanza
y tus elogios harto merecidos
de la verdad al sagrado son debidos.
¿Cuán en vano el profundo y caudaloso
río que magestuoso
para siempre la Francia ha separado
del Alemán imperio dilatado,
se opuso á tus victorias, guarnecidas
sus riberas de tropas escogidas?
Como á Coigni ignorante sorprendiste
y como dispusiste
en un tan inminente
y arriesgado peligro hacer un puente
que sorprendió al frances, y dió á tu audacia
lugar de penetrar hasta la Alsacia.
¡Olvidaré yo acaso, Luis, el dia
que en Tholus alcanzaste
eterno lustre, excelsa nombradía,
quando á nado pasaste
tus tropas y al Batávo derrotaste!

Estas son las proezas, hijo amado,
que Marte ha celebrado
y sigue celebrando en los varones
en cuyos corazones
domina el entusiasmo de la fama.
El vencer no se llama
ser solo victorioso, la alta gloria
es el saber usar de la victoria.

Julio Cesar, valiente héroe Romano,
tan feliz como humano
en Farsalia perdona
en el dia en que Marte le corona
por Monarca y Señor del Universo

los enemigos á quien fue hado adverso.
Y en Fontenoy, Luis pio y victorioso,
sin que fortuna le hinche ni envanezca,
tan solo aspira á hacer su nombre honroso
y que por su victoria no padezca
su enemigo, antes quiere que gozoso
el mismo vencimiento le agradezca
semejándose á Dios de aqueste modo
cuya inmensa piedad perdona todo.

Sigue, pues, hijo mio, estos modelos,
que si tú los siguieres é imitares,
querrán los altos cielos
que de gloria y honor tus dias llenares.
Y la fama parlera
de los humanos hechos pregonera
por las mas altas y empinadas cimas,
correrá de los montes publicando
á los distintos y apartados climas
la honra y prez que al mundo vayas dando.

De Calliope al oir las altas rimas
baxará por ti ansiosa preguntando
la virtud, por subirte como exemplo
de la inmortalidad al sacro templo.
En este sacro templo construido
que fue para tan sola la inocencia,
tienen lugar preclaro y preferido
los sabios cuyo estudio y experiencia
al Estado enriquecen; los que han sido
buenos Reyes y Jueces de alta ciencia,
mas de conquistadores solo hay pocos
porque mas que los justos son los locos.
Si, en fin, algun dia
siguiendo de los héroes tales huellas
lograse tu piedad y valentia
que la fama te ensalce á las estrellas,
acuérdate á lo menos que un anciano
en la milicia de experiencia cano
abriéndote las puertas de la fama

con la virtud te inflama,
y te inicia y entera en el oficio
cantándote de Marte el ejercicio
y mostrándote huellas de varones
que han sido de su patria los blasones.

LOCURA DE AMOR ⁽¹⁾

IV

En casa de la Ibáñez.

Las casas de la calle de Santa María eran, por lo general, de modesta apariencia, y cuando más de tres pisos, bajo, principal y segundo. El estrecho y oscuro zaguán ofrecía á la vista un albañal para dar salida á las aguas del patio, y servía á los transeuntes de la calle para ejercitar ciertos actos fisiológicos, puesto que no había portero que lo impidiese.

La escalera, nunca ancha y nunca limpia, tenía grandes postes que la sustentaban desde el bajo al último piso, y antepechos de ladrillo, no todos con pasamanos de madera. Si habían abierto alguna ventana al patio, para dar luz á los tramos, carecía de vidrieras; se consideraban éstas como artículo de lujo.

Las campanillas tampoco eran de uso corriente, porque los chicuelos cortaban los cordeles, ó tiraban de ellos y escapaban luego, produciendo el trastorno consiguiente en los inquilinos: llamábase con los nudillos, y distinguíase al visitante por el ritmo y combinación de los sonidos. Algunos caseros obligaban á tener constantemente cerrada la puerta del zaguán, merced á un contrapeso, y abríase ésta desde los descansillos de la escalera por medio de una cuerda común á todos los vecinos.

Cada inquilino tenía un estrado con canapé y sillas de paja, una mesa con una imagen de talla ó de vestir, resguardada en su correspondiente urna, dos ó más cornucopias en las pare-

(1) Véase la pág. 122 de este tomo.

des, y el suelo, que ya era de ladrillo, ya de yeso, se cubría en tiempo de invierno con estera de pleita valenciana cuando los posibles del cabeza de familia daban para ello, y si no, se extendían algunos ruedos en sitio conveniente.

Un estrado sobre poco más ó menos como el que acabamos de describir era el de la primera dama del coliseo del Príncipe, la encantadora María Ignacia. En el canapé estaban presidiendo la tertulia los padres de la cómica, José Ibáñez, recordando los tiempos de cuando era mozo, y Tomasa Fernández, riendo á carcajadas las ocurriencias de la gente joven. Á un lado, Cadalso y su amante cuchicheaban en voz baja; á otro, Nicolás Moratín y una linda joven llamada Isidora Ladvenant sostenían animada conversación, y repartidas por la sala reían y alborotaban varias muchachas, produciendo ese vocerío confuso que distingue y caracteriza la agrupación de mujeres en una tertulia de confianza.

Sobre la mesa, en fuentes de loza de Talavera y bandejas de latón, había confituras de muchas clases, botellas de vinos generosos, vasos de vidrio, y un bizcocho que, aunque mermado, dejaba presumir que había tenido monumentales proporciones; era el de Gómez Ortega.

Cuando la animación y el alboroto estaban en todo su apogeo, entró Nifo, que, preocupado por los propósitos bélicos de la Palomera, quiso avisar á su amigo Cadalso del peligro que le amenazaba y disculpar, en cierto modo, la responsabilidad que pudiera atribuírsele como motor inconsciente de los arrebatos de la sexta dama.

Las muchachas al ver á Nifo prorrumpieron en exclamaciones de júbilo, y le ofrecieron á porfía dulces y licores á cambio de que recitara versos, ocasión que él no desperdiciaba, pues á poco que se le rogase disparaba elegías, anacreónticas y sonetos sin que nadie le fuera á la mano, llegando el caso de improvisar con pie forzado como precediese un vasito de rosoli ó marrasquino.

Á Nifo, con las glorias se le fueron las memorias, y ante las ovaciones que le prodigaba la concurrencia se había olvidado del objeto y fin que le condujeran á casa de la Ibáñez. Por otra parte, Cadalso, que estaba verdaderamente enamora-

do de María Ignacia, no se apartaba de ella un momento, y Nifo no hallaba lugar propicio de ponerle al corriente de lo que ocurría sin que la novia se enterase.

Cantó Isidora Ladvenant acompañándose con la guitarra, y el palmoteo que se produjo al terminar se oiría seguramente desde la plazoleta de San Juan. Nicolás Moratín era de los que más aplaudían, y como hablaba constantemente con la chica, Nifo tomó acta de estas circunstancias, formando juicios temerarios. Había observado que algunas poesías de Moratín estaban dirigidas á una tal *Dorisa*, que podría ser anagrama de Isidora, nombre de la esposa de Moratín; pero ciertos conceptos que en los versos hallaba le sugirieron la maliciosa sospecha de que no estaban inspirados por tan honesta como respetable señora. Ya tenía un notición para asombrar á la tertulia del café de San Sebastián, aunque D. Juan de Iriarte le acardenalara los pies á fuerza de pisotones.

Conviene saber que esta Isidorita era hermana de una María Ladvenant, anteriormente citada, cómica famosa entre las famosas, cuya vida galante dió mucho que hablar á los curiosos de su tiempo. Para Nifo ya estaba descubierto quiénes eran la *Filis* y la *Dorisa*, que respectivamente celebraban en sus composiciones poéticas Cadalso y Moratín.

Este último, rogado con insistencia por los concurrentes, decidióse á leer una poesía que había escrito aquella mañana para celebrar los días de su amigo Pepe Cadalso, y de la que copiaremos algunos trozos. Puesto en pie, al lado del autor de *Sancho García*, con sonora entonación y con un vasito de rosoli en la mano, recitó lo siguiente:

Hoy celebro los días
de mi dulce poeta,
del trágico *Dalmiro*,
blasón de nuestra escena.

Venga la hermosa *Filis*
y mi *Dorisa* venga,
Dorisa la que canta
con la voz de sirena.

.....

Bien hayan nuestros padres
que en sus bárbaras mesas

bebieron con toneles,
brindaron en gamellas.

Así hacerlo debemos,
Dalmiro, y vayan fuera
los cuidados molestos
que la vida atropellan.

Y si viene la muerte,
en semblante severa,
no podrá ya quitarnos
la celebrada fiesta.

.....

Brindemos muchas veces
el tiempo que nos queda,
dancemos y cantemos
y déjala que venga.

¡Qué de bravos, qué de vítores se escucharon cuando Moratín acabó de leer su poesía! Bebióse el vaso de rosoli dirigiendo una mirada cariñosa á Cadalso, que se levantó súbitamente y le estrechó con efusión entre sus brazos.

Éste fué el momento oportuno que halló Nifo para decir al oído del capitán que deseaba hablarle en secreto. Retirados junto á la mesa los dos interlocutores, á pretexto de que Nifo probara el bizcocho de Gómez Ortega, pudo aquél contar brevemente y á su modo la escena que había tenido con la Palomera, procurando colocarse en buen concepto para que el amigo no le diese quejas.

Cadalso, con su buen juicio, sospechó que á Nifo se le había ido la lengua, pero no se quiso dar por entendido, y le suplicó le ayudase para cohonestar su marcha antes de que Nicolasa viniera, y saliéndola al encuentro parar el golpe en firme hasta prevenir con tiempo á María Ignacia.

—El caso es—dijo—que días atrás, por dar celos á ésta, con quien había tenido una cuestión, pasajera después de todo, se me ocurrió el diabólico ardid de dirigir cuatro chicoleos á Nicolasa; cádate aquí el primer acto de una comedia heroica. Felizmente estoy prevenido, gracias á tu cuidado, y espero que la función termine con un sainete.

—Pues, oye,—añadió Nifo;—la Nicolasa viene con el propósito de cantar una tonadilla.

—Ya arreglaremos la tramoya de manera que no cante. Á

éstos les diremos que se ha puesto malo D. Juan de Iriarte, y que voy á verle; tú te vienes conmigo, y puesto que me metiste en el pantano, sácame de él.

Nifo presintió un nuevo conflicto si saliendo juntos á la calle se encontraban á la Palomera; así es que quiso bonitamente declinar la honra de acompañar á Cadalso; pero éste insistió con entereza, y como el capitán no era hombre que admitiese distingos cuando tomaba una resolución, él noticiero bajó la cabeza, se encogió de hombros, arqueó las cejas y exclamó *in pectore*: ¡Dios me tenga de su mano!

La combinación salió á maravilla: María Ignacia quedó resignada y conforme; Moratín, aunque sospechaba que aquello era un complot, calló prudentemente, y los dos amigos despidiéronse de todos, tomando por suya la escalera.

Los presentimientos de Nifo se realizaron: al llegar junto á la esquina de la calle del Prado topáronse con la Palomera, que acompañada de una moza venía hacia la casa de la Ibáñez, de prisa y con aire resuelto, saboreando la desagradable sorpresa que iba á proporcionar á Cadalso, y haciendo coraje para ponerle como ropa de pascua en presencia de su rival.

El lector puede figurarse la escena que allí se desarrolló entre los tres interlocutores: Nicolasa se desató en improperios contra su infiel amante y contra el charlatán de Nifo; Cadalso trataba de aplicar paliativos y emolientes al irritado espíritu de la cómica; Nifo, sin encontrar disculpas para justificar su comportamiento, escuchaba con resignación los cargos que por distinta causa se le hacían, pero tan enconados que, si las palabras produjeran sangre, el pobre poeta hubiera resultado lleno de heridas.

Cuando terminó la conferencia separáronse los tres contrincantes dominados por distintas emociones: Nicolasa se fué á cenar convencida de que Cadalso no la quería; éste, tranquilo por haber desbaratado el plan de la sexta dama, volvió á casa de la Ibáñez; Nifo marchó en busca de D. Juan de Iriarte para hacer una confesión general y contarle todo lo que había pasado; pero no pudo verle. La mentira que él y Cadalso urdieron para salir de casa de la Ibáñez resultó desgraciadamente cierta: D. Juan estaba acostado. Su hermano D. Bernardo ma-

nifestó á Nifo que el pobre anciano se había sentido indispuerto durante el paseo y se hallaba en cama.

El poeta noticiero aprovechó la ocasión refiriendo á D. Bernardo Iriarte los sucesos de la tarde, y así pudo dormir tranquilo.

V

Intrigas de bastidores.

Transcurrió próximamente un mes desde que Nicolasa descubriera, por la imprevisión de Nifo, que el capitán Cadalso trataba de casarse con María Ignacia. Desde luego la sexta dama había renunciado al amor del militar poeta, pero hacíasele cuesta arriba que otra del oficio consiguiera la felicidad que á ella, por su menguada fortuna, los hados le negaban, y formó propósito de poner chinitas en el camino, que hasta la fecha sólo de rosas y laureles estaba cubierto para la venturosa María Ignacia.

Cadalso iba poco por el escenario, y esquivaba encontrarse á solas con Nicolasa, hasta que una mañana, en el ensayo, mientras la primera dama recitaba su parte, pudo la desdeñada Palomera sorprender al capitán y provocar la cuestión para que de una vez la resolviese: malhumorado Cadalso, desahució á la comedianta, y ella quedó agobiada bajo el peso de honda pena, por los celos, por el despecho, por el amor propio resentido. La decepción era horrible para una mujer hermosa y altanera; no se resignaba á representar, fuera del teatro, el papel de sexta dama.

Cadalso estaba triste, profunda melancolía embargaba su ánimo, siempre sereno y decidido; comprendía que su casamiento con la cómica iba á ofrecer serias dificultades. Si el Conde de Aranda se enteraba del proyecto, lo estorbaría de cualquier modo, puesto que tantos tenía á su alcance, y lo más probable era que le trasladasen de guarnición á una plaza distante de Madrid; á Canarias, su país, por ejemplo, á Barcelona, ó quién sabe si al reino de Méjico ó al del Perú. Si se ha

cía la boda de tapadillo, ¿quién calmaría las iras del Presidente del Consejo al verse chasqueado? Amaba Cadalso á Ignacia, y quería sacrificar su porvenir y su vida: renunciar al cariño de la cómica era imposible; ni ella merecía este comportamiento, ni él podría prescindir de un amor en que había cifrado toda su felicidad.

Fué á casa de Moratín, su amigo íntimo, y le descubrió por entero su corazón, presentándole en toda su gravedad la serie de obstáculos que entorpecían la realización del máspreciado de sus ideales.

Moratín le hizo quedarse á comer con él, y trató, aunque en vano, de consolarle, porque Cadalso, con su buen talento, comprendía que el problema era insoluble.

El capitán estaba decidido á casarse en secreto, á trueque de que Aranda lo tomase á mal, que lo tomaría, por haberle engañado; pero Nicolasa, resentida, después de todo con razón, á causa del papel tan desairado que le habían repartido en la comedia, podía tomar la revancha descubriendo al Conde, antes de tiempo, los propósitos de Cadalso, y entonces aquél desbarataría el plan, y Dios sabe cómo acabaría el asunto. Sin embargo, ya no debía retroceder; la encantadora Filis era digna de todo género de sacrificios. Y repitiendo los versos finales de un soneto suyo, exclamaba Cadalso:

Yo también llevaré con alegría
cuantos sustos el orbe me presente,
sólo por agradarte, Filis mía.

Después de comer fueron el capitán y Moratín á casa de D. Juan de Iriarte, que seguía mal, y luego, en compañía del D. Bernardo, á quien ya conoce el lector, se dirigieron al teatro del Príncipe, donde se estrenaba una tragedia de un poeta desconocido.

En el escenario se estaban representando: una tragedia en verso, á la vista del público, y un drama en prosa, entre bastidores, sin más personajes que dos, María Ignacia y Nicolasa. Esta, perdida toda esperanza, quiso vengar en la sensible Filis los desdenes de Cadalso, y pocos momentos antes de comenzar la jornada tercera, tomando del brazo á la primera

dama, tras un teloncillo de foro, descubrió con enérgicas palabras el despecho que embargaba su corazón.

Ignacia, que había sacado del bolsillo las tiras de papel donde estaba copiada su parte, con el fin de repasarla en el intermedio, escuchaba á su rival con espantados ojos, sin darse cuenta exacta del verdadero estado de la cuestión. Sospechaba del capitán, y confiaba en él al mismo tiempo; sentía celos de la Palomera, y le satisfacía verla humillada; creía en la palabra de casamiento que Cadalso le diera, y consideraba ya como un imposible que el suspirado enlace se realizara. No se le ocurrían ni disculpas que ofrecer, ni acusaciones que dirigir, ni derechos que alegar: las lágrimas se agolparon á sus ojos y se cubrió el rostro con un pañuelo.

Nicolasa se crecía ante el abatimiento de Ignacia.

—Tú no te casarás con Pepe—dijo sacudiendo el brazo de su acongojada compañera,—porque el Conde de Aranda se opondrá á que un capitán protegido suyo se enlace con una cómica. Y aunque queráis hacer la boda en secreto, tengo yo la lengua muy expedita, Dios me la conserve, para descubrir á ese buen señor todo lo que ocurre. Se me ha puesto á mí que en tu casa no saben encender el brasero, porque hay mucho tufo.

En esto se acercó el traspunte con el ejemplar de la tragedia en la diestra y una vela en la mano izquierda.

—¡Nicolasa!—exclamó.—Por aquí... Ponte á este lado... Dí, mirando hacia donde está Ignacia, estos versos:

Aún á tiempo llegué, mujer infame,
de que mire cumplida mi venganza.
Aun á tiempo llegué...

¡Ahora!... ¡Fuera!...

Nicolasa salió á escena, después de santiguarse, y al declarar con trágica entonación los versos citados, dirigió iracunda mirada á su rival que, poseída de espanto, la contemplaba por entre un hueco de la decoración.

María Ignacia rompió á llorar.

El traspunte, acostumbrado á estos dramas de bastidores

y comprendiendo que se trataba de una cuestión de amoríos, le dijo:

—No te apures, niña, á ésa se le va la fuerza por la boca. Tiene mucha majeza en el palique, y luego es más melindrosa que una usía. Sobre todo, serénate, porque te toca salir pronto. ¡Ojo con el público esta tarde! La comedia se me figura que apesta... Los mosqueteros están de mal talante... Ven conmigo... Tú entras en el alcázar por junto á las candelijas... ¡Ah!... Toma este puñal... Acuérdate... Cuando dices el verso de

fin dará con la muerte mi desgracia,

puñalada segura y ¡cataplum! al suelo. Espérame... No te muevas de aquí... Voy á dar la salida á Fuentes.

María Ignacia quedó ensimismada, con su papel en la mano; leía maquinalmente los versos de la tragedia, porque su pensamiento estaba en otra parte. Todo se le antojaban funestos presagios. La misma tragedia que representaba ofrecía extrañas coincidencias con la situación en que Ignacia se veía. Ella, Zorayda, esclava mora encubierta, se había enamorado de un capitán cristiano; D.^a Mencía, amante olvidada de él, para satisfacer su venganza descubre estos amores á cierto Conde de Castilla, tío del capitán; el Conde, viejo grave, envía á guerrear contra los moros á su sobrino, y manda encerrar en un calabozo á Zorayda, la que en un momento de desesperación se quita la vida, dándose la puñalada á que se refería poco antes el traspunte.

Todo contribuía á soliviantar el ánimo de María Ignacia. En un palco (apósito se decía entonces) hallábase el Presidente del Consejo de Castilla con Clavijo, Moratín, Pepe Cالدالو y D. Bernardo Iriarte.

Conviene advertir varias cosas: primera, que este D. Bernardo era muy amigo del capitán, tendría como unos treinta y seis años, hombre fino, elegante, erudito, y desempeñaba el cargo de oficial de la primera secretaría de Estado; segunda, que el Moratín tantas veces citado era el padre del autor de *El viejo y la niña* y de *La comedia nueva*, y tercera, que

la asistencia del Presidente del Consejo á los coliseos era cosa inusitada, y fué costumbre establecida por el Conde, previo expediente que se incoó al efecto. Para diferenciar su aposento de los restantes, se cubría el antepecho con un paño de terciopelo grana.

Aranda estaba risueño, pero hablaba con sus amigos, haciendo movimientos negativos de cabeza; la tragedia no era de su agrado.

Entre los mosqueteros y en la cazuela se advertía cierto murmullo de impaciencia.

La primera dama temía una catástrofe; pero sobreponiéndose el genio de la artista á su estado moral, tuvo momentos de inspiración y recitó algunos versos con tal apasionamiento que logró arrancar al público nutridos y prolongados aplausos.

Decía en una escena con el capitán cristiano, dirigiendo la mirada al otro capitán que estaba en el aposento:

Tuya siempre seré; si el hado impío
tu cariño, tu amor me arrebatara,
para mí la existencia fuera entonces
como día sin luz, cuerpo sin alma.
Por ti, Gastón, arrostraré las iras
de esa mnjer que mis ensueños mata;
por ti del fiero Conde los castigos
con frente altiva sufrirá Zorayda;
mas ¡ah! si me abandonas, si me olvidas,
desvanecida y muerta mi esperanza,
del corazón, que sólo por ti late,
verás cuán presto su latido falta.

Aranda dió con el codo á Moratín, diciéndole al oído: «¡El fiero Conde! Ese soy yo.» No cabe duda de que se hallaba enterado de todo.

Cadalso, que no veía más que la angelical figura de María Ignacia ni oía más que su voz, sintióse impresionado por aquellos versos, que hablaban directamente á su corazón, y aplaudió con frenesí; los amigos del capitán hicieron lo propio, y los mosqueteros palmotearon durante algunos segundos, justificando el mérito de la primera dama.

Á Nicolasa le tocó entrar en escena, y al recitar un parlamento en que declaraba haber descubierto al *fiero Conde* los amores de Zorayda con el capitán cristiano, recalcó tanto la expresión de sus palabras, que María Ignacia creyó comprender que la desairada amante de Cadalso había realizado la amenaza revelando al favorito de Carlos III el secreto que tanto importaba tener oculto.

La Palomera no se hubiera nunca atrevido á ello, porque el golpe podría dar un resultado contraproducente en perjuicio de la delatora, enviándola á los teatros de provincia, por aquello de

el traidor no es menester
siendo la traición pasada;

pero conoció la eficacia del resorte y quiso gozarse en el mal efecto que el ingenioso ardid produjera en la sensible María Ignacia.

Ésta rayó á gran altura aquella noche y confirmó no sólo el acertado acuerdo de la Junta de teatros, que le había asignado la parte de primera dama, sino la buena reputación de que ya justamente gozaba entre el público.

Se hallaba el argumento de la tragedia tan en armonía con su situación moral, que interpretó el papel de Zorayda de un modo sublime. Al confesar su desinteresado amor por el capitán cristiano en el alcázar del Conde de Castilla, al acriminar á D.^a Mencía como causante de su desventura, al herirse con el puñal, cayendo exánime á los pies de su amante, impresionó de tal modo al auditorio, que, reconociendo todos el poco mérito de la tragedia, unánimes tributaron entusiasta ovación á María Ignacia.

Cuando concluyó la tragedia, estaba la primera dama visiblemente emocionada por el esfuerzo que había tenido necesidad de hacer para dominar sus pesadumbres y por la satisfacción que le producía el inesperado y ruidoso éxito alcanzado en una obra que los mosqueteros estaban dispuestos á despedir con una silba horrorosa.

Al terminar la última jornada de la tragedia, y sin esperar al fin de fiesta, Aranda se llevó en su coche á Iriarte, con

quien tenía que hablar, según le había dicho en voz baja; Cadalso y Moratín se entraron en el escenario para acompañar luego á la Ibáñez hasta su casa; Clavijo se encontró en la puerta del teatro con Nifo y se dirigieron ambos á la botillería de la calle de la Cruz, con objeto de cambiar impresiones sobre la tragedia mientras tomaban una copa de mistela de Cádiz.

CARLOS CAMBRONERO.

(Concluirá.)

A UNOS NOVIOS⁽¹⁾

TRADUCCIÓN DEL MALLORQUÍN, DE RAMÓN PICÓ Y CAMPAMAR

«El que anhele subir á la alta esfera
del Padre celestial, clamó Jesús,
que venga en pos de mí, y que resignado
lleve también su cruz.»

—
Y, añadiendo su ejemplo á la doctrina,
la cruz, descalzo, al Gólgota subió
coronado de espinas, y enclavado
en esa cruz murió.

—
Desde entonces va errado quien pretenda
sin cruz al puerto incólume arribar;
quien rechaza la suya, en vez de vida
la muerte encontrará.

—
No probará, no, aquel que la rechaza
del paraíso la anhelada miel;
camino del Calvario es como suben
las almas al edén.

—
Vosotros, que grabada en vuestro pecho
indeleble lleváis la ley de Dios,
y desde niños acatáis humildes
la santa ley los dos,

(1) Esta poesía ganó la joya de la viola de oro y plata en el Consistorio de los Juegos florales de Barcelona del año 1888.

Por eso mismo, ante el altar de hinojos,
 hoy, levantando á ejemplo de Jesús
 la vista y corazón al santo cielo,
 pedido habéis la cruz.

—
 La tenéis: elegida por vosotros,
 ya el párroco esa cruz os entregó;
 de no dejarla nunca juramento
 habéis hecho los dos.

—
 Y hay que subir la cruz hasta el Calvario,
 y no podéis retroceder jamás;
 tú, esposo, en quien la fuerza predomina,
 el peso has de llevar.

—
 La esposa irá contigo, y fuerza nueva
 te infundirá con bálsamo de amor,
 y endulzará tu pena, y de tu frente
 enjugará el sudor.

—
 La esposa irá contigo; enamorada,
 queriendo los trabajos compartir,
 los abrojos y piedras del camino
 apartará de ti.

—
 Cuando sientas del frío los rigores,
 fuego te encenderá tu esposa fiel,
 y cuando el sol te abraze, te dará agua
 para apagar tu sed.

—
 Cuando hayas de subir áspero monte,
 solícita la mano te dará,
 y si el peso te inclina hacia la tierra,
 también te ayudará.

—
 Y, si la carga os vence abrumadora,
 humillados, clamad, clamad á Dios;
 pensad que Dios es padre, y nunca un padre
 al hijo abandonó.

Él es quien da consuelos al que sufre,
Él quien tiene remedio á todo mal,
Él es el Salvador del que procura
su santa ley guardar.

Guardadla, pues: la comenzada empresa
proseguid esforzados, sin temor;
siempre encendida en vuestros pechos arda
la llama del amor.

De hoy más, en la desgracia y la fortuna
unidos por la fe y un mismo afán,
sea en vosotros uno el pensamiento,
una la voluntad.

Y tú, esposo, al candor del Patriarca,
la majestad real junta, como él;
serás en tu mansión á un tiempo amante,
esposo, padre y rey.

La columna has de ser sólida y fuerte
que tu feliz morada sostendrá;
ella la luz resplandeciente y pura
que la ha de iluminar.

Tú el árbol fuerte de robusta pompa,
ella la parra que, en estrecha unión,
á él abrazada, en el ramaje cuelgue
su fruto alrededor.

Que fiero vendaval nunca os separe,
y el ramaje enlazad, tronco y raíz,
hasta que Dios resuelva trasplantaros
juntos los dos al celestial jardín.

LEÓN CARNICER.

VIDA Y SUCESOS PRÓSPEROS Y ADVERSOS

DE

DON FRAY BARTOLOMÉ DE CARRANZA Y MIRANDA

ARZOBISPO DE TOLEDO

Escribiólos el Dr. Pedro Salazar de Mendoza, canónigo penitenciario de la Santa Iglesia de Toledo.

Anotólos F. O. R.

AL LECTOR

El caso de D. Fr. Bartolomé de Carranza y Miranda, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, fué tan particular y notable que puede hacerse muy alto lugar entre los más raros y extraños que han sucedido.

Júntase á esto que se ha hablado de ello variamente, como cosa que ha tantos años que pasó; á este accidente está sujeto lo que vieron y supieron muchos, que cada uno lo cuenta de su manera.

Algunos dijeron que eran celos de D. Fernando de Valdés, Arzobispo de Sevilla, Inquisidor general, que apetecía el arzobispado de Toledo. Otros, que había sido pasión y envidia, principalmente de religiosos de su orden, donde tenía muchos émulos. Caminando yo entre Guadalcazar y Ecija por aquellos olivares, me dijo un fraile muy grave de la orden de San Francisco (Navarro pienso se llama), y que era Vicario ó Visitador general de la Andalucía, que *deseaba el día del juicio por ver esta causa*. Otro fraile muy eminente de la orden de los Predicadores dijo muchas veces que, si se

hallara en una celda solo con el Arzobispo y le dijera una voz «uno de vosotros es hereje», dudaría de sí mismo, antes que del Arzobispo. Otros dijeron que su hacienda le destruyó, como la suya al buen Condestable D. Ruy López Dávalos. Del Rey católico D. Felipe II, de santa memoria, se dejó escribir Antonio Pérez en sus *Relaciones*, falsas ó verdaderas, que el haberse arrepentido de presentarle á la muy Santa Iglesia de Toledo tuvo la culpa de las que se le imputaron; materia tan fea, que puede admirar se diga de nadie, mayormente de su Rey, un hombre que tan preciado fué de entendido y discreto. Mucho más escribe Juan Antonio Gravicio, natural de Navarra, en la historia latina del santo Pontífice Pío V, en el capítulo IV del libro III, donde dice *que por ventura fué calumniosa su prisión*.

Es el negocio de fe en que más se ha escrito desde San Pedro hasta San Gregorio XIII, que le determinó, el que con mayor recato y secreto se ha tratado, considerando que fué forzoso pasase por muchas manos y ojos, y fué el de más larga duración. De esto y de otros motivos saqué resolución de escribir los sucesos de este Prelado: buenos papeles me han ayudado, y deseo he tenido de escribir verdades y saberlas decir; por lo menos se verá en ellos un vivo ejemplo de inconstancia, de felicidad y desdicha en un hombre de quien no se sabía afirmar si fué más dichoso que desdichado, más desdichado que dichoso. De Claudio César, hijo de Germánico Druso, no concuerdan los romanos si fué más cruel que necio, más necio que cruel: *crudelior an stultior, an crudelior*. De los casados sin hijos se suele decir *que son dichosos con desdicha*.

Por el mes de Febrero del año 1558, siendo un pobre fraile, aunque muy docto y de gran crédito y opinión, fué consagrado Arzobispo de Toledo. Por el de Octubre del mismo año entró en esta ciudad y comenzó á entender en el gobierno de su Iglesia, y luego se publicó estaba mandado prender por el santo oficio de la Inquisición. Residió en Toledo el tiempo que hay desde 13 de Octubre hasta 25 de Abril, que partió para Alcalá: seis meses y doce días de lo uno á lo otro. Á los 22 de Agosto del mismo año de 1559 fué preso en To-

relaguna por los inquisidores y llevado á Valladolid. Aquí estuvo hasta cinco días del mes de Diciembre de 1566, que lo mudaron á Roma: siete años, tres meses y trece días son estos de prisión.

En Roma y en el camino nueve años, cuatro meses y veintisiete días, hasta los 2 de Mayo de 1576, que murió: son todos diez y seis años, ocho meses y diez días de cárcel de inquisición.

Digan las historias griegas, latinas, todas las demás lo digan de quien se escribió tal variedad de casos, tales calamidades, trabajos tan largos, pesados y continuos. Su prosperidad fué otra yedra de Jonás, que nació y creció en una noche y pereció en otra; la flor de la maravilla, que florece á la mañana y á la tarde se marchita.

Los infortunios perpetuos, como la serenidad y quietud de su ánimo, su paciencia, dejó admirados á los que le trataron. Será de hoy más el símbolo de la modestia y sufrimiento; el arquetipo ú original de la infelicidad y miseria humana. El mismo Vicario de Jesucristo, Nuestro Señor, que le mandó abjurar 16 proposiciones muy sospechosas, permitió que en la sepultura se le pusiese una letra en que se dice había sido insigne en púlpito y en doctrina. Que bien dijo Aristóteles: *Cuando es mayor la fortuna, tanto es más peligrosa*. Plutarco, *que está colgada de hilos, y así se quiebra fácilmente*. En este monstruo de naturaleza lo veremos, y el más prodigioso parto de Egipto, madre de los portentos. Léase con atención su vida trágica, más que historia, y gratificaráse en ella el cuidado que he tenido en ordenarla (y no haya Zoilos donde no hay Homeros) (1).

CAPÍTULO I

Del nacimiento, patria y padres del Arzobispo.

Miranda, villa muy conocida y antigua en la alta Navarra, en la merindad ó distrito de Olite, fué patria de D. Fr. Bartolomé de Carranza, Arzobispo de Toledo, cuya vida escribi-

(1) La impresión que hizo de esta obra en 1788 D. Antonio Valladares y Sotomayor, tiene no pocas incorrecciones y erratas.

mos. Llámase Arga, por estar á las márgenes del río Arga, uno de los tres mayores ríos del reino; dicen los naturales por él: *Arga, Ega y Aragón hacen al Ebro varón*, ó á diferencia de las Mirandas de Duero, del Castañar de Ebro y otras. Nació el año de 1503, siendo Rey de las dos Navarras don Juan III de este nombre (1), por la Reina D.^a Catalina su mujer, sucesora propietaria del reino. Su padre se llamó Pedro de Carranza, hijodalgo, que cuando aquel reino vino á poder del Rey Católico D. Fernando, fué hombre de armas en la compañía de D. Luis de Beaumont, Conde de Lerín, Condestable de Navarra, siendo Veedor general de las guardas de Castilla, Blasco Nuño Vela, natural de Ávila, que en tiempo del Emperador y Rey D. Carlos fué Gobernador de la provincia del Perú. Su madre se llamó María Musco, también hidalga, natural de la misma villa de Miranda. Casó tres veces Pedro de Carranza, y fué la primera mujer María Musco, la segunda N. Ezpeleta y la tercera Teresa López. De la primera fueron Bartolomé, Miguel y María; ésta mujer de Francisco de Baigorri, vecino de Lerín. De la segunda Medel y Celedón de Carranza, que pasaron á Italia y murieron soldados. De la tercera Fr. Bernardino de Carranza, de la orden de San Francisco en la provincia de la Concepción, y Pedro de Carranza, á quien el padre dejó sus armas y caballo, y la ejecutoria de hijodalgo á instancia de la madre; también fueron de este último matrimonio Marco Antonio y María, mujer de Juan Verges de Aragón, Corregidor de Alcalá de Henares, y Ana, mujer de Martín Esguerra, y Teodora, mujer de Miguel Fernández, todos vecinos y moradores de Miranda. Los abuelos paternos, Bartolomé de Carranza, natural de Miranda, descendiente de la casa de San Esteban, en el valle de Carranza en la montaña, y Margarita Pérez, de limpio linaje, cuyo hijo también, como Pedro Carranza, padre de nuestro Bartolomé, fué el Dr. Sancho de Carranza, que tuvo en la Universidad de Alcalá grande opinión de teólogo y honrados premios.

(1) Juan de Albret.

CAPÍTULO II

Sus estudios mayores y menores y entrada en religión.

Desde que andaba á la escuela para aprender á leer y escribir y las oraciones de que usa la Santa Iglesia católica, se mostró muy inclinado á los actos devotos y religiosos, á las letras y estudios y á todos sus ejercicios, cosa que era muy acepta al padre, por el deseo que tenía de que los siguiese, por el amparo de su tío el Dr. Sancho de Carranza. En orden á esto, el año 1515, siendo ya el reino de Navarra de la corona de Castilla, vino á la Universidad de Alcalá, fundada el año de 1508 por el Cardenal D. Fr. Francisco Jiménez de Cisneros, Arzobispo de Toledo, Primado de las Españas, tercero inquisidor general de los reinos de Castilla y León. Á pocos meses después que llegó á Alcalá, su tío el doctor Sancho de Carranza le acomodó en el colegio de San Eugenio: aquí fué colegial y estudió la gramática tres años, siendo sus preceptores el maestro Angulo, montañés, y el bachiller Salaya, natural de Corpa, cerca de Alcalá. En este tiempo murió el Cardenal fundador de la Universidad, domingo 8 de Noviembre, en la villa de Roa, el año de 1517, y fué sepultado en la capilla mayor del colegio de San Ildefonso. Sucedióle el Cardenal D. Guillermo de Croy, Obispo de Cambray, Duque de Cambresi, Príncipe del imperio.

Estando ya buen gramático Bartolomé de Carranza, el rector y consiliarios de la Universidad, el año de 1518, le proveyeron de una colegiatura del colegio de Santa Catalina (1); aquí oyó el curso de Artes del maestro Almenara en dos años, con notable aprovechamiento y grandes muestras de ingenio, señalándose mucho entre sus condiscípulos. Poco antes de entrar en este colegio, ó á la entrada, le comenzaron á llamar Bartolomé de Miranda, por el lugar de su naturaleza, y así se llamó todo el resto de su vida.

(1) *Santa Balbina*, dice otra copia.

El año de 1520, siendo de edad de solos diez y siete años, acabado su curso de Artes, tomó el hábito de Santo Domingo en el monasterio de Benalac, siendo prior Fr. Martín de Avendaño: este monasterio lo fundaron D. Pedro Hurtado de Mendoza, Adelantado de Cazorla, y su segunda mujer doña Juana de Valencia, Señores de Tamajón y Sarracín. Su primera fundación fué en sitio malsano y desacomodado, cerca de la ciudad de Guadalajara, donde fué mudado y está ahora, y tiene por patrono al Príncipe de Mérito, Duque de Pastrana y de Francavilla, Marqués de Almenara y de Erguilla, Conde de Galbe.

Luego, en el año siguiente de 1521, hizo la profesión de la dicha orden con votos generales, sin faltarle uno de aquel convento.

Murió este año el Cardenal Arzobispo de Toledo, D. Guillermo, sin haber venido á España, y fué sepultado en una abadía de monjes celestinos, cerca de Lovaina, del ducado de Brabante. Sucedió al Cardenal de Croy en el arzobispado, D. Alonso de Fonseca, natural de Salamanca.

CAPÍTULO III

Es colegial, catedrático de Artes, regente mayor y menor de Teología en el colegio de San Gregorio.—Va á Roma.

El año de 1525, á los veintidós de su edad y tercero que había profesado, habida información de su vida y costumbres, letras y limpieza de linaje, por el maestro Fr. Pedro de León en el convento de San Esteban de Salamanca, fué hecho Fr. Bartolomé de Miranda colegial del colegio de San Gregorio de Valladolid. Tuvo por preceptor en todo el curso de Teología al maestro Fr. Diego de Astudillo, Regente mayor de este colegio.

Pasados cinco años enteros (que se ocupó en los estudios de Filosofía y Teología), el rector y consiliarios, el año de 1530 y de su edad veintisiete, le encomendaron la cátedra de Artes.

Luego el 1533, teniendo treinta de edad Fr. Bartolomé, Fr. Bernardo Manrique, Rector del colegio (que después fué Obispo de Málaga, hijo de D. García Fernández Manrique, Marqués de Aguilar) y los consiliarios le eligieron regente menor de Teología.

El año siguiente de 1534, miércoles 4 de Febrero, murió en Alcalá Fr. Alonso de Fonseca, Arzobispo de Toledo, y fué sepultado en el colegio mayor de Santiago, que él había fundado en Salamanca. Sucedióle en el arzobispado el Cardenal D. Juan Pardo Tavera, Arzobispo de Santiago, Presidente del Consejo real de Castilla.

Murió el maestro Fr. Diego de Astudillo, cuyo discípulo fué Fr. Bartolomé, siendo, como se ha dicho, regente mayor de Teología en el colegio de San Gregorio, y también consultor del santo oficio de la Inquisición de Valladolid, y sucedióle en todas estas ocupaciones nuestro Fr. Bartolomé de Miranda, que todo lo merecieron sus virtudes, letras y la grande experiencia que de él se tenía en todo esto.

Haciendo casi seis años que Fray Bartolomé se ocupaba en su regencia mayor de Teología, el año de 1539 por el mes de Marzo fué mandado ir (1) al Capítulo general que su orden celebró en Roma este año en el convento de la Minerva. Encomendáronle en esta ocasión los actos y demostraciones públicas que suelen hacerse por los mayores sujetos. Dió de todas y de todo lo que se le confió tan buena cuenta, que allí en el Capítulo general consiguió el magisterio de su orden con extraño aplauso y contento de muchos, que juzgaron serle muy debido este premio y otros mayores.

Halláronse presentes al dárselo el Cardenal De Carpi y Carrafa, que fué Paulo IV, y D. Pedro Sarmiento, Arzobispo de Santiago; Dr. Fray Francisco de Quiñones, que había sido general de la orden de San Francisco; D. Juan de Salazar, Obispo de Alunchano, que dió su bonete para las ceremonias del magisterio; D. Juan Manrique, Marqués de Aguilar y Embajador de España, sobrino del dicho Fr. Bernardo Manrique, y otros muchos personajes eclesiásticos y seglares. En

(1) *Se ofreció ir, dice otra copia.*

esta ocasión Paulo III dió facultad al nuevo maestro para que pudiese leer libros prohibidos. Este año de 1539, por el mes de Septiembre, se volvió á España, al colegio de San Gregorio. El mismo año el Cardenal D. Juan Pardo Tavera sucedió en la Inquisición general á D. Alonso Manrique, Cardenal Arzobispo de Sevilla, que había muerto el año antes en aquella ciudad, á 28 del mes de Septiembre. Sucedióle en el arzobispado D. Fr. García de Loaysa, Obispo de Sigüenza, que había sido general de la orden de Predicadores.

CAPITULO IV

Otras ocupaciones en el colegio de San Gregorio.—Ofrécese el obispado de Cuzco.

Después que vino de Roma el maestro Fr. Bartolomé de Miranda, prosiguió en su regencia mayor del colegio de San Gregorio, leyendo teología escolástica y positiva. Duróle esta ocupación por otros seis años continuos, y el último leyó al profeta Isaías. Tuvo en este tiempo muchos señalados discípulos: entre ellos al maestro Fr. Pedro de Sotomayor, natural de Madrigal, catedrático de prima de teología en la Universidad de Salamanca; al maestro Fr. Juan de la Peña, catedrático de vísperas en la misma Universidad; al maestro Fr. Juan de Villagarcía, catedrático en Oxonia en Inglaterra; al maestro Fr. Ambrosio de Salazar, que leyó las substituciones de prima en Salamanca por el maestro Fr. Domingo de Soto, jubilado; al maestro Fr. Felipe de Meneses, catedrático de vísperas en Alcalá, y otros muy eminentes en religión.

El año de 1540 hubo en las montañas de Castilla mucha falta de trigo, y bajó de ellas, acosada del hambre, mucha gente á Valladolid. Fué muy alabado el remedio que hallaron en el maestro: cuarenta personas sustentaba cada día el colegio con su industria; encargóse de la administración de la parroquia de Santiago, que es la mayor de esta ciudad, y acudió al socorro de toda con increíble cuidado, ayudándole en

esto un beneficiado de la misma iglesia; vendió sus libros y todo cuanto tenía, hasta quedarle sólo la Biblia y las partes de Santo Tomás. Fué tanto lo que se fatigó y trabajó en esta buena obra, que tuvo una grave enfermedad en Septiembre de este año de 1540.

Ocupábase juntamente en las consultas de la Inquisición, á que era llamado muy de ordinario. El año de 1542 predicó en el auto en que fué relajado al brazo seglar Francisco de San Román, un grande hereje que se dejó quemar vivo, y después en otros. Todos los Consejos le pedían su parecer en la resolución de los más graves casos que se les ofrecían, especialmente los de Castilla é Indias; el de la santa y general Inquisición le cometió la calificación de muchas proposiciones y la censura de libros, y otros negocios de la importancia que suelen ser los de este tribunal, que como residía la corte en Valladolid y le tenían á la mano, y tan entera satisfacción de su virtud y letras, siempre le traían ocupado.

El mismo año de 1542, el Real Consejo de Indias, siendo su presidente el Cardenal D. Fr. García de Loaysa, Arzobispo de Sevilla, le ofreció el obispado de Cuzco, que era el más rico de Indias; llevó el recado el Dr. Juan Bernal de Lugo, del mismo Consejo, que fué Obispo de Calahorra. Respondió con mucha modestia que, si convenía al servicio de Dios y del Emperador y Rey D. Carlos, pasaría á las Indias de muy buena gana; mas que había de ser sin cargo de almas.

CAPITULO V

La jornada al Concilio general de Trento.

Estando ocupado el maestro Fr. Bartolomé de Miranda en las cosas que dijimos en el capítulo pasado, el Emperador y Rey D. Carlos, informado de su gran talento y suficiencia, y de que era persona muy á propósito para hallarse en el Concilio universal (que estaba convocado para la ciudad de Trento, del condado del Tirol, en los confines de Italia y Ale-

mania), le mandó partiese para hallarse en su celebración. Fué en compañía del maestro Fr. Domingo de Soto y del doctor Martín de Velasco, oidor de la Real Chancillería de Valladolid; después lo fué del Consejo Real de Castilla, de la Cámara y Estado. Comenzóse esta jornada por el mes de Abril de 1545.

Este año murió en Valladolid, á 1.º de Agosto, el Cardenal D. Juan Pardo Tavera, Arzobispo de Toledo é Inquisidor general: está enterrado en su gran hospital de Toledo. Sucedióle en el arzobispado el Obispo de Cartagena, D. Juan Martínez Siliceo, que había sido maestro del Príncipe D. Felipe: en la Inquisición general D. Fr. García de Loaysa, Cardenal y Arzobispo de Sevilla, Presidente de Indias, Comisario general de la Cruzada, el cual vivió muy poco tiempo, pues murió en Madrid á 22 de Abril, Jueves Santo del año siguiente 1546, en las casas del Tesorero Alonso Gutiérrez, donde hoy es el convento de las Descalzas, fundación de la Infanta doña Juana, Princesa de Portugal. Tuvo por sucesor en el arzobispado de Sevilla y en la Inquisición general á D. Fernando de Valdés, Obispo de Sigüenza, Presidente del Consejo real de Castilla.

(Continuará.)

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

L'opinion et la foule, par G. TARDE, professeur au Collège de France.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, 226 páginas, 5 francos.

Comprende esta obra tres partes. En la primera, titulada *Le public et la foule*, estudia el autor la diferencia existente entre estas dos agrupaciones de individuos: una esencialmente moderna y creada por los nuevos medios de comunicación, la otra de más antiguo abolengo y puramente física.

Trata la segunda parte de *l'opinion et la conversation*. La opinión, para el Sr. Tarde, es una consecuencia directa del público: sin él sería escasísima su importancia, y, como él, debe su gran significación á la prensa.

La última parte del libro está consagrada á *la foule et les sectes criminelles*, y en ella examina el autor la cuestión del delito de grupo y demuestra la importancia de la complicidad del medio.

Esta obra, escrita en el estilo á que nos tiene acostumbrados el Sr. Tarde, tendrá seguramente el mismo éxito que todas las que han salido de tan autorizada pluma.

*
* *

Le socialisme sans doctrines, par A. MÉTIN, agrégé de l'Université, professeur á l'École municipale Lavoisier.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, encuadernado, 278 páginas, 6 francos.

La evolución económica y social de Australia, la organización é influencia de los partidos obreros, la disposición y funcionamiento de las leyes sociales se estudian en esta obra por un autor que ha comprobado buen número de documentos oficiales y que ha hecho investigaciones personales en Australia, en Tasmania y en Nueva Zelanda.

La influencia de las teorías de George, la lucha entre los grandes propietarios, el ensayo parcial de nacionalización del suelo en Nueva Zelanda, los esfuerzos para crear una clase de pequeños propietarios, la organización del crédito agrícola, los centros obreros, todos los elementos, en fin, y todas las soluciones relativos á la cuestión agraria en colonias de población europea, se tratan con gran imparcialidad y tacto por el Sr. Métin, el cual,

por sus recientes viajes y sus profundas é interesantes observaciones, es un voto muy digno de tenerse en cuenta al estudiar los asuntos sociales.

*
* *

Annales de l'Institut international de Sociologie, publiées sous la direction de RENÉ WORMS.—Paris. Giard et Brière, editores.—Un volúmen en 4.º, 377 páginas, 7 francos.

Contiene este tomo los trabajos del 4.º Congreso internacional de Sociología, verificado en París desde el 24 al 27 de Septiembre de 1900.

Son muy notables, por su extensión é importancia, los estudios que sobre el origen de las sociedades publican Maxime Kovalnosky (*El clan*) y Raoul de la Grasserie (*La familia artificial*); un trabajo sobre la *mecánica social*, sus divisiones y sus principios, por el profesor de la Universidad de Washington, Léster Ward; otro sobre los *prejuicios de la Sociología contemporánea*, por Roberty, catedrático de la Universidad de Bruselas, que rechaza las teorías que fundan la sociología en la idea de raza, y un importante estudio de Jaffé sobre los asociaciones industriales y la solución pacífica de las huelgas.

La discusión sostenida en el Congreso por los Sres Novicow, Worms, Limousin, Coste y Viniarsky se reproduce al fin del volumen, el cual resulta interesantísimo.

*
* *

La jeunesse de Bentham, par ELIE HALÉVY, professeur à l'École de Sciences politiques, docteur ès lettres.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volúmen en 4.º, x-448 páginas, 7,50 francos.

L'évolution de la doctrine utilitaire, de 1789 à 1815, por el mismo autor.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, iv-385 páginas, 7,50 francos.

Bentham no es generalmente conocido en Francia más que como autor de un sistema de moral impopular y ya muerto; pero Bentham es, realmente, fundador de una doctrina social, jurídica, económica y constitucional, basada en un principio de utilidad, que á su vez se funda en un determinado aspecto de la psicología.

El Sr. Halévy se esfuerza por restituir á la doctrina utilitaria el carácter integral con que la distinguió su fundador, consiguiendo tal propósito con la adopción de un acertado método histórico.

Muéstrasenos Bentham en el primer volumen (*La juventud de Bentham*) como discípulo de Helvecio, Beccaria y Adam Smith, reformador en jurisprudencia y en economía y conservador en política, y en el segundo (*La evolución de la doctrina utilitaria, de 1789 á 1815*) investiga el autor cómo bajo la presión de las causas generales y de la influencia de James Mill llegó Bentham á ser el teórico del partido radical.

El tercer volumen, próximo á publicarse, contendrá un resumen del *benthanismo*, del *radicalismo filosófico*, llegado á su completo desarrollo en el espacio comprendido entre 1815 y 1832.

*
* *

L'évolution du socialisme, par JEAN BOURDEAU.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 8.º, 327 páginas, 3,50 francos.*

No es el socialismo una doctrina fija é inmutable, un movimiento uniforme cuyo fin sea el establecimiento de un estado social definitivo, de donde pudieran ser desterrados los males que derivan de la concurrencia y de la desigual distribución de los bienes de este mundo. Sus tendencias y aspiraciones han variado mucho en el último siglo, adquiriendo un carácter de complejidad en la política y la legislación, en las fábricas y en los campos, que refleja exactamente el libro del Sr. Bourdeau, verdadera historia del movimiento y de las ideas socialistas.

*
* *

Histoire des relations de la Chine avec les puissances occidentales, par H. CORDIER, professeur à l'École des langues orientales vivantes.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, 567 páginas, 10 francos.*

El interesante asunto que trata el Sr. Cordier no había sido hasta ahora objeto de parecido estudio. Las relaciones oficiales entre China y Europa son poco anteriores á 1860, época en que las naciones occidentales comenzaron á conocer aquella parte de Asia, donde tantos acontecimientos importantes han apasionado los ánimos y siguen agitando el pensamiento del mundo político.

Solamente hasta 1875 comprende el primer volumen; pero como tal período se halla íntimamente ligado á los hechos acaecidos en los últimos años, el lector encuentra en la obra del señor Cordier numerosos datos que le dan á conocer el origen de las cuestiones actuales.

El segundo tomo, que completará tan notable y sincera exposición histórica, aparecerá en Octubre próximo.

*
* *

Des principes sociologiques de la criminologie, par RAOUL DE LA GRASSERIE, avec un préface de C. Lombroso.—*Paris, Giard et Brière, editores.—Un volumen en 4.º, VII-442 páginas, 8 francos.*

El Sr. de la Grasserie acaba de publicar una nueva obra, patrocinada por el ilustre antropólogo y criminalista César Lombroso, que la encabeza con una notable introducción.

Básase lo fundamental de la obra en los principios de la escuela italiana llamada positivista; pero no es una reproducción de lo ya conocido: hay algo nuevo, y es una mezcla, hecha de

propósito, de elementos ordinariamente separados, como son la sociología, la legislación comparada, el derecho y las prácticas judiciales. Parece desde luego que tales elementos se excluyen y exigen de quien de ellos se sirve aptitudes muy diversas, y en el lector requieren gran variedad y extensión de conocimientos, así como un espíritu sintético preparado para extenderse por el campo de las ciencias limítrofes; pero se nota, según se avanza en la lectura del libro, que aquella mezcla produce felices efectos y que aquellos elementos se aclaran y fortifican entre sí, constituyendo un conjunto armónico. La base jurídica es un terreno sólido para construir; la legislación comparada conduce pronta y fácilmente á las cumbres de la sociología, y la aplicación práctica sirve de investigación.

El empleo simultáneo de estos elementos es lo que contribuye en gran modo á la originalidad del nuevo y notable libro de Raoul de la Grasserie.

*
* *

Le progrès social à la fin du XIX^e siècle, par L. SKARZINSKI.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 8.º, 496 páginas, 4,50 francos.*

Este libro, redactado con claridad y sencillez y muy bien documentado, será, sin duda, un recurso poderoso y eficaz para los hombres de estudio que no conozcan más que un aspecto de la cuestión social, ó que no hayan examinado de ésta más que el conjunto, sin detenerse en sus múltiples detalles.

Aquí el análisis resulta de la propia variedad de los capítulos en que se halla dividida la obra, cada uno de los cuales corresponde á un aspecto de la ciencia y del arte sociológicos; la síntesis se observa en la unidad de pensamiento que preside el libro y en las conclusiones á que nos conduce con gran tacto el autor.

Cada capítulo lleva una reseña bibliográfica, que nos permite ver las obras que pueden instruirnos especialmente en aquellas materias á que demos preferencia en nuestros estudios.

*
* *

Histoire de la troisième république. La présidence de Carnot, par E. ZEVORT, recteur de l'Académie de Caen.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, 396 páginas, 7 francos.*

Carnot ocupa un lugar eminente entre los Presidentes de la tercera república en Francia; el Sr. Zevort, comparándole con sus tres predecesores, Thiers, Mac-Mahon y Grévy, no duda en afirmar que es superior á todos por la nobleza de alma, que infunde el respeto, y por la bondad, que engendra la confianza; y que la historia actual de la tercera república empieza precisamente en el momento en que Carnot es elegido, por un voto inesperado, para la primera magistratura de Francia.

El distinguido director de la Academia de Caen circunscribe la

política exterior durante la presidencia de Carnot á la guerra de Dahomey, terminada felizmente, y á la alianza rusa; consagra un capítulo á cada uno de los nueve Ministerios que, presididos por Tirard, Floquet, Freycinet, Loubet, Ribot, Dupuy y Perier, se sucedieron bajo Carnot, y en estos estudios independientes resume, de un modo claro y conciso, los hechos que han producido las crisis y la elevación al poder de los diversos hombres de Estado.

*
**

L'éducation morale dans l'Université, conférences et discussions sous la présidence de A. Croiset, doyen de la faculté des Lettres de l'Université.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.^o, XII-241 páginas, 6 francos.

La *Escuela de altos estudios sociales*, de París, fundada en la tan extendida creencia de que *la universidad sabe enseñar, pero no dar educación*, hizo un llamamiento á los profesores franceses de enseñanza superior universitaria, con objeto de hallar remedio al mal, si éste en realidad existía.

Celebráronse algunas sesiones, en las cuales cada punto fué objeto de una conferencia, seguida de discusión libre entre todos los reunidos, y hablaron muy docta y extensamente algunos de los más autorizados profesores de la Universidad de París.

El libro *L'éducation morale dans l'Université* contiene estas importantes discusiones, cuya lectura recomendamos con gran interés al Sr. Ministro de Instrucción pública.

*
**

Otras publicaciones.

Les aïeux (Les Sarrasins—Le Paraclet—La Pucelle), poèmes dramatiques, par F. Hennequy. París, Félix Alcan, editor. Un volumen en 8.^o, 478 páginas, 3,50 francos.—En un tomo precedente titulado *Le Sphinx* había el autor puesto en acción las tres maestras de la antigüedad: Grecia, Judea y Roma, empleando la poesía dramática, que es la forma que con más viveza y colorido evoca las edades muertas. En el presente volumen y usando la misma forma, el autor nos presenta los episodios más interesantes de la Francia antigua.

Essai sur l'individualisme, par E. Fournière. París, Félix Alcan, editor. Un volumen en 8.^o, 188 páginas, 2,50 francos.—Afirma el Sr. Fournière que no existe oposición alguna entre el individualismo y el socialismo, y comprueba su afirmación demostrando que el desenvolvimiento del individuo es un resultado de la cooperación social, y que el socialismo no puede ser más que un fenómeno de cooperación voluntaria.

La conquête des mers, par Georges Toudouze. París, Schleicher Frères, editores. Un volumen en 8.^o, 203 páginas, 1 franco.—Es una historia agradable, instructiva, en que se sigue con gran in-

terés los progresos de la navegación, desde la piragua primitiva al barco de vela, y de éste al de vapor, concluyendo con la descripción de los torpederos, de los grandes acorazados y de los submarinos. Nada se omite en este curioso volumen, que recomendamos con el mayor gusto.

Histoire du Ciel, par Clemence Royer. París, Schleicher Frères, editores. Un tomo en 8.º, 246 páginas, 2,50 francos.—La importante casa editorial Schleicher Hermanos ha enriquecido el número de sus publicaciones fundando la *Enciclopedia científica del siglo XX*, cuyo primer volumen es la *Historia del Cielo*, original de la famosa publicista Mad. Royer. A la *Historia del Cielo* seguirán la *Historia de la Tierra* y la *Historia del hombre*.

Prim, par H. Leonardon. París, Félix Alcan, editor. Un volumen en 8.º, 211 páginas, 2,50 francos.—Pertenece este libro á la hermosa colección que con el título *Ministros y hombres de Estado* publica la reputada casa Félix Alcan. Es un libro que deben leer todos los españoles, que es de gran importancia para nuestra historia política y que será objeto, por nuestra parte, de un estudio que publicaremos pronto.

La foule criminelle, por S. Sighele, editada por Alcan (París), es una segunda edición que parece una obra nueva. El interesantísimo problema de la psicología social, tan discutido actualmente, ha proporcionado al Sr. Sighele nuevos elementos con que dar mayor realce y amenidad á su obra.

L'empire du milieu, par Albert de Pouvourville. París, Schleicher Frères, editores.—Un interesante y curioso volumen en 8.º, 189 páginas, 2 francos.

Legislación de caza, pesca y uso de armas, por la redacción de la *Revista de los Tribunales*. Madrid, Centro editorial de Góngora.—Un volumen en 16º, 183 páginas, 1,50 pesetas.

El filósofo autodidacto, por Abentofail. Zaragoza, tip. de Comas hermanos. Un volumen en 8.º menor, LVI-249 páginas, 3 pesetas.—Es una hermosa traducción hecha por el notable y malogrado arabista D. Francisco Pons. Va precedida de un admirable prólogo por el insigne Menéndez y Pelayo.

La philosophie sociale dans le théâtre d'Ibsen, par Ossip-Lourrié, docteur de la Faculté de lettres de l'Université de París. París, Félix Alcan, editor. Un volumen en 8.º, 180 páginas, 2,50 francos.

Constitution de l'éthique, cuarto ensayo de moral considerada como sociología elemental, por E. de Roberty. París, Félix Alcan, editor. Un volumen en 8.º. 223 páginas, 2,50 francos.

P. V.

IMPRENTA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1901